

UNIVERSIDAD NACIONAL DE CUYO

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

TESIS DE MAESTRÍA EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

El debate sobre el financiamiento externo a las Ciencias

Sociales latinoamericanas en Chile.

El Proyecto Camelot (1964 – 1965): espionaje, escándalo y mito.

Maestrando: Juan José Navarro.

Directora: Dra. Fernanda Beigel.

Mendoza, Julio de 2010.

El debate sobre el financiamiento externo a las Ciencias Sociales latinoamericanas en Chile.

El Proyecto Camelot (1964 – 1965): espionaje, escándalo y mito¹.

¹ Aspectos parciales de la presente investigación fueron publicados oportunamente en Navarro, Juan José y Quesada, Fernando *El impacto del Proyecto Camelot en el periodo de consolidación de las Ciencias Sociales latinoamericanas* (Serie Cuadernos de Ciencias Sociales, FLACSO Costa Rica, en prensa) y en Navarro, Juan José *Cold War in Latin America: the Camelot Project (1964-1965) and the political and academic reactions of the Chilean Left wing* (Comparative Sociology, Leiden, Brill Publishers, Especial titulado "Coming to terms with the red past: the social sciences and communism", en prensa).

Agradecimientos

Es sabido que un esfuerzo de este tipo es siempre compartido. Por eso, en primer lugar, quiero agradecer a Pao -por la paciencia y la lectura- y a Luna -por el tiempo perdido-.

Por supuesto a mi directora, Fernanda Beigel, por la iniciativa, recomendaciones, correcciones y la espera que parecía no tener fin.

A quien compartió gran parte de este recorrido y luego me permitió continuar con el trabajo iniciado: Fernando Quesada, gracias!

Numerosas personas fueron colaborando -aún sin saberlo- en la construcción de la tesis. El equipo de trabajo al que pertenezco y el intercambio con otros grupos de investigación -Gustavo Sorá, Alejandro Blanco, Diego García- sumaron elementos faltantes. A quienes en congresos aportaron críticas y nuevas miradas -Héctor Pérez Brignoli, Rolando Franco, Neil Mc Laughlin, Andreas Hess- para rearmar una y otra vez este rompecabezas. También a quienes por mail perseguí y respondieron con enorme amabilidad: Mark Solovey e Irving Horowitz.

A Elena, por su hospitalidad santiaguina.

Un especial agradecimiento a las instituciones que posibilitaron esto. En primer lugar, a los miembros de la Maestría en Estudios Latinoamericanos -Roberto Follari, Patricia Collado y Adriana Arpini- y al personal del Instituto de Ciencias Humanas, Sociales y Ambientales (INCIHUSA), Roberto Bárcena y Marcela Pérez.

A los encargados de los archivos y bibliotecas, particularmente a los del Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile.

A la persona que logró entusiasmarme en la lectura y la investigación, Jorge Hidalgo, gracias a quien -o por culpa de- me dedico a esto.

Y finalmente, a quienes compartieron este trayecto del cursado. Gracias Mili, Leo y Gustavo por los almuerzos y el ánimo.

*The only hope for the human government in the future
is through the extensive uses of social sciences in the government.*

Ithiel de Sola Pool (en Simpson, 1998:XIV)

*Like the eighteenth century philosophes, many members of the Camelot staff
shared a belief in the worth of rational persuasion.*

Irving Horowitz (1974:7)

*Los mitos políticos de nuestras sociedades contemporáneas apenas se diferencian
de los grandes mitos sagrados de las sociedades tradicionales. Los caracteriza la
misma y esencial fluidez, a la vez que la indecisión de sus contornos respectivos”*

Raoul Girardet (1999:15)

Índice General

Índice General

Nómina de siglas utilizadas

Índice de Gráficos

Introducción

1. Capítulo I. Las Ciencias Sociales en América Latina y en Chile.

- 1.1. Las disciplinas en su etapa de consolidación e institucionalización.
- 1.2. Las Ciencias Sociales en Chile: desarrollo del campo académico antes de la explosión del Proyecto Camelot.
- 1.3. Las condiciones del campo político como factor de consolidación de la educación y la ciencia.

2. Capítulo II. Los Vientos de la Guerra Fría. Las Relaciones Exteriores entre Chile y Estados Unidos.

- 2.1. Estados Unidos y la Guerra Fría: entre la política exterior y el desarrollo académico - científico.
- 2.2. Los orígenes del Camelot en el campo académico - científico norteamericano.

3. Capítulo III. El Proyecto Camelot.

- 3.1. Una descripción del proyecto científico.
- 3.2. Cronología de llegada del Proyecto Camelot a Chile.
- 3.3. El impacto del mito del Plan Camelot en el campo académico latinoamericano.

Consideraciones Finales

Fuentes, Entrevistas y Bibliografía

Nómina de siglas utilizadas

ACLS: American Council of Learned Societies.

AID: Agency for International Development.

BID: Banco Interamericano de Desarrollo.

BIRF: Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento.

CAFADE: Comisión Nacional de Administración del Fondo de Apoyo al Desarrollo Económico.

CGT: Confederación General de Trabajadores.

CEPAL: Comisión Económica para América Latina y el Caribe.

CEPLAN: Centro de Estudios de Planificación.

CEREN: Centro de Estudios de la Realidad Nacional.

CESO: Centro de Estudios Socioeconómicos.

CFAR: Council on Foreign Affairs Research.

CIA: Central Intelligence Agency.

CIAS: Centro de Información y Acción Social.

CIAS: Centro de Investigación y Acción Social.

CIDU: Centro de Estudios Urbanos y Regionales.

CIEPLAN: Centro de Investigación y Estudios de Planificación.

CISOC Bellarmino: Centro de Investigaciones Socioculturales – Centro Bellarmino.

CLASP: Consortium of Latin American Studies Program.

COMECON: Consejo de Asistencia Económica Mutua.

COMINFORM: Oficina de Información Comunista.

CONICYT: Comisión Nacional de Investigación Científica y Tecnológica.

CORFO: Cooperación de Fomento de la Producción.

CTCH: Confederación de Trabajadores de Chile.

CUT: Central Única de Trabajadores de Chile.

CRESS: Centre for Research in Social Systems.

DESAL: Centro de Desarrollo Social y Económico.

ELACP: Escuela Latinoamericana de Ciencias Políticas.

ELAS: Escuela Latinoamericana de Sociología.

ESCOLATINA: Programa de Estudios Económicos Latinoamericanos para Graduados

FAO: Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación.

FARC: Foreign Affairs Research Council.

FECH: Federación de Estudiantes Chilenos.

FERES: Federación de Estudios Religiosos.

FLACSO: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.

FOCH: Federación Obrera de Chile.

FRAP: Frente Revolucionario de Acción Popular.

IEI: Instituto de Estudios Internacionales.

ILADES: Instituto Latinoamericano de Doctrina y Estudios Sociales.

ILPES: Instituto Latinoamericano y del Caribe de Planificación Económica y Social.

IPSA: International Political Science Association.

ISA: International Sociological Association.

JCLAS: Joint Comité on Latin American Studies.

LASA: Latin American Studies Association.

MIT: Massachusetts Institute of Technology.

NSF: National Science Foundation.

OEA: Organización de los Estados Americanos.

OIT: Organización Internacional del Trabajo.

OMS: Organización Mundial de la Salud.

ONU: Organización de las Naciones Unidas.

OSPAA: Organización de Solidaridad de los Pueblos de África y Asia.

OSPAAAL: Organización de Solidaridad de los Pueblos de África, Asia y América Latina.

OPEP: Organización de Países Exportadores de Petróleo.

OTAN: Organización del Tratado del Atlántico del Norte.

PAM: Pacto de Ayuda Militar.

PCUS: Partido Comunista de la Unión Soviética.

PGB: Producto Geográfico Bruto.

PNUD: Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.

SORO: Special Operations Research Office.

SSRC: Social Science Research Council.

TsJSD: Centro de Conservación de la Documentación Contemporánea (por sus siglas en ruso).

TIAR: Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca.

UNESCO: Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura.

Índice de Gráficos

CUADRO N° 1. Donativos de la Fundación Ford, Fundación Rockefeller y el Gobierno Norteamericano al desarrollo de las ciencias (1959-1968). Fuente: *Symanski, Albert (1973). Las fundaciones internacionales y América Latina*

CUADRO N° 2. Graduados de la ELAS y de la ELACP, pertenecientes a la FLACSO (1959-1973). Fuente: *Héctor Pérez Brignoli (2008). Los 50 años de la FLACSO y el desarrollo de las Ciencias Sociales en América Latina.*

CUADRO N° 3. Contribuciones del Gobierno de Chile y UNESCO (1959-1970) la FLACSO. Fuente: *Fernanda Beigel (2009). La FLACSO chilena y la regionalización de las Ciencias Sociales en América Latina 1957-1973.*

CUADRO N° 4. Gasto Fiscal de Chile en Educación como porcentaje del Producto Geográfico Bruto. Fuente: *Arriagada, Patricio (1989). Financiamiento de la Educación Superior en Chile 1960-1988.*

CUADRO N° 5. Ayuda entregada por el Partido Comunista de la URSS al Partido Comunista de Chile. Fuente: *Uliánova y Fedakova (1998). Chile en los archivos de la URSS (1959-1973). Documentos del Comité Central del PCUS y del Ministerio de Relaciones Exteriores de la URSS.*

CUADRO N° 6. Estructura Organizativa del Proyecto Camelot. Fuente: *Informe de la Comisión Especial Investigadora, Actas del Congreso, Sesión 33 (1965).*

CUADRO N° 7. Ejes de Estudio del Proyecto Camelot. Fuente: *Informe de la Comisión Especial Investigadora, Actas del Congreso, Sesión 33 (1965).*

CUADRO N° 8. Viajes, reuniones y contactos de Hugo Nutini en Chile. Fuente: *elaboración propia en base al Informe de la Comisión Investigadora y de entrevistas a agentes.*

CUADRO N° 9. Itinerario de Johan Galtung. Fuente: *elaboración propia en base al Informe de la Comisión Investigadora, Franco (2001) y entrevista a Galtung realizada en 2009.*

Introducción

A partir de la culminación del enfrentamiento mundial en 1945 se conformó un escenario de tensión y hegemonía, entre Estados Unidos y la Unión Soviética y sus respectivas áreas de influencia, que se prolongó hasta la caída del Muro de Berlín en 1989. Este período de más de cuarenta años afectó de manera global las relaciones internacionales y el desarrollo de los campos políticos nacionales como ningún otro acontecimiento en la segunda mitad del siglo XX. Ahora bien, esta bipolaridad no resultó uniforme y homogénea; existe un cierto consenso entre los historiadores para distinguir al menos dos fases, separadas por la crisis capitalista de comienzos de la década del setenta que se originó con el encarecimiento del petróleo. De este modo, la *Primera Guerra Fría* estuvo marcada por un sostenido crecimiento económico de ambos polos, que en la parte occidental fue visto como el momento de mayor auge y esplendor del capitalismo, cuyas crisis cíclicas parecían haber sido superadas definitivamente. Esta *Primera Guerra Fría* tuvo una etapa de formación (1945-47), auge (1947-69) y decadencia (1969-71), cuyos “primeros quince años estuvieron signados por una fuerte posición de las derechas en la política mundial” (Buchrucker, 1991:8).

La división bipolar del mundo se caracterizaba como la oposición entre el *Primer Mundo* (capitalista, occidental) y el *Segundo Mundo* (socialista), es decir, entre dos sistemas económico-políticos diferentes encabezados por una superpotencia. La denominación de *Tercer Mundo* fue adjudicada a todo lo que se situaba en la periferia de estos dos bloques, sin hacer mayores distinciones al interior del mismo². La confrontación entre el *Primer* y el *Segundo Mundo* durante la Guerra Fría tuvo su principal rasgo en el enfrentamiento indirecto, ya que se procuró evitar el conflicto

² La expresión *Tercer Mundo* fue lanzada por el demógrafo francés Alfred Sauvy, en un artículo publicado en el semanario *L'Observateur*, el 14 de Agosto de 1954 titulado “*Trois mondes, une planete*” (Tres mundo, un planeta). Allí planteaba: “Hablamos habitualmente de los dos mundos en presencia, de su posible confrontación, de su coexistencia, etc., olvidando a menudo que existe un tercer mundo, el más importante y, en resumidas cuentas, el primero en la cronología. Es el conjunto de los que se llaman, en estilo Naciones Unidas, los países subdesarrollados (...). Este tercer mundo, ignorado, explotado, despreciado como el tercer estado, quiere, él también, ser algo”. Artículo disponible en <http://www.homme-moderne.org/societe/demo/sauvy/3mondes.html>.

armado a través de las políticas de *contención* (1945-1957/58) y de *mutua disuasión atómica* (1958-1981), etapa en la que la capacidad destructiva del oponente evitó el enfrentamiento directo. Paradójicamente, pese a que generaciones crecieron bajo la paranoia de una guerra nuclear que podría acabar con la especie humana, las condiciones reales de un enfrentamiento entre EEUU y la URSS sólo fueron factibles en el período que va desde la declaración de la Doctrina Truman (en 1947) hasta la destitución del Gral. Mc Arthur (1951) -y en la cual podría agregarse la crisis de los misiles en 1962-, etapa en el cual se vivió la creación de la República Popular China y la capacidad nuclear de la Unión Soviética, ambas en 1949. Pues bien, ¿cómo es posible entonces que si ya estaba aceptado tácitamente el reparto de las respectivas zonas de influencia -que ninguno de los bandos imaginaba transgredir- este conflicto se sostuvo como tal?³ Hobsbawm sostiene que, en gran medida, esto resultó porque “mientras a Estados Unidos les preocupaba el peligro de una hipotética supremacía mundial de la URSS en el futuro, a Moscú le preocupaba la hegemonía real de los Estados Unidos en el presente sobre todas las partes del mundo no ocupadas por el Ejército Rojo” (Hobsbawm, 1998: 238). El tono apocalíptico de la Guerra Fría provino de la construcción, que realizó Estados Unidos, de la Unión Soviética como continuidad de la Alemania nazi en la que aparecía en una carrera desbocada hacia la conquista del mundo, intentando desplegar la *marea roja* alrededor del planeta. Esto sirvió, al mismo tiempo, para un disciplinamiento al interior de EEUU y para generar un consenso -basado en la agresión y en la posible expansión soviética- que permitió disponer de recursos económicos que fueron canalizados a la construcción del *complejo industrial militar* para el desarrollo armamentístico.

Ahora bien, si tanto el *Primer* como el *Segundo Mundo* se mantuvieron relativamente estables a lo largo de la Guerra Fría, en el *Tercer Mundo* se iniciaba un proceso de descolonización e inestabilidad política por lo cual aparecía como un espacio de disputa. Estados Unidos intentaba combatir el peligro comunista “por todos los medios, desde la ayuda económica y la propaganda ideológica, pasando por la

³ Este reparto se consolidó con la presencia militar y política de la URSS en Hungría (1947), Checoslovaquia (1948), la división de Alemania (1949) y la posterior construcción del Muro de Berlín (1961), los pactos antagónicos de la Organización del Tratado del Atlántico del Norte (OTAN, 1949) y del Pacto de Varsovia (1955), junto a la institucionalización de la cooperación económica con el Consejo de Asistencia Económica Mutua (COMECON) -y la Oficina de Información Comunista (COMINFORM)- para la Europa del Este, y con los acuerdos de Breton Woods y el Plan Marshall, para la recuperación económica europea occidental.

subversión militar oficial y extraoficial, hasta la guerra abierta, preferiblemente en alianza con un régimen local amigo o comprado, pero, si era preciso, sin apoyo local” (Hobsbawm, 1998:433). Este *Tercer Mundo* fue, también, el espacio donde la guerra era exportada, donde los dos polos se enfrentaron a través de terceros en territorios foráneos, pero brindando apoyo material, logístico y financiero a dichos conflictos.

A mediados de la década del cincuenta, el *Tercer Mundo* -escenario de las disputas de las potencias- comenzó a adquirir una mayor visibilidad a través de diversas organizaciones y eventos. Fueron inicialmente las ex colonias europeas en África y Asia quienes se reunieron en la Conferencia de Bandung -antigua capital de Indonesia, en 1955-; la Organización de Solidaridad de los Pueblos de África y Asia -OSPAA, El Cairo, 1958- que luego de la incorporación de América Latina en 1965 pasó a denominarse OSPAAAL o Tricontinental; el Movimiento de los No Alineados -Belgrado en 1961- y el Grupo de los 77 -Argel, 1964-.

En este marco, resultó crucial el papel de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) -creada en 1960 en Bagdad e integrada inicialmente por Venezuela, Arabia Saudita, Irán, Irak y Kuwait- que, como reacción del apoyo occidental a Israel en la guerra de Yom-Kippur y contra la permanente ocupación de territorios palestinos, decidió en 1973 la reducción de la producción, el embargo y el aumento del precio del petróleo. La llamada *crisis del petróleo* -que inició la denominada *Segunda Guerra Fría* (Buckrucker, 1991; Hobsbawm, 1998; Hirst y Rusell, 2001)- generó un enorme condicionamiento a la continuidad del modelo productivo industrial que tenía sustento en esta fuente de energía. La economía capitalista -principalmente Estados Unidos y Europa Occidental- fue la principal afectada por estas medidas, ya que la Unión Soviética era en aquel tiempo productora y exportadora de crudo. Frente a esta nueva situación se plantearon alternativas que suplantaran un modelo productivo fuertemente ligado al petróleo.

El capitalismo occidental y Japón estimularon, entonces, un intenso proceso de investigación en torno a la utilización de innovaciones tecnológicas. El nuevo paradigma, que abarcó no sólo a la producción, sino también a la administración económica y social, implicó la utilización de la automatización, la robótica, la informática, la biotecnología, el desarrollo de las comunicaciones y las tecnologías digitales, entre otras. Este modelo, que multiplicó la capacidad de generar riqueza,

resultó un salto cualitativo frente al anterior; en consecuencia, 1973 constituyó un punto de inflexión en la distribución bipolar del poder ya que aquellos que supieron desarrollar e incorporar estas nuevas tecnologías fueron quienes se encontraron en una posición más favorable en el nuevo mapa geopolítico que, a fines de los ochenta, ya comenzaba a cristalizarse.

Ahora bien, a lo largo de la *Primera Guerra Fría* (1945 y 1973) EEUU ejerció una hegemonía simbólica en el bloque occidental y fue potencia económica, militar y política. El mundo se dividió en *Este* y *Oeste*, y este último se arrogaba la representación de “los valores permanentes del cristianismo y la cultura occidental: libertad, el individualismo, la democracia” (Vergara Estévez, 2005:205). Para sostener estos principios, era necesario desplegar a lo largo de sus zonas de influencia, las Doctrinas norteamericanas de Seguridad Nacional, que tuvieron una fuerte presencia en América Latina.

Dentro de este esquema, los gobiernos latinoamericanos no pudieron, por supuesto, escapar. Con relación directa con Estados Unidos -luego de la *Doctrina Monroe* decimonónica, de la reelaboración de Theodore Roosevelt con la *Diplomacia del Dólar* y del *Buen Vecino*, ya en el siglo XX (Katz, 2004)- América Latina prolongó este vínculo a través de la firma del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR), en 1947, y de la aprobación de la Carta de la Organización de los Estados Americanos (OEA), al año siguiente. La conformación de este Sistema Interamericano no hizo más que extender la hegemonía estadounidense, sumado al manifiesto desinterés por la región de parte de la Unión Soviética, hacia el sur del Caribe y modificar los argumentos de la vigilancia y la intervención: la anterior *incivilización*, contraria a los intereses norteamericanos mutó, a comienzos de la Guerra Fría, en *comunismo*, igualmente opuesto a Estados Unidos.

El panorama se modificó de manera dramática cuando “el triunfo de la Revolución Cubana (1959) puso a América Latina en el mapa de la Guerra Fría” (Hirst y Russel, 2002:68). El temor de una expansión inmediata de las guerrillas revolucionarias, expectativa exagerada que se cristalizó en ambos bandos antagónicos, impulsó y aceleró las medidas que se venían gestando con anterioridad. Además de las intervenciones militares, manifiestas y encubiertas, Estados Unidos apuntó a la cooperación económica para alcanzar los mismo fines, esto es, “desalentar las

revoluciones sociales en otros países de la región y asegurar la hegemonía de los Estados Unidos en América” (Gabay, 2010:2). Ya existía desde hacía una década, la famosa declaración de Harry Truman -en el tradicional *Discurso sobre el estado de la Unión*, realizado en enero de 1949- que inauguró la denominada *Era del Desarrollo*, en la que por medio de este concepto -y su complemento, el subdesarrollo- desacreditaba el sistema colonial. De manera particular, el Punto IV del discurso mencionaba que “debemos lanzarnos a un nuevo y audaz programa que permita poner nuestros avances científicos y nuestros progresos industriales a disposición de las regiones insuficientemente desarrolladas para su mejoramiento y su crecimiento económico” (Truman en Rist, 2002: 85). Como complemento al Punto IV nació, luego de sus antecedentes en la Operación Panamericana de 1958 y en el Acta de Bogotá de 1960, un segundo programa de cooperación económica: la Alianza para el Progreso (1961). En consecuencia, América Latina ejerció una preocupación adicional y atrajo la atención de Estados Unidos a partir de la Revolución Cubana.

Este marco de preocupación de los Estados Unidos por la lucha anticomunista en América Latina -perteneciente a su esfera de influencia- generó una serie de proyectos de investigación que debían resultar funcionales a los intereses estadounidenses. Entre otros objetivos, las investigaciones debía aportar elementos para anticipar el desarrollo de un movimiento subversivo y para desplegar los mecanismos adecuados orientados a su sofocación. Uno de estos fue el proyecto científico conocido como *Camelot*, que tomó prestado el nombre de la homónima ópera musical de Alan Jay Lerner y Frederick Loewe, estrenada en 1960 en los Estados Unidos (Maddian y Oppenheim, 1969). En la obra, los autores representaron la conflictiva relación entre Ginebra, esposa del rey Arturo, y Lancelot, uno de sus más influyentes caballeros. Esta relación se desarrollaba en el contexto teatral de una ciudad pacífica y políticamente ordenada, en la que las decisiones eran tomadas por un Consejo Colegiado de Caballeros, la Mesa Redonda, y en la que finalmente se desataba una destructora tragedia que hacía sucumbir la ciudad en manos de los enemigos. El estreno musical se hizo de forma paralela a los comienzos del gobierno de John Fitzgerald Kennedy, y comenzó a reproducirse en la prensa norteamericana y en los círculos intelectuales cercanos al Presidente el mito de la ciudad medieval regida por la virtud política como metáfora de la nueva administración, sinónimo de estabilidad política, realismo democrático y paz internacional. En este complejo proceso de producción y reproducción simbólica, los *intelectuales en acción*

cumplieron un rol destacado, debido a que “la administración Kennedy fue poco habitual por la función que llevaron a cabo ciertas personas con sensibilidad ante la imagen y la doctrina y que, además estaban en situación de darles forma. El romance entre la comunidad intelectual y Camelot es en parte una reacción ante esta leve oleada de poder (auténtico o imaginario)” (Chomsky, 1994:176).

Aquella metáfora de estabilidad política dio origen al Proyecto Camelot, una investigación social orientada a medir, predecir y controlar conflictos internos en países de la periferia. Si bien constituyó solo un ejemplo de la variedad de investigaciones en el marco de la Guerra Fría y en la lucha contra la *insurrección*, quizá resulte el caso más ambicioso, frontal y burdo del vínculo entre Ciencias Sociales y política, de intervención y pérdida de autonomía del hacer científico, pero cuya existencia no dejó indemne a ninguna de ambas esferas. El Proyecto Camelot surgió en la Special Operations Research Office (SORO), perteneciente a la American University, y fue contratado por el Departamento de Defensa de Estados Unidos para ser aplicado en Chile en el término de cuatro años. Luego de varios intentos a través del antropólogo chileno-estadounidense Hugo Nutini por instrumentar el proyecto con científicos sociales chilenos, y ante la negativa de éstos a participar, el Camelot quedó destinado al olvido. Cuando parecía un episodio cerrado, el Proyecto fue denunciado desde el periódico de izquierda *El Siglo* como parte del espionaje norteamericano y el escándalo estalló. Lo hizo de tal modo que el campo político chileno debió involucrarse y conformó la Comisión Especial Investigadora dependiente de la Cámara de Diputados de la Nación para esclarecer el asunto.

En la presente tesis, nos proponemos mostrar que desde su irrupción en la esfera pública, en 1965, se construyó en torno al Camelot un *mito* respecto al flujo de dinero para espionaje a través de investigaciones sociológicas. El mito estuvo basado particularmente en la fusión de dos elementos de diferente nivel. Por un lado, que el financiamiento externo a las ciencias tenía carácter no solamente de espionaje -en este caso los Estados Unidos- y conspiración para conocer áreas claves de conflicto de los países periféricos, sino también, por otro lado, que implicaba subordinación y dependencia de los objetivos e intereses científicos de estos países a los centrales.

En el proceso de construcción del mito confluyeron un conjunto de representaciones sobre las Ciencias Sociales y sus funciones. Estas representaciones fueron activadas y alimentadas de manera constante por la prensa chilena de izquierda,

que siguió el debate sobre el Proyecto Camelot, pero que también lo extendió hacia otros proyectos de investigación y hacia otras áreas que excedían los límites de las Ciencias Sociales. También la Comisión Investigadora resultó ser motivadora de estas representaciones sobre las Ciencias Sociales, si bien entre sus intenciones estaba librarlas de sus consecuencias negativas.

Probablemente, el Proyecto Camelot es uno de los pocos casos en la relación entre ciencia y política que logra reunir semejante combinación de elementos: espionaje, ética, Ciencias Sociales, opinión pública, periodismo, debates legislativos, acusaciones cruzadas, dólares norteamericanos. El análisis desde la prensa de izquierda, se basaba en la reproducción de determinados tópicos discursivos -imperialismo, espionaje, violación a la soberanía nacional, entre otros- que tenían como objetivo el impacto político. El Camelot sirvió así de elemento discursivo de referencia, desde el que se partía para presentar periódicamente una cantidad diversa de temas. La explosión del Camelot puso en el tapete del debate público conflictos relacionados principalmente con las condiciones de autonomía y dependencia de las Ciencias Sociales con el campo político y el campo del poder. En los campos académicos nacionales en los que se debatió sobre el Proyecto se hizo referencia, directa o indirectamente, sobre estas dos condiciones de la producción científica.

En el campo científico norteamericano, el Proyecto Camelot puso en evidencia un conflicto de intereses políticos entre el Departamento de Defensa y el Departamento de Estado. La discusión se centró en el grado de dependencia que las Ciencias Sociales tenían con el sector militar y en los estrechos vínculos que afianzaron durante la década de 1960. Esto, en el trasfondo de un conflicto de intereses de poder por el manejo de los asuntos exteriores norteamericanos, finalmente fue dirimido por el Presidente Lyndon Johnson en favor del Departamento de Estado. Al mismo tiempo, se puso de manifiesto el grado de dependencia que algunas universidades e instituciones académicas tenían con el Gobierno Federal. Desde las universidades norteamericanas, que sostenían una relativa autonomía del campo político, se desprendió una rápida reacción en contra del Proyecto Camelot y en defensa de la autonomía universitaria, que tuvo como objetivo diferenciarse de las prácticas académicas y los vínculos de la American University y el SORO con el Departamento de Defensa⁴.

⁴ Véase la “Declaración de especialistas latinoamericanos sobre la responsabilidad profesional”, en *Revista Latinoamericana de Sociología*, Vol. V, marzo de 1969, N°1, Buenos Aires.

En el campo académico chileno las reacciones inmediatas que siguieron al rechazo del Proyecto fueron de temor ante las consecuencias negativas que podría acarrear para las Ciencias Sociales. Básicamente, los temores se centraron en las suspicacias que podían generarse en la sociedad sobre las utilidades de las Ciencias Sociales, agravado por encontrarse éstas en pleno proceso de legitimación social, y en la pérdida de autonomía y libertad académica que sufrirían en caso de aplicarse las medidas de intervención que desde el campo político se pretendían.

Pues bien, este trabajo sobre el Proyecto Camelot encuentra asimismo sustento en un proceso de mayor alcance que está ligado a que la Guerra Fría, transcurridos veinte años de su finalización, vuelve a ser objeto de estudio retomado desde ambos lados del conflicto. La caída del Muro de Berlín esparció escombros que impactaron en diversos espacios y en múltiples sentidos. La apertura de los archivos pertenecientes a los países de lado oriental de la Cortina de Hierro, particularmente los de la Unión Soviética y de la República de China, supuso una renovación en los análisis de relaciones internacionales a partir de la accesibilidad a voluminosos documentos que veían luz por primera vez. Ahora bien, el estudio de lo político no resultó el único ámbito movilizado por las nuevas fuentes de que se disponían; el derrumbe de la URSS desarrolló una corriente historiográfica de reinterpretación de la Guerra Fría, a ambos lados del Atlántico, que desde comienzos de los años noventa del siglo pasado revitalizó el ámbito académico y produjo un importante número de congresos, textos y libros. De este modo, nuevos tópicos y perspectivas se añaden al estudio de esta última etapa del *corto siglo XX*⁵, donde aparecen incluidos temas como género, raza, cultura, lenguaje, vida cotidiana, diplomacia y relaciones económicas vinculados con la Guerra Fría.

⁵ Al clásico trabajo de John Lewis Gaddis (*We Now Know: Rethinking Cold War History*, 1997) podemos añadir un puñado de ejemplos sobre los nuevos temas focalizados a la luz de la Guerra Fría. Algunos de ellos aparecen mencionados tanto en Melvyn Leffler, *The Cold War: what do "we know now"*, como en Ronn Pinneo (*Recent Cold War Studies*, 2003). En el primero de los textos se mencionan *Rising Wind: Black Americans and U.S. Foreign Affairs, 1935-1960* (Chapel Hill, N.C., 1996); Thomas Borstelmann, *Apartheid's Reluctant Uncle: The United States and Southern Africa in the Early Cold War* (New York, 1993). En el segundo texto, se mencionan los trabajos de Cynthia Enloe, *The International Politics of Militarizing Women's Lives*, y Brenda Plummer, *Rising Wind: Black Americans and U.S. Foreign Affairs, 1935-1960*, entre otros. Asimismo, los textos de Mark Solovey, *Science and the State during the Cold War* y *Hot Science/ Cold War. The National Science Foundation after WWII*, este último realizado en colaboración con Daniel Kleiman. En esta misma línea de trabajo se encuentran los artículos de Joel Isaac, *The Human Sciences in Cold War America* y *Tangled Loops: Theory, History and the Human Sciences in Modern America*. Para un listado completo, véase el Programa de Cold War Studies de la Carnegie Mellon University www.cmu.edu/coldwar

En esta misma línea, la academia dirigió la mirada hacia la propia academia y la actividad científica se convirtió en objeto de estudio particularmente en cuanto a la relación, que si bien contaba con antecedentes se afianza a partir de la segunda posguerra, entre ciencia – universidades - sector militar o lo que algunos denominaron la construcción del *complejo científico militar*. La serie de discusiones iniciada por *The New Press (The Cold War & The University, Universities and Empire, y Science of Cohercion: Communication Research and Psychological Warfare*, entre otros), los ensayos cuestionadores de lecturas consagradas sobre el período como los *Recent Cold War Studies* (en *Social Studies of Sciences*, en *Radical History Review* o en el *Journal of Historical Sociology*) o las renovadoras líneas de investigación en Historia de las Ciencias, tuvieron en el centro de sus planteos preguntas sobre la relación entre poder y conocimiento, política y universidades, financiamiento estatal y desarrollo de áreas de estudios o campos de investigación y la creación de centros de estudios dependientes de agencias oficiales, militares, de inteligencia o propaganda.

Un último comentario, en relación con la revisión de un período clave del siglo XX, deseamos agregar. Se trata de las nuevas perspectivas sobre la Guerra Fría y la posición de América Latina en el conflicto. A las tradicionales posturas de simple escenario de una contienda mayor o de una región latinoamericana que solo se “encontraba del lado receptor de las decisiones y se veía afectado por cambios que se decidían por fuera del sur” (Saul, 2004), nuevas investigaciones intentan recolocar a Latinoamérica en el conflicto. Esto es, reconocer una relativa *autonomía* de los desarrollos políticos y económicos del sur -en términos de Saul-, sin negar el peso geopolítico de las superpotencias. Estos procesos nacionales latinoamericanos generaron la preocupación de Estados Unidos sobre el desarrollo político al interior de su zona de influencia -particularmente en Chile- por lo que desviaron la mirada, y los recursos y las investigaciones, hacia esta región.

El caso del Proyecto Camelot no ha sido lo suficientemente abordado por la historia de las Ciencias Sociales. En Estados Unidos, las publicaciones más relevantes fueron el texto de Robert Nisbet, *Project Camelot: an autopsy* (1966) y el sustancioso libro editado por Irving Horowitz (1974), *The rise and fall of Project Camelot*, que si bien aportaba documentación y una discusión ética sobre el uso de

las ciencias, carecía de una interpretación realizada desde América Latina. El Camelot apareció más bien ligado a la preocupación por el uso de las universidades en proyectos gubernamentales o militares (Silvert, 1965; Kelman, 1968) y, en los últimos años, al debate sobre la dependencia académica (Novick, 1988; Solovey, 2001; Alatas, 2003). Recientemente, el texto de Dimitri Della Faille (*Dissection d'un discours à propos des conflits sociaux: les cas du Project Camelot*, 2010) y su tesis doctoral sobre la mirada de la sociología estadounidense sobre América Latina en el período 1940-1975, aportan elementos novedosos para el caso. Otra tesis doctoral, en este caso la de Joy Rohde (Universidad de Pennsylvania, mimeo, 2007), titulada *Counterinsurgency on Contract: Project Camelot, Social Sciences, and American National Security in the Cold War*, vino a cubrir un vacío en cuanto al trabajo en los archivos del SORO. En Latinoamérica, el escándalo del Camelot estuvo asociado a la retórica antiimperialista (Selser, 1966; Rojas, 1965 y 1971; Labarca Goddard, 1968) y con esporádicos análisis académicos (Graciarena, 1965; Franco, 2007). La producción de interpretaciones académicas, representaciones sociales y simbólicas sobre la administración Kennedy tuvo su esplendor en las décadas de 1980 y 1990, cuando diversas posturas historiográficas reflataron la temática de los '60, en especial las conflictivas relaciones internacionales con el Sudeste asiático y con Latinoamérica, coyuntura política a la que tomaron como referencia comparativa con administraciones posteriores, en especial con las que se desarrollaban paralelamente al momento en que escribían (Chomsky, 1994). En los últimos años, han aparecido un par de artículos que retoman este famoso episodio, pero que en general han reforzado el mito que se constituyó en torno al caso. Es por ello que nuestro trabajo se propone regresar sobre las condiciones de la época, recorrer testimonios claves y revisar la documentación inédita que hemos podido hallar en archivos personales y públicos de la ciudad de Santiago de Chile. El Proyecto Camelot entrelazó su existencia y posibilidades de surgimiento a diversas y variadas condiciones académicas, científicas y políticas, que interactuaron de forma compleja para idear e intentar realizar semejante emprendimiento científico. Las heterogéneas condiciones de surgimiento del Proyecto nos obligan a un análisis bifronte tanto del campo académico en el que se originó, como también en el que se intentó desarrollar, sin perder de vista otros campos -político norteamericano, periodístico y político chileno, académico latinoamericano- cuyas intersecciones permiten hallar

relaciones causales para explicar el impacto del fenómeno en la época y hasta la actualidad.

Regresemos por un momento a la idea de Camelot como *mito* ya que, acordando con Neil McLaughlin, suelen ser bastante recurrentes en las Ciencias Sociales cuando es necesario contar las historias propias (McLaughlin, 1999). Entendido como relato, cuento, fábula o discurso, el mito tuvo en la Antigüedad y en la Edad Media una función explicativa, mientras que a partir del Renacimiento preocupó su grado de verdad, orientado a diferenciar el *mithos* del *logos*. En el siglo XVIII, Juan Bautista Vico asume a los mitos “como *vera narratio* en las consideraciones acerca de la ciencia histórica” (Piccoti, 2005:708), con lo cual la incorporación de los mitos como hechos históricos convive en tensión con el *logos*. La focalización que diversas disciplinas realizaron sobre el mito -desde la antropología hasta la filosofía, pasando por el psicoanálisis a los estudios de la cultura- exceden los objetivos de esta investigación. Sin embargo, queremos destacar aquí algunos autores que advierten sobre su carácter de acontecimiento -o mejor, un fenómeno que deviene en acontecimiento a partir de la significación histórica otorgada por un sujeto, diría Marshall Sahlins- sucedido en tiempos lejanos, pero que constituye un precedente y un ejemplo, dotado de una lógica y coherencia interna (Mircea Eliade), con una estructura duradera (Levy Strauss).

En términos de Eliade, el mito “cuenta una historia sagrada; relata un acontecimiento que se produce en el tiempo inmemorial, el tiempo fabuloso de los comienzos. En otras palabras, el mito cuenta cómo tuvo origen una realidad, sea esta la realidad total, el cosmos, o sólo un fragmento: una isla, una especie vegetal, un comportamiento humano, una institución” (Eliade en Girardet, 1999:15). Tomamos esto para analizar al Camelot como mito: un acontecimiento que tuvo una significación particular en un momento histórico concreto, un relato que tuvo a sus héroes librando batallas y que sólo fue construido cuando ya había expirado.

Ahora bien, generalmente el abordaje de las construcciones míticas suelen ocultar o invisibilizar una lectura política del fenómeno. La historiografía argentina ha focalizado este aspecto a partir de una serie de trabajos vinculados al peronismo. Los textos de Federico Neiburg (*El 17 de Octubre de 1945: un análisis del origen del mito peronista -1995-* y *Los intelectuales y la invención del Peronismo -1998-*), Mariano Plotkin (*Rituales políticos, imágenes y carisma: La celebración del 17 de*

octubre y el imaginario peronista 1945-1951) y Marysa Navarro (*Evita*, 1997) están centrados en esta clave. Pero nuestro punto de partida es el análisis de Raoul Girardet (*Mitos y mitologías políticas*, 1999) en el que el autor aborda el entrecruzamiento del registro *real* de la política y el registro *imaginario*. Es decir se centra en cuatro construcciones míticas –el *salvador*, la *edad de oro* y la *unidad*- de las cuales rescatamos la de *conspiración*. El estallido del escándalo Camelot giró en torno a los elementos de espionaje, avasallamiento de la soberanía nacional, estudio de posibles intervenciones militares por parte de Estados Unidos. Este carácter conspirativo del financiamiento externo a proyectos científicos -patentes en el Camelot- se trasladó a toda financiación extranjera. Paradójicamente, unas ciencias sociales como las latinoamericanas -a la vez impulsadas por organismos internacionales y partícipes de un proceso de *internacionalización* casi paralelo a su consolidación- generaba un debate avasallante -al mismo tiempo en una creciente radicalización política- sobre los mecanismos de financiación en el que se oponía sin más a la llegada de capitales externos.

Pues bien, la construcción del *affaire* Camelot como objeto de estudio fue realizada a partir de un triple acceso metodológico que implicó una búsqueda bibliográfica, rastreo documental y un acceso etnográfico.

El germen de la presente investigación resultó la lectura de *Espionaje en América Latina* (1966), de Gregorio Selser. A partir de allí, la búsqueda bibliográfica nos llevó a la Biblioteca Nacional de la República Argentina y las bibliotecas de la Universidad de Chile y de la Universidad Católica. Por su parte, el rastreo documental nos condujo a realizar trabajo de archivo en la Hemeroteca de la Biblioteca Nacional de Chile para disponer del tratamiento del Camelot durante 1965 en los periódicos *El Siglo*, *Clarín*, *Última Hora* y *El Mercurio*. En la Biblioteca del Congreso Nacional de Chile tuvimos acceso tanto a las versiones taquigráficas de las Sesiones de la Cámara de Diputados de la Nación -en el período comprendido entre julio y diciembre de 1965- que contiene el Informe Final de la Comisión Investigadora, como a las leyes sobre política educativa mencionadas en el primer Capítulo. Asimismo, el Archivo Documental del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile nos permitió trabajar con las diversas comunicaciones -cables, oficios confidenciales, oficios ordinarios, oficios secretos y memorándums- entre la Cancillería y la Embajada chilena en Washington.

Tuvimos la oportunidad de contar con las entrevistas realizadas por la Directora de la presente tesis a informantes clave de las Ciencias Sociales latinoamericanas que aportaron datos esenciales y recuerdos valiosos. Entre ellos, Raúl Urzúa, Roger Vekemans, Edmundo Fuenzalida, Luis Maira, José Nun, Juan Carlos Marín y Miguel Murmis. Al mismo tiempo, conseguimos entrevistar a Jorge Inzunza Becker, Benny Pollack y Johan Galtung, quienes resultaron imprescindibles para este trabajo.

La presente tesis está organizada en tres capítulos. El primero de ellos está dedicado al proceso de consolidación e institucionalización de las Ciencias Sociales latinoamericanas, las disputas en su interior y el paralelo proceso de internacionalización. De manera particular, nos centramos en el desarrollo del campo académico chileno hasta la explosión del escándalo Camelot, y las particulares condiciones políticas que se articularon como elemento impulsor de Santiago de Chile como eje regional del desarrollo de las Ciencias Sociales.

El Capítulo 2, teniendo como marco general la primera etapa de la Guerra Fría, tiene como eje temático a las relaciones exteriores. Por un lado, el caso chileno y sus vínculos con las potencias hegemónicas, tanto con Estados Unidos como con la Unión Soviética. Por otro lado, en cuanto a las relaciones exteriores estadounidenses, el capítulo se concentra en la construcción del *complejo militar – académico* o, en otros términos, los vínculos establecidos entre las ciencias - particularmente las sociales- con el financiamiento del Gobierno Federal, que posibilitaron el escenario adecuado para el surgimiento de un proyecto como el Camelot.

Finalmente, en el tercer capítulo, nos focalizamos en la descripción del Camelot, sus objetivos y estructura organizativa para, luego, reconstruir su itinerario desde Estados Unidos hacia Chile. La cronología de la llegada del Camelot, las sucesivas reuniones entre Nutini y los científicos sociales chilenos y el inicio del escándalo con la denuncia del diario *El Siglo*, se encuentran en este capítulo. Por último, cerramos este trabajo con el análisis del impacto del Camelot en las Ciencias Sociales latinoamericanas, la construcción de un mito respecto al financiamiento externo y las discusiones en torno de su autonomía / dependencia.

Capítulo I

1. Las Ciencias Sociales en América Latina y en Chile

1.1. Las disciplinas en su etapa de consolidación e institucionalización

Es posible construir diversas periodizaciones de las Ciencias Sociales en América Latina, pero podemos comenzar por diferenciar tres grupos de estudiosos que se dedicaron a realizar esta tarea: el primero, que escribe en un breve lapso de la primera mitad de la década del setenta, buscó establecer un *relato fundante* de estas disciplinas en la región como resultado del vertiginoso proceso de expansión e institucionalización. Con una narración centrada en la oposición entre una *sociología de cátedra* y una *sociología científica*, este grupo está conformado por las periodizaciones realizadas por Francisco Delich (1970), Jorge Graciarena (1972), Rolando Franco (1974), e incluso Gino Germani (1964) y Johan Galtung (1965). El segundo grupo, cuya producción comienza en la segunda mitad de los ochenta, ya no contiene la urgencia por construir una *historia* que legitime la cientificidad de estas disciplinas, sino su legitimidad en tiempos de dictadura; aquí podemos incluir los trabajos de Pablo González Casanova (1985), José Joaquín Brunner (1986), Tomás Vasconi (1991) y Fernando Henrique Cardoso (1995). Por último, el tercer grupo, de producción más reciente, no cuenta con la urgencia de la legitimación de las Ciencias sociales, sino que da cuenta de una mayor complejidad de tradiciones diversas y del desarrollo de estas disciplinas en relación al paralelo proceso de internacionalización e inserción en el sistema académico mundial. Dentro de esta producción podemos mencionar a Eduardo Devés Valdés (2000), Manuel Antonio Garretón (2005) y Garretón *et al* (2005), Rolando Franco (2007), Sujata Patel (2009) y Michael Kuhn y Doris Weidemann (2010), entre otros.

Revisando los trabajos de los tres grupos podemos repasar el proceso de consolidación de estas ciencias a nivel regional⁶. Rolando Franco, centrado específicamente en el desarrollo de la Sociología, establece tres grandes etapas y vincula la primera de ellas, aunque sin desarrollarla, a los llamados *pensadores*; mientras que para Germani es la fase *presociológica*, con sus inicios desde las revoluciones independentistas hasta la creación de las primeras cátedras, y un segundo ciclo con la institucionalización de la Sociología en las universidades. En un estudio reciente, Garretón, Murmis, Trindade y de Sierra (2005) denominan *prehistoria* al período que se extiende entre fines del siglo XIX hasta casi la mitad del siglo siguiente, en el cual la investigación social se desarrolló en tres ámbitos diferentes: las cátedras académicas, el pensamiento político y la literatura crítica y, por último, la investigación independiente y las actividades de empleados públicos. Este acercamiento a la *cuestión social* es posible rastrearlo desde el siglo XVIII, en “la interpretación y la propuesta de políticos y pensadores y así también en trabajos literarios que intentan reflejar los problemas sociales” (Garretón, et al, 2005:564), ya sea desde una óptica religiosa o científica, esta última con influencia del positivismo o del socialismo. Más tarde, con la inauguración de la cátedra de Sociología en la Escuela de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en 1898, comienza la incorporación de las Ciencias Sociales como saber académico, aunque inicialmente vinculado como conocimiento secundario en otras carreras. El tercer ámbito de desarrollo de las *prehistóricas* Ciencias Sociales estuvo ligado a la construcción de los incipientes estados nacionales y al estímulo por desarrollar estudios empíricos relacionados con salubridad y asuntos legales del derecho laboral.

Los *sociólogos de cátedra* provenían generalmente de disciplinas como la Filosofía y el Derecho, por lo tanto tildados en ocasiones de *metafísicos*, que ejercían secundariamente la docencia en paralelo a sus respectivas profesiones. La enseñanza se limitaba a la transmisión de “versiones sintetizadas de la obra de

⁶ Es necesario aclarar en este punto que el término *Ciencias Sociales* incluye diversas disciplinas con un desigual desarrollo de acuerdo a los países y a las instituciones. El caso de la Antropología, por ejemplo, tuvo un mayor desarrollo en Brasil que en el resto de la región. Las Ciencias Políticas, por su parte, tuvieron en términos generales una consolidación mucho más tardía que las Ciencias Económicas. En el presente trabajo si bien utilizamos el término Ciencias Sociales, en ocasiones nos centraremos específicamente en el desarrollo de la Sociología.

autores europeos” (Franco, 2007:16) a través de manuales de textos, con escasa investigación y reflexión sobre la propia realidad nacional.

Ahora bien, llegada la mitad del siglo XX se abre una nueva etapa en las Ciencias Sociales en la región con el impulso de la institucionalización, profesionalización e internacionalización de este conjunto de disciplinas⁷. Esto es lo que corresponde a la *fase fundacional*, en términos de Garretón, la etapa de *elaboración y afirmación*, según Cardoso o, más específicamente, la constitución de la *sociología científica* (Franco, González Casanova) a través de los coincidentes proyectos intelectuales de Gino Germani, José Medina Echavarría y Florestán Fernández. La búsqueda común por superar los obstáculos de la sociología hasta ese momento (escasos científicos en pocas instituciones con insuficientes recursos financieros, sin producción científica sino ensayística) radicaba en alcanzar la legitimidad como ciencia por medio de la renovación metodológica basada en la investigación empírica (ya que se consideraba que la sociología sólo reproducía discursos con una casi inexistente investigación de casos concretos), y promover un nuevo estatus y una nueva actitud del científico orientada hacia la neutralidad valorativa⁸. Es decir, el propósito modernizador de las sociedades latinoamericanas alcanzaba también a los campos académicos nacionales, en la búsqueda por generar “modernos sistemas intelectuales, dotados de instituciones, el personal y los medios intelectuales y materiales” (Brunner, 1986:6). Ahora bien, esta intención modernizadora generó una confrontación entre sus impulsores -que al mismo tiempo intentaban desarrollar e incorporarse en nuevos espacios institucionales- y aquellos que poseían una trayectoria en la docencia universitaria -que veían con recelo el impulso de una manera diferente de concebir la actividad-. Esta disputa entre *catedráticos* y *renovadores*, que representan dos momentos de la disciplina, permanece incluso durante los procesos de institucionalización e

⁷ Generalmente suele marcarse como hito en el comienzo de esta segunda etapa, la publicación de José Medina Echavarría, *Sociología: teoría y técnica* (1941), aunque el “proceso de renovación de la disciplina sólo adquirirá mayor dinámica una vez terminada la Segunda Guerra Mundial y, más intensamente, durante la década de los cincuenta” (Franco, 2007:16).

⁸ Asimismo, es justo decir que la figura de Gino Germani resulta mucho más compleja que la representación de simple importador de las teorías funcionalistas norteamericanas, en cuanto es impulsor de redes regionales de relaciones entre los científicos, búsqueda de recursos externos, introductor de obras no publicadas a través de sus proyectos editoriales, gestor de vínculos internacionales como el Grupo Latinoamericano para el Desarrollo de la Sociología, etc. Al respecto, ver Blanco, 2006.

internacionalización; es decir, los *sociólogos de cátedra* no resultan desterrados de manera absoluta, sino que coexisten con los *científicos* en conflictos a veces soterrados, a veces declarados.

La consolidación de las Ciencias Sociales latinoamericanas fue realizable, en gran medida, gracias a los recursos provenientes de la asistencia económica-financiera y técnica proveniente de los países centrales hacia el resto del mundo. Si bien los inicios de este tipo de asistencia pueden remontarse al siglo XIX, su impulso principal se estableció en octubre de 1945 con la Carta de las Naciones Unidas. Una posible clasificación de esta ayuda establece dos criterios fundamentales: según su origen (pública o privada) y según sus finalidades (humanitaria, de subsistencia, político –administrativa, militar, cultural o de desarrollo en sentido amplio). El apoyo realizado al desarrollo científico en la región, tanto a instituciones como a agentes, consistió en “donaciones de equipos o instalaciones, aporte de personal docente, concesión de empréstitos a largo plazo, formación de personal docente a través de becas de estudios para personal recién graduado, *grants* de investigación” (Schiefelbein, 1968:92) y la promoción de conferencias, seminarios y reuniones académicas.

Debido a la escasa información sobre el financiamiento externo en el período que tratamos resulta difícil lograr una clasificación exhaustiva de esta actividad, pero en la década del sesenta, según el “*Repertorio de la Asistencia Técnica y Financiera para la América Latina* editado por OEA, existían por lo menos 150 entidades actuando en la región” (Schiefelbein, 1968:92). Entre éstas, es posible discriminar aportes económicos provenientes de organismos multinacionales y agencias de cooperación internacional como la Organización de los Estados Americanos (OEA), UNESCO, Organización Mundial de la Salud (OMS), Organización Internacional del Trabajo (OIT), Banco Interamericano de Desarrollo (BID) y el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento (BIRF), de aquellos aportes realizados de manera directa por determinados países, como por ejemplo a través de las agencias de gobierno de los Estados Unidos. Asimismo, debemos agregar el impulso que tuvieron las relaciones académicas internacionales desde las universidades norteamericanas y a través del accionar de las fundaciones privadas.

Las fundaciones norteamericanas resultaron centrales en el desarrollo de las Ciencias Sociales europeas a través del financiamiento de institutos de investigación en Francia e Inglaterra, en las décadas de 1920 y 1930, y en Alemania después de la Segunda Guerra Mundial⁹. Del mismo modo, América Latina comienza a convertirse en una plaza de interés científico para los estudios de tipo generalistas: desde los primeros contactos, que datan de la década del '20, pasando por el “envío más frecuente de viajeros y la apropiación de datos estadísticos y sociales por parte de las instituciones de Estados Unidos” (Pereyra, 2005:4) propio de la década del '40, hasta el establecimiento de redes consolidadas de financiamiento de la segunda mitad de la década del '50. Las más destacadas en el financiamiento a América Latina resultan la Fundación Ford y la Fundación Rockefeller, cuyos programas “son muchísimo más importantes que la combinación de los programas del resto de las fundaciones norteamericanas” (Szymanski, 1973:801).

Desde la instalación de la Fundación Ford en Latinoamérica, con la inauguración de la Oficina Región Andina y Cono Sur en Buenos Aires y Bogotá en 1962¹⁰, la fundación “ha aportado cerca de US\$ 705 millones, en dólares estadounidenses de 2002” (Fundación Ford. 40 años en la Región Andina y Cono Sur: 17), en donaciones a la región hasta esa fecha. Por su parte, la Fundación Rockefeller, que durante la década del treinta contribuyó al desarrollo de las ciencias médicas y físico naturales, destinó fondos a las Ciencias Sociales sobre finales de los años cuarenta, ya sea de manera directa o apoyando iniciativas de otras entidades como el Social Sciences Research Council (SSRC).

En el cuadro siguiente es posible advertir el creciente financiamiento de las fundaciones Ford y Rockefeller, e incluso el aporte público del Gobierno norteamericano, hasta la segunda mitad de la década del sesenta. Basados en los reportes anuales de ambas entidades, los datos refieren a los aportes destinados a

⁹ Sobre el papel de las fundaciones Ford y Rockefeller en la institucionalización de la sociología durante la segunda posguerra ver los trabajos de Joseph Picó (2001) para Europa y Estados Unidos, y Pereyra (2005) para el caso de la sociología argentina.

¹⁰ La oficina de Buenos Aires fue posteriormente clausurada en 1975, mientras que la subse de Bogotá cerró en 1982. En 1965 abrió una sede en Lima, que luego fue cerrada en 1992, mientras que la Oficina Regional de Santiago de Chile, inaugurada en 1963 –y cerrada en 1973- fue reabierta en 1991 y es la actual sede de la Fundación Ford en América Latina.

seis países de la región (Argentina, Brasil, Chile, Colombia, Perú y Venezuela), durante el período 1959-1968.

**DONATIVOS DE LA FORD, ROCKEFELLER
Y GOBIERNO NORTEAMERICANO
TOTALES DE SEIS PAÍSES
(Millones de dólares)**

<i>Año</i>	<i>Ford</i>	<i>Rockefeller</i>	<i>Ambos</i>	<i>Gobierno norte- americano</i>	<i>Ambos como porcentaje norteamericano</i>
1959	.0	2.3	2.3		
1960	1.8	2.3	4.2	26.7	15.7
1961	4.0	4.0	7.9	37.3	21.1
1962	5.1	1.5	6.6	35.9	18.3
1963	7.4	2.0	9.4	53.5	17.6
1964	10.2	2.3	12.5	43.3	28.9
1965	11.2	1.8	13.0	47.5	27.3
1966	12.3	3.1	14.4	51.6	28.0
1967	7.3	3.6	10.9	47.1	23.1
1968	7.8	2.9	10.7		

CUADRO N°1. Fuente: Symanski, Albert. *Las fundaciones internacionales y América Latina* (1973:817)

Paralelamente con el crecimiento de la asistencia técnica y el financiamiento de las Ciencias Sociales en distintas regiones del Tercer Mundo, en Estados Unidos creció el interés por el desarrollo de estudios internacionales dedicados a la Unión Soviética, Asia, África y, en ese marco, los estudios latinoamericanos constituyeron el campo más antiguo. La creciente importancia del análisis de esta región se evidenció en la institucionalización de la cooperación internacional a través del Joint Comité on Latin American Studies (JCLAS), del Social Science Research Council (SSRC), el American Council of Learned Societies (ACLS) y la Latin American Studies Association (LASA), la mayoría de ellos pertenecientes al Consortium of Latin American Studies Program (CLASP); otro elemento que marca el interés por el estudio de la región fue el aumento del número de investigadores académicos activos trabajando sobre América Latina en los EEUU que pasó de “una decena sobre el final de 1940 a cerca de 1800 hacia finales de los setenta (...); el número de centros universitarios y programas sobre Estudios Latinoamericanos que van de 24 en 1947 a 101 en una investigación reciente” (Coatsworth, 1989:8.9). Estas relaciones académicas internacionales entre América Latina y las universidades de EEUU crecieron hasta alcanzar su punto cúlmine en los años sesenta, que fue

seguida de una regresión en la década siguiente. Numerosas causas se pueden citar, incluyendo “la recesión económica e inflación, la contracción del mercado académico norteamericano, la guerra en Vietnam, y el cambio de expectativas revolucionarias hacia autoritarismos de derecha en América Latina, donde la represión dañó severamente a las ciencias sociales” (Drake, 1989:2). Estas regresiones resultan visibles en la disminución de presentaciones a doctorados, admisiones, graduaciones, aportes del Estado norteamericano a los estudios de áreas, y aportes de las fundaciones privadas: por ejemplo, los fondos de la Fundación Ford para “*advancing training* e investigación en asuntos internacionales y áreas extranjeras cae desde aproximadamente 27 millones (de dólares) por año en la década del ‘60 a 4 millones por año en la década del ‘70.” (Drake, 1989:2).

En síntesis, el interés por el estudio de América Latina, en el marco del desarrollo de investigaciones sobre el Tercer Mundo en general, con la Guerra Fría como escenario principal, estuvo impulsado tanto desde el propio Estado norteamericano como de las agencias de cooperación internacional, y desde las universidades de EEUU tanto como de las fundaciones privadas, principalmente Ford y Rockefeller.

1..2. Las Ciencias Sociales en Chile: desarrollo del campo académico antes de la explosión del Proyecto Camelot

Inserto en el esquema general de desarrollo de las Ciencias Sociales en América Latina que señalamos con anterioridad, es posible rastrear los abordajes de *lo social* en Chile desde fines del siglo XIX, principalmente a través de las figuras de Valentín Letelier y del portorriqueño Eugenio María de Hostos¹¹ (Arpini, 2007), aunque un acercamiento formal a esta cuestión se concretó con posterioridad. Desde la década del treinta del siglo XX, la Sociología de cátedra quedó establecida como “ejercicio pre-profesional de la disciplina, consistente básicamente en la enseñanza

¹¹ Hernán Godoy, en 1967, realiza una clasificación de estudios sociales, en Chile, en seis tipos, desde los pensadores sociales del siglo XIX hasta los estudios pertenecientes a las disciplinas tradicionales, pasando por los escritos sobre la cuestión social, las novelas con contenido social, los ensayos sociales modernos y escritos con intenciones sociológicas.

de la sociología como curso universitario de complementación cultural” (Brunner, 1986:3), y llegará a contar con cincuenta espacios académicos en 1940 “que impartían en conjunto 80 horas semanales” (Brunner y Barrios, 1987:75). Pero el período *fundacional*, caracterizado por el desarrollo institucional y una veloz profesionalización que rápidamente intentó diferenciarse del aspecto ensayístico de la *sociología de cátedra* y promovió los estudios empíricos propios de la *sociología moderna o profesional*, data de comienzos de los años cincuenta. Una figura clave en la recepción e institucionalización de sociología científica de inspiración norteamericana fue Eduardo Hamuy¹², desde la Universidad de Chile, quien había seguido cursos de posgrado en la Universidad de Columbia.

En los inicios de los años cincuenta comenzó a gestarse en la región un circuito académico sin precedentes con Santiago de Chile como eje central donde, entre 1957 y 1973, las Ciencias Sociales latinoamericanas experimentaron una gran expansión. Si bien países latinoamericanos como México, Brasil o Argentina contaban con un alto grado de avance en el proceso de institucionalización de las Ciencias Sociales, al tiempo que poseían índices superiores a Chile respecto de las industrias culturales, entre ellos la edición, traducción, publicación de periódicos, presencia de estaciones televisivas y radiales y en general en el desarrollo artístico, Santiago se fue convirtiendo en una *capital académica* en la región y en un *meridiano de Greenwich* periférico¹³ (Beigel, 2009 y 2010). Esta circunstancia se vio favorecida por la coexistencia de varios elementos que posibilitaron la construcción de este eje regional académico, a saber:

En primer lugar, la instalación de organismos internacionales como la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) en 1948 y su órgano dependiente, el Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y

¹² El caso de Eduardo Hamuy en Chile como introductor de la sociología científica y moderna puede considerarse como una analogía de los casos de Gino Germani para Argentina y de Pablo González Casanova para México. Hamuy, luego de estudiar Derecho y Filosofía en la Universidad de Chile, se traslada a EEUU donde realiza cursos con Paul Lazarsfeld. Más tarde comienza a trabajar como “Profesor Visitante en el City Collage de Nueva York, donde tuvo la oportunidad de conducir la investigación sobre problemas sociales. Personalmente dirigió un proyecto sobre las condiciones de los portorriqueños en Nueva York, que lo condujo a una permanencia en Puerto Rico. Hamuy también estudió en la Universidad de Wisconsin” (Fuenzalida, 1983:98). La traducción de la cita es nuestra.

¹³ Trasladamos aquí la noción de *meridiano de Greenwich periférico* utilizada para el espacio literario internacional por Pascale Casanova en *La República Mundial de las Letras* (1999),

Social (ILPES) inaugurado en 1962; la Oficina Regional para América Latina y el Caribe de la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO) en 1955; la creación de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) en 1957; la Oficina Regional de Educación para América Latina y el Caribe de la UNESCO (en 1963) y la Oficina Subregional de la Organización Internacional del Trabajo (OIT).

De estos organismos internacionales nos detendremos, por su particular contribución a la formación de científicos sociales, al desarrollo de investigaciones sociales y porque evidencian los procesos paralelos de *internacionalización* y *latinoamericanización* de las disciplinas, en dos de ellos: CEPAL y FLACSO. La primera de estas instituciones, a diferencia de las restantes “agencias regionales de Naciones Unidas (las comisiones económicas de Asia y África), pronto desarrolló sus propios puntos de vista” (Blomstrom y Hettne, 1990:59) sobre lo que Eduardo Devés Valdés no duda en llamar el concepto más utilizado en América Latina, capaz de dividir el pensamiento del siglo XX en dos partes: el *desarrollo* (Devés Valdés, 2003).

Mencionamos en la introducción que a mediados del siglo pasado la Teoría del Desarrollo¹⁴, en su versión anglosajona (ya que existen varias teorías del desarrollo con diferencias entre sí¹⁵) se erige como dominante en las Ciencias Sociales (en principio desde las ciencias económicas) al punto de constituirse en un *universal*. Ahora bien, dentro de estas Teorías del Desarrollo se desplegó desde América Latina, en las décadas del '50 y '60, un conjunto de producciones teóricas que algunos autores han denominado *campo del desarrollo del subdesarrollo* o

¹⁴ Gustavo Esteva sitúa el comienzo de la Era del Desarrollo (y la invención del término *Subdesarrollo*) con el discurso del presidente Harry Truman, del 29 de enero de 1949. En **Diccionario del Desarrollo, una guía del conocimiento como poder**. Lima, PRATEC, 1996.

¹⁵ John McKay (1992) establece al menos diez modelos de desarrollo que han sido dominantes desde 1943 hasta la actualidad, entre ellos: el modelo de la Modernización, la Teoría de la Dependencia, el modelo de las Necesidades Básicas, la propuesta del Ajuste Estructural, los modelos de Articulación, la Internacionalización del Capital, la Antimodernización, el desarrollo de las Raíces Populares Básicas, el Ajuste con Rostro humano y el Desarrollo Sostenible.

Por su parte, Gilbert Rist (1976) elaboró una tipología de modelos de desarrollo entre los que menciona: **a)** el modelo clásico marginalista (Lewis), **b)** el modelo evolucionario (Rostow), **c)** el modelo humanista-liberal de Perroux, **d)** la crítica marxista-leninista (Samir Amin), **e)** el modelo del Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI) y **f)** la propuesta alternativa del modelo de la autodependencia. En Elizalde, Antonio. **Desarrollo**, en **Pensamiento Crítico Latinoamericano**. Volumen I, págs. 154-155.

escuela latinoamericana del desarrollo. La especificidad de este campo consistió en acentuar la contracara del tópico central del *desarrollo*, es decir, focalizaban sobre “los determinantes del denominado subdesarrollo (...), sobre las razones que explican el atraso económico y social de ciertas regiones del planeta en comparación con otras y, a la vez, sobre las posibilidades y las formas de superarlo” (Nahón, Rodríguez Enríquez y Schorr, 2006:330). Dentro de este campo o escuela resultó central el conjunto de investigaciones que dieron forma al estructuralismo de la CEPAL y su posterior reformulación al interior de la institución, las denominadas Teorías de la Dependencia (con grandes diferencias internas), a las que Cristóbal Kay agrega los estudios sobre la Marginalidad (entre quienes se encontraban José Nun y Miguel Murmis) y los trabajos referidos al Colonialismo interno (desarrollados por Pablo González Casanova y Rodolfo Stavenhagen).

Una voz ineludible en este relato, y que se alzó desde América Latina, fue la del economista argentino Raúl Prebisch, cuya producción teórica durante las décadas de 1940-1950 es una fuerte crítica a la universalización de la teoría económica realizada desde los países centrales, mientras que, al mismo tiempo, constituyó un programa de acción para que los países latinoamericanos superasen el subdesarrollo. La trayectoria de Prebisch está íntimamente ligada a los inicios de CEPAL, donde logró imprimir a esta institución el perfil estructuralista en sus primeros años¹⁶. Su punto de partida radicó en pensar el subdesarrollo en una perspectiva histórica remitiendo a las formas concretas de inserción de América Latina al comercio internacional, para entender a las economías latinoamericanas desde sus especificidades históricas, en tanto los modelos de desarrollo “no se pueden repetir y tampoco los modelos de sociedad desarrollada son cristalizaciones de metas por alcanzar” (Dos Santos, 1996:153).

El principal aporte de Prebisch a las teorías del desarrollo y a los intentos de explicar el subdesarrollo de los países de la región, fue el concepto de **Sistema centro / periferia**, que sostenía que tanto el desarrollo como el subdesarrollo constituyen un proceso único y que las desigualdades entre ambos se producen a

¹⁶ El documento que Prebisch escribe en 1949, **El desarrollo económico de América Latina y sus principales problemas**, es considerado un texto fundacional del organismo dependiente de las Naciones Unidas. Asimismo este intelectual generó distintas instancias para discutir la temática del desarrollo en América Latina tales como su participación en el Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social (ILPES) y la creación de la Revista de la CEPAL.

través del comercio internacional. Los países latinoamericanos, al insertarse como exportadores de bienes primarios en la División Internacional del Trabajo (sistema legitimado a partir de la Teoría de las Ventajas Comparativas, de cuño neoclásico), quedaron afectados por la difusión desigual del progreso técnico, obteniendo una estructura económica heterogénea y desarticulada. La contracara era el centro que, habiendo realizado su revolución industrial, poseía una estructura económica homogénea e integrada. El fuerte cuestionamiento a la división internacional del trabajo, que realizó desde CEPAL, lo llevó a proponer cambios en la estructura de la producción basados principalmente en el proceso de industrialización por sustitución de importaciones, en donde el Estado adquiriría singular protagonismo como impulsor de las transformaciones.

Alrededor de 1960 este proceso de industrialización no solo no había producido los resultados esperados sino que, por el contrario, había profundizado la heterogeneidad estructural, en cuanto se daba la concentración del crecimiento económico en manos del capital. Estancamiento económico, desnacionalización de la economía y el problema de la marginalidad y el pauperismo son algunos de los elementos, señalados por Agustín Cueva, de la conflictiva coyuntura que dio origen a las preguntas sobre las causas del subdesarrollo latinoamericano (Cueva, 1981). En el interior mismo de CEPAL comenzó una serie de cuestionamientos a estas políticas de industrialización *realmente existentes*, destacándose entre ellas las de Osvaldo Sunkel, Pedro Paz, Aníbal Pinto y Celso Furtado. En esta misma línea, pero con una mayor radicalización, surgió desde la Sociología Crítica, el conjunto de análisis agrupado bajo el nombre de Teoría de la Dependencia, que se opuso no sólo a las tesis cepalinas, sino también al estructural - funcionalismo y a la Teoría de la Modernización. En todo caso, pese a las reformulaciones al interior de la institución o al duro rechazo a las tesis del estructuralismo de la CEPAL, es innegable el papel del organismo en varios planos: en la institucionalización de un saber económico-social, en la producción de un conjunto de investigaciones, sostenidas tanto a través de una política de atracción de científicos sociales de la región para que participasen de los seminarios de formación dictados en Santiago como a una política de circulación de internacional de esos agentes, y en la planificación y formación de élites gobernantes en la región, realizadas por medio del financiamiento del BID y del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) (Gabay, 2010).

Por su parte, la creación de FLACSO en 1957, a instancias de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), materializó las recomendaciones de la *Conferencia Regional de Ciencias Sociales de la América Central y las Antillas* (Costa Rica, 1954) y de la *I Conferencia Regional sobre la Enseñanza Universitaria de las Ciencias Sociales en América del Sur* (Brasil, 1956). El esfuerzo de UNESCO no constituyó un hecho aislado, sino que desde “hacía tiempo la Organización estaba embarcada –a través de su departamento de Ciencias Sociales- en promover la enseñanza de estas disciplinas en las universidades” (Franco, 2007:25). Para lograr este objetivo utilizó el mecanismo de las misiones o visitas, dedicadas ya sea a promover la creación de instituciones dedicadas a la docencia o a bregar por el fortalecimiento de estas instituciones a través de actividades de formación e investigación.

De este modo, FLACSO, y su par en Brasil el Centro Latinoamericano de Pesquisas em Ciências Sociais, nació con la tarea de “formar, al nivel de posgrado, a la primera generación de científicos sociales latinoamericanos” (Brunner y Barrios, 1987:76) a través de la Escuela Latinoamericana de Sociología (ELAS) y de la Escuela Latinoamericana de Ciencias Políticas (ELACP). Las estadísticas de egresados de FLACSO (Franco 2007, Beigel 2008, Pérez Brignoli 2008) nos muestran el constante crecimiento en la formación de recursos humanos: en las cuatro primeras promociones del ELAS, en el período 1959-1965, noventa científicos sociales de la región completaron sus estudios, mientras que el ELACP, creado con posterioridad, recién en 1966 dio luz a la primera cohorte con doce egresados. Ambas escuelas, hasta el año del golpe militar -1973-, superaron los trescientos egresados provenientes de más de trece países diferentes de la región.

Ahora bien, la instalación de FLACSO en Santiago tuvo, durante largo tiempo, su explicación en la acción combinada entre las intenciones de UNESCO y la audacia de personajes clave de las ciencias sociales chilenas como Eduardo Hamuy y Gustavo Lagos Matos. Esta argumentación, sostenida por José Joaquín Brunner, es revisada por Franco y Beigel, quienes encuentran otros elementos para su explicación. Aquel rasgo de improvisación se ve relativizado al tener en cuenta que la delegación chilena en la conferencia de Brasil en 1956 ya se había postulado como sede del centro regional, al tiempo que quedó asentado el “testimonio de que

el Gobierno y la Universidad de Chile están dispuestos a prestar toda la ayuda necesaria para que el proyecto se convierta en realidad” (Recomendaciones [1956], FLACSO, 1970:2, en Beigel, 2008). Es así que, como Franco afirma, es una *verdad a medias* el papel protagónico de UNESCO, sin mencionar el rol jugado por dos agentes importantes: la Universidad de Chile y el propio Estado chileno.

FLACSO – CHILE, Graduados en la ELAS y la ELACP
1959-1973

Año	ELAS	ELACP
1959	21	
1960		
1961	20	
1962		
1963	21	
1964		
1965	28	
1966		12
1967	25	12
1968	28	18
1969	19	14
1970	23	4
1971	26	7
1972		
1973	36	17
Totales	247	84

CUADRO N° 2. Fuente: Héctor Pérez Brignoli, *Los 50 años de la FLACSO y el desarrollo de las Ciencias Sociales en América Latina*.

Es decir, se están dando de manera simultánea varios procesos diferentes: por un lado, FLACSO representa la jugada de UNESCO de disputarle a las redes norteamericanas y europeas la legitimación de los científicos sociales, legitimación que respondía a una vocación renovadora y modernizante del quehacer científico para estar en consonancia con cánones internacionales; pero al mismo tiempo, esta *internacionalización* de las ciencias sociales que promovió UNESCO “estuvo acompañada de una suerte de *estatización*, que repercutió directamente en la constitución de un *círculo académico regional*” (Beigel, 2007:11). Las cifras de contribuciones realizadas por el propio estado chileno muestran su creciente importancia en comparación con los aportes provenientes de UNESCO.

CONTRIBUCIONES GOBIERNO DE CHILE Y UNESCO 1959-1970
(en USD)

<i>Ejercicio</i>	<i>Chile*</i>	<i>UNESCO**</i>
1959-1960	76 857.13	99 200.00
1961-1962	79 586.45	100 000.00
1963-1964	58 721.17	135 000.00
1965-1966	93 246.91	117 000.00
1967-1968	189 487.93	123 000.00
1969-1970	302 563.32	fin patrocinio
TOTAL	800 462.79	574 200.00

** Incluye los aportes efectivamente entregados por el gobierno de Chile y la Universidad de Chile.*

*** Las asignaciones corresponden a tres programas: prestaciones, participación y becas. Los valores se han corroborado a partir del cruce de informes de la Flacso y asignaciones resueltas en Conferencias Generales de la UNESCO para cada ejercicio.*

CUADRO N° 3. Fuente: *Fernanda Beigel (2009). La FLACSO chilena y la regionalización de las Ciencias Sociales en América Latina 1957-1973, en Revista Mexicana de Sociología 71, N°2. Elaborado por la autora en base a las Conferencias UNESCO 10C/1958; 11C/1960; 12C/1962; 13C/1964; 14C/1966; 15C/1968; Informe Anual al Banco Intera-mericano de Desarrollo, Flacso, Santiago de Chile, diciembre de 1969; Anteproyecto de Solicitud al Fondo Especial del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, Flacso, Santiago, agosto de 1970.*

El cuadro anterior nos marca la participación de un segundo elemento que contribuyó a la formación de un circuito académico regional, además de los organismos internacionales y que, quizá, tuvo el papel más preponderante: las universidades chilenas. En 1956, con la creación de la Universidad Católica del Norte, se estructura el mapa de las universidades chilenas con ocho instituciones (las universidades católicas de Valparaíso y Santiago, las Universidad de Chile, Concepción, Austral, Técnica del Estado y Federico Santa María), que se sostendrá hasta la década del ochenta. De este modo, quedó delineado el sistema universitario que, desde principios de los ´50, comenzó un camino hacia la modernización, determinado por un crecimiento inédito tanto en la creación de instituciones dedicadas a las Ciencias Sociales como en el número de matriculaciones.

En cuanto al matriculado en educación universitaria, podemos ver que Chile aumenta la tasa bruta de un 3.3% en 1960 a un 9% en 1975, es decir, con una expansión en el acceso a la educación de tercer nivel que lo ubicó entre los cinco

países de América Latina con mayor crecimiento al respecto¹⁷. Si, en términos generales para el sistema universitario chileno, es posible advertir el aumento de la matrícula de pregrado que va de 32.995 alumnos en 1964 a 76.979 en 1970, y que hacia 1973 ascendió a 145.663 (Arriagada, 1989), la carrera de Sociología de manera particular creció sostenidamente en las dos principales universidades: en 1958 se inscribieron “los primeros 22 alumnos en la Escuela de la Universidad de Chile. Al año siguiente los nuevos inscriptos en la Universidad de Chile y la Católica alcanzaron a cerca de 60, que será el promedio anual de inscriptos hasta 1962” (Brunner y Barrios, 1987:77). Cinco años más tarde el promedio ascendió a más de cien, mientras que el total de matriculados llegó a cuatrocientos.

La Universidad de Chile creó, en 1946, el Instituto de Investigaciones Sociológicas de la Facultad de Filosofía y Educación, refundado en 1956 con Eduardo Hamuy como Director, que cumplió

“una tarea fundamental en la institucionalización de la sociología empírica y científica, siendo una de las pioneras en la región. El Instituto envió estudiantes a Europa y a los EEUU, iniciando así la formación sistemática de sociólogos, organizó también una biblioteca especializada, la primera en su tipo en América Latina, e inició campos de investigación en temas como haciendas en la agricultura, educación, opinión pública e industria” (Garretón, 2005b:371.372)¹⁸

Desde comienzos de 1950, en la Universidad de Chile se instaló la investigación como ocupación central. De este modo surgió el Centro de Estudios Socioeconómicos (CESO) con sede en la Facultad de Economía, que contaba con una estructura organizativa diferenciada, compuesta por el Departamento de Investigaciones (creado en 1966 y conformado por los equipos de *Dependencia* y el Equipo de *Universidad y Educación*), el Departamento Docente y el Departamento de Publicaciones. Mientras, el resto de las Ciencias Sociales, Antropología y Ciencias Políticas entre ellas, tuvo un desarrollo menor a la Sociología, pese a que en 1954 se creó el Instituto de Ciencias Políticas y Administrativas, que tuvo tres años más tarde su réplica en la Universidad de Concepción bajo el mismo nombre, hasta que en 1966, las Ciencias Políticas recibieron un fuerte impulso con la apertura

¹⁷ Fuente: UNESCO - CEPAL – PNUD (1978: 78), Proyecto Desarrollo y Educación en América Latina y el Caribe, Fichas/3, en Brunner (1982).

¹⁸ La traducción de la cita es nuestra.

del “Instituto de Estudios Internacionales, (que) lo hizo en un momento en que la Ciencia Política moderna no se había establecido en América Latina” (Huneuus, 2006:137). Este Instituto, dependiente de la Universidad de Chile pero autónomo de las facultades, tuvo desde su comienzo un perfil internacional del plantel docente (Bayle, 2010; Véliz, 2010).

En el caso de la Sociología, si bien los *profesionales* o *científicos* habían logrado ocupar espacios, no por esto la *sociología de cátedra* había desaparecido. Más bien convivían en un conflicto soterrado, que estalló cuando, al regresar a Chile una vez finalizados los estudios de posgrado en el extranjero, algunos sociólogos de cátedra pretendieron una nueva distribución del poder. Este hecho motivó la salida de Eduardo Hamuy del Instituto de Sociología y su repliegue en la Facultad de Economía.

Pero el acontecimiento central de la Universidad de Chile es que comenzó a forjarse allí una de las dos grandes redes académicas internacionales, en este caso en vínculo estrecho con Naciones Unidas. Durante el período de Juan Gómez Millas¹⁹ como Rector (1953-1963) se desarrolló el impulso modernizante y la institucionalización de las Ciencias Sociales instrumentado a través de las misiones de expertos y el insumo del financiamiento externo de las fundaciones privadas y, de manera específica, de los vínculos con la Comisión chilena de UNESCO. En este marco, la Universidad de Chile apostó por la institucionalización de las Ciencias Sociales a través de la creación de carreras (entre ellas, Educación, Economía, Sociología, Antropología, Ciencia Política y Periodismo) y de centros de enseñanza regionales, y de la inserción de los agentes en asociaciones profesionales internacionales, como por ejemplo la International Sociological Association (ISA) y la International Political Science Association (IPSA).

Por su parte, a diferencia de la Universidad de Chile, los “organismos docentes y de investigación de la Universidad Católica, en cambio, se desarrollaron con mayor coherencia institucional e intelectual, lo cual les aseguró pronto una posición

¹⁹ Juan Gómez Millas fue Secretario General de la Universidad en la década de 1930 y decano de la Facultad de Filosofía (1947-1953). Luego de ser Rector de la Universidad de Chile, fue elegido Ministro de Educación en dos períodos (un breve mandato en 1953 durante la presidencia de Carlos Ibáñez del Campo y un segundo mandato entre 1964 – 1968 bajo el gobierno de Eduardo Frei Montalva).

hegemónica dentro del incipiente campo” (Brunner y Barrios, 1987: 77), en parte gracias a la gestión personalista del sacerdote jesuita Roger Vekemans²⁰. En 1959 se creó la Escuela de Sociología que, en contraste a ELAS, contaba con “una influencia mayor en la formación profesional que sobre la investigación” (Garretón, 2005:371). Con un carácter cosmopolita, ya que Vekemans “invitó a un grupo de jóvenes sociólogos belgas, alemanes y franceses a enseñar” (Fuenzalida, 1983:104), la Escuela se desarrolló en una calma institucional hasta la toma de la Universidad -que se enmarcó dentro del proceso de reforma universitaria- por parte de los estudiantes en 1967. Esta circunstancia produjo cambios no sólo en la estructura organizativa, sino que incluyó la creación de institutos de investigación, entre ellos el Centro de Estudios de la Realidad Nacional (CEREN) y el Centro de Estudios Urbanos y Regionales (CIDU).

Junto a la influencia de los organismos internacionales asentados en Santiago y el papel de las universidades, resultaron fundamentales para el desarrollo del campo académico chileno las redes internacionales ligadas a la Iglesia Católica, particularmente la red de la Compañía de Jesús. Estas venían a representar la voluntad renovadora del Concilio Vaticano II ante una institución anquilosada y alejada de la realidad social. De este modo, se estimuló el desarrollo de una sociología desde una perspectiva religiosa que colaboró, al comienzo de manera tímida pero luego con mayor énfasis, en la institucionalización de las Ciencias Sociales principalmente en las universidades católicas, aunque no de manera exclusiva en ellas. En consecuencia se desplegaron, de manera sintética, en dos líneas de estudios: por un lado, la investigación socio religiosa por medio de la Federación de Estudios Religiosos (FERES); por otro lado, se instaló la preocupación por la necesidad de desarrollar estudios científicos capaces de explicar la relación entre el crecimiento demográfico y los cambios sociales. De esta línea surgió el Centro de Información y Acción Social (CIAS), que pronto modificó su denominación, aunque no sus siglas. Es que Vekemans, quien había sido enviado con la misión de crear el Centro, decide cambiarlo por el de Centro de Investigación y Acción Social (CIAS). El listado de institutos de investigación socio-religiosa se

²⁰ Vekemans finaliza sus estudios religiosos en 1952 y se gradúa en la Universidad de Lovaina en sus estudios estrictamente políticos y sociales, similares a una licenciatura en Sociología. Se traslada a Chile (luego de estadías en Alemania, Noruega e Italia) en febrero de 1957 para continuar la obra del padre Alberto Hurtado. (Vekemans, 2006. Entrevista realizada por Fernanda Beigel)

amplió en 1959 con la creación del Centro de Investigaciones Socio Culturales (CISOC-Bellarmino) y en 1962 alcanzó su máxima expresión con la apertura del Centro de Desarrollo Social y Económico (DESAL) “que llegó a contratar más de cien profesionales de las ciencias sociales, en cuyo seno se desarrolló uno de los proyectos más conocidos de la época, de estudios sobre la marginalidad” (Beigel, 2005:5).

El tercer elemento central en la construcción de un circuito académico regional ya lo hemos mencionado con anterioridad: la participación del propio Estado chileno. Está relativamente estudiada (Meller, 1996; Collier, 2001; Correa Sutil *et al*, 2001) la creciente intervención del Estado chileno en el campo económico y social durante el transcurso del siglo XX, pero aquí nos interesa marcar la consolidación de “una política de apoyo financiero y planeamiento de la educación superior sin precedentes en la región” (Beigel, 2009:5), que lo diferencia del resto de los países latinoamericanos y que explica, en parte, la posición de Santiago como el centro académico más importante del Cono Sur entre 1957 y 1973. Esta intervención estatal en el área de educación se desarrolló en primer lugar en la conformación de organismos estatales dedicados a la planificación y administración de las reformas en el sector; en este sentido, se creó en 1953 la Superintendencia de la Educación Pública y luego, en 1962, la Comisión de Planeamiento Integral de la Educación (Beigel, 2009)

Pero el punto central de la política de financiamiento fiscal a la educación superior fue la promulgación, en agosto de 1954, de la Ley Nro.11.575²¹, a través de

²¹ Nos interesa de manera particular el Artículo 36 de la mencionada ley, donde se establecen el origen y las pautas de distribución de los aportes hacia el sistema universitario:

Artículo 36.- Desde el 1° de Enero de 1956 el medio por ciento de todos los impuestos directos e indirectos de carácter fiscal y de los derechos de aduana y de exportación, ingresará durante 20 años a una cuenta especial de depósito que la Contraloría General de la República ordenará llevar y se destinará a formar el Fondo de Construcción e Investigaciones Universitarias: a) Los recursos que se acumulen en la expresada cuenta se repartirán en la siguiente forma: 10/18 para Universidad de Chile, de los cuales 2/18, a lo menos, deberán invertirse en las dependencias de la Universidad de Chile en Valparaíso; 2/18 para la Universidad de Concepción; 2/18 para la Universidad Católica de Santiago; 1/18 para la Universidad Católica de Valparaíso; 1/18 para la Universidad Técnica "Federico Santa María"; 1/18 para la Universidad Técnica del Estado y 1/18 para la Universidad Austral la que sólo podrá disponer de estos recursos una vez que se le haya otorgado personalidad jurídica. Para estos efectos, dicha cuenta especial de depósito se subdividirá en letras o como lo determine la Contraloría General de la República, abonándose a cada una de las Universidades las sumas que les corresponden y sobre ellas podrán girar los Rectores de las respectivas Universidades sólo para construir, amueblar, habilitar, y dotar estaciones experimentales, plantas, laboratorios e institutos de investigación científica y tecnológica, destinados a aumentar y mejorar la productividad de la agricultura, industria

la cual el Estado proporcionó el sustento a la investigación en las universidades chilenas por medio de fondos derivados de la aplicación de impuestos sobre las exportaciones. Por lo tanto, el aporte fiscal al sistema universitario creció de manera constante, a la par del crecimiento del Producto Geográfico Bruto, hasta el comienzo de un retraimiento hacia fines de 1972. Junto a los recursos generados por el 0,5 % de los impuestos directos e indirectos aplicados a la aduana y las exportaciones, las universidades recibieron, asimismo, beneficios de difícil estimación, ya que consistieron en “exenciones de derechos de aduana, exenciones de impuestos, rebajas de un 50% en las tarifas de consumos básicos (agua, luz, teléfonos, gas)” (Arriagada, 1989:22), mientras que también fueron destinados por ley ciertos porcentajes de premios de sorteos y el equivalente de algunas recaudaciones benéficas.

y minería, a promover el inventario y aprovechamiento racional de los recursos del país y a procurar una mejor organización de las diferentes actividades económicas.

b) Las Universidades orientarán las actividades que desarrollen estos planteles hacia la colaboración con la Corporación de Fomento de la Producción, los organismos técnicos del Estado y las entidades y empresas privadas.

c) Un Consejo compuesto por los Rectores de las Universidades mencionadas en la letra a) del presente artículo y presidido por el Rector de la Universidad de Chile, confeccionará anualmente planes de coordinación de las investigaciones tecnológicas, dentro de los presupuestos que para ellas hayan aprobado las respectivas Universidades. Estos planes se aprobarán y se llevarán a cabo en la forma y condiciones que establecerá un Reglamento especial que dictará el Presidente de la República, previo informe de este Consejo y dentro del plazo de 60 días, desde la fecha de la publicación de la presente ley en el "Diario Oficial".

d) Los recursos que se conceden por este artículo no podrán gastarse en sueldos, viáticos, ni viajes y se destinarán, exclusivamente, a financiar costos de construcción, instalación, experiencias, adquisición de terrenos, maquinarias, implementos, enseres, útiles, vehículos, motorizados de usos industriales y animales.

e) Las Universidades ya indicadas, sobre la base de los ingresos que se les conceden por esta ley, podrán contratar préstamos hasta por las siguientes cantidades: setecientos millones, la Universidad de Chile; trescientos millones, la Universidad de Concepción; trescientos millones la Universidad Católica de Santiago; ciento cincuenta millones la Universidad Católica de Valparaíso; ciento cincuenta millones la Universidad técnica "Federico Santa María"; trescientos millones la Universidad Técnica del Estado y cien millones la Universidad Austral. Estos préstamos se podrán reajustar según las variaciones que experimente el sueldo vital. LEY-11575. Fecha de Publicación: 14.08.1954. Fecha de Promulgación: 13.08.1954. Organismo: MINISTERIO DE HACIENDA en **Biblioteca Virtual del Congreso Nacional de Chile.**

**Gasto fiscal en educación como porcentaje
del Producto Geográfico Bruto**

Años	(1) Gasto fiscal en educación (Ley de Ppto.)	(2) Gasto fiscal en educación (Leyes Especiales)*	(3) Gasto fiscal total en educación (1 + 2)
1960	2,60	0,26	2,86
1961	2,80	0,28	3,08
1962	3,10	0,31	3,41
1963	2,70	0,27	2,97
1964	2,70	0,27	2,97
1965	3,2	0,32	3,52
1966	3,4	0,34	3,74
1967	3,5	0,35	3,85
1968	3,7	0,37	4,07
1969	3,6	0,36	3,96
1970	3,8	0,38	4,18
1971	4,8	0,48	5,28
1972	5,2	0,52	5,72

CUADRO N°4. Fuente: Arriagada, Patricio (1989:25) *Financiamiento de la Educación Superior en Chile 1960-1988*

El campo académico chileno se encontraba en 1964-65, momento en que el Proyecto Camelot salió a la luz pública, en un alto grado de institucionalización y profesionalización. La consolidación de las carreras universitarias, tanto en la de Chile como en la Católica, con su diferenciación entre el perfil académico de la primera y el profesionalizante de la segunda, y la recepción de la *sociología científica*, el aumento en el número de matriculados para las carreras sociales, el incremento de los graduados, el regreso a Chile de los primeros egresados que desarrollaron estudios de posgrado en el exterior, junto a las nuevas camadas de estudiantes que viajaron a EEUU y Europa a continuar sus estudios, marcan el estado altamente estructurado del campo académico chileno. Además, colaboró en este sentido la creación de los centros de investigación dependientes de las universidades, la generación de un incipiente circuito latinoamericano de posgrado, principalmente egresados de FLACSO, la vertiente de los estudios socio religiosos y el arribo de científicos sociales exiliados de países latinoamericanos por la inestabilidad política de la región. Esto sucedió en el marco de las posibilidades que los organismos internacionales instalados en Santiago otorgaban, del apoyo recibido desde la Iglesia junto a las fuentes de financiamiento externo proveniente de agencias de cooperación internacional y de fundaciones privadas, que delinearon ese

campo académico que mencionamos. Ahora bien, este desarrollo de las Ciencias Sociales en Chile fue posible, asimismo, por las condiciones operantes en el sistema político de aquel país, que lo diferencia marcadamente del resto de América Latina hasta el último tercio del siglo XX. Numerosos son los espacios de producción en estas disciplinas inaugurados posteriormente al escándalo Camelot, entre ellos, el Instituto Latinoamericano de Doctrina y Estudios Sociales (ILADES) en 1965; el Instituto de Estudios Internacionales (IEI) de la Universidad de Chile cuya creación es el 19 de febrero de 1966; el Programa de Estudios Económicos Latinoamericanos para Graduados (ESCOLATINA) dependiente de la Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas de la Universidad de Chile; la Comisión Nacional de Investigación Científica y Tecnológica (CONICYT) fundada en 1967 bajo el gobierno de Eduardo Frei Montalva; el Centro de Estudios de Planificación (CEPLAN) surgido en 1976 y que luego cambia su denominación por Centro de Investigación y Estudios de Planificación (CIEPLAN) en el seno de la Facultad de Economía de la Universidad Católica; y el Centro de Estudios Públicos de la Universidad de Chile, fundado en 1980, entre otros.

1.3. Las condiciones del campo político como factor de consolidación de la educación y la ciencia.

Las diferencias entre Chile y el resto de los países latinoamericanos, que marcábamos en el párrafo anterior, son rastreables desde el siglo XIX ya que, en el período denominado la *larga espera*, Chile aparece como “el éxito más considerable de la Hispanoamérica independiente” (Halperín Donghi, 1969:204). Luego del enfrentamiento entre liberales y conservadores, estos últimos lograron establecer un sistema de dominación fuerte y centralizado: el llamado *pelucón o república conservadora*. Este orden conservador que se instauró con el general Prieto tuvo como figura central a su *ministro todopoderoso* Diego Portales.

La explicación de la rápida consolidación del Estado chileno tiene, en realidad, algo más que la figura de Portales, tal como lo plantean Alberto Edwards y Mario Góngora, para quienes el éxito de la conformación del aparato estatal está

basado exclusivamente en el *espíritu portaliano*. En este sentido, Simon Collier añade una serie de razones para explicar este proceso, entre las que menciona las condiciones geográficas características de esta zona como uno de los factores causantes de la estabilidad institucional. Chile en los años treinta del siglo XIX no es territorialmente hablando lo que es ahora, “la inmensa mayoría de la población (más o menos un millón en 1830) vive en una zona entre el valle de Aconcagua y Concepción, una distancia de 450 kilómetros. Es este un territorio potencialmente manejable, si bien no muy integrado al principio” (Collier, 1989:116). Además, la relativa homogeneidad regional de los valles centrales de Chile, la rápida acomodación de los grupos locales más tradicionales a las nuevas posibilidades productivas, la expansión comercial que vivió hasta la década de 1870 con la exportación de plata, cobre, salitre y trigo, las características de la élite dominante que prevaleció casi sin contrapeso, ya que a los sectores de terratenientes coloniales tradicionales se les suma el emergente sector minero del Norte y los comerciantes principalmente de origen extranjero que encuentran en el puerto de Valparaíso el eje de su actividad comercial y financiera, contribuyeron a consolidar el manejo estatal, sostenido al mismo tiempo por un sistema social sólidamente jerárquico y fuertemente estratificado.

Asimismo, Chile alcanzó rápidamente a constituir un marco normativo, algo que demoró en el resto de los estados-nación en construcción. La Constitución de 1833 dictada durante el período portaliano presenta como pilares el presidencialismo, los poderes excepcionales y la centralización. En relación al primer aspecto, el presidente puede ejercer el poder durante dos períodos seguidos; por su parte, los poderes excepcionales fueron utilizados con bastante frecuencia durante esta etapa, mientras que la centralización es, para Collier, un aspecto fundamental de esta constitución, ya que suprime las asambleas provinciales y es el presidente quien elige a las autoridades locales. Estos rasgos garantizan un estado fuerte y centralizado; la República Conservadora chilena vivió hacia la segunda mitad del siglo XIX un período de liberalización política y despersionalización del poder. En Chile, a diferencia de otros países de América Latina, no se dieron los regímenes nacional-populares, por lo que el sistema político no ha sido dominado por una fuerza central, un jefe carismático o un partido único, sino que desde ese momento el sistema de partidos permaneció hasta 1973.

Ya en el siglo XX, la estabilidad democrática de Chile se encuentra basada en la Constitución de 1925 que, pese a que no logró establecer un sistema representativo de manera completa debido a la baja inclusión electoral de la ciudadanía, introdujo importantes modificaciones; entre ellas, estipuló la separación entre *iglesia* y *estado*, amplió el período presidencial de cinco a seis años, limitó el derecho a la propiedad privada y promovió leyes sociales hasta entonces inexistentes. Aún así, este interregno, que se extendió hasta fines de la década del '50 y que denominamos de *estabilidad política*, si bien sirvió para construir una imagen de Chile como ejemplo de régimen democrático en comparación con el resto de América Latina, no careció de conflictos, enfrentamientos, cuestionamientos y hasta prácticas abiertamente antidemocráticas²².

Junto a la nueva Carta Magna de 1925, el elemento característico del período resultaron las implicancias de la crisis del capitalismo mundial de 1929. Frente a la estrepitosa caída del volumen del comercio internacional, los países dependientes de las exportaciones de materias primas, como el caso chileno con el salitre y el cobre, sufrieron un desajuste en la balanza de pagos que los llevó al cese del pago de sus respectivas deudas externas, con el consecuente derrumbe de préstamos externos que habían sostenido los programas de desarrollo y obras públicas: los 682 millones de dólares recibidos en 1930 “cayeron a 22 millones en 1932 y a 0 en 1933” (Faúndez, 1992:25). Del mismo modo, los salarios decayeron (una reducción del 40% en similar período), y la producción y exportación, principalmente minera, descendió de manera notable. Las consecuencias sociales ante tal panorama no tardaron en aparecer: cerca del 12% de la población activa se encontró cesante hacia 1932 (unos 129.000 trabajadores, aunque cifras extraoficiales llevan este número a los 200.000) y el grado de conflictividad social creció exponencialmente, junto a la reacción oficial de la represión y persecución.

Esta respuesta se desplegó de manera particular durante la presidencia de Arturo Alessandri (1932-1938) quien, en su afán normalizador, se apoyó en dos organismos específicos: el primero fue el Servicio de Investigaciones que pasó a depender directamente del Poder Ejecutivo al ser incorporado al Ministerio del Interior, mientras que el segundo organismo fueron las Milicias Republicanas,

²² En este sentido, el texto de Carlos Huneeus *La guerra fría chilena: Gabriel González Videla y la Ley Maldita* (Editorial Debate, 2009) deconstruye esta imagen mítica de Chile como ejemplo de democracia en América Latina.

fuerza de choque paramilitar que llegó a contar con casi 15.000 integrantes, cifra similar al cuerpo estable del Ejército Nacional. Al mismo tiempo, el Congreso, conformado en favor al Ejecutivo gracias a las alianzas entre conservadores, liberales, radicales y demócratas, otorgó en reiteradas ocasiones facultades extraordinarias a Alessandri que le possibilitaban “vigilar a las personas, trasladarlas dentro del país y arrestarlas en sus casas o en recintos que no fueran cárceles; suspender o restringir el derecho de reunión; restringir la libertad de imprenta pudiendo ejercer la censura previa y prohibir la circulación de impresos; y practicar investigaciones con allanamientos” (Correa Sutil, *et al*, 2001: 119).

El principal blanco de la aplicación de las mencionadas medidas fueron sin dudas los partidos de izquierda y los sindicatos, quienes expresaban a los sectores sociales más perjudicados por la crisis inflacionaria del período, una crisis que también puede ser medida a través del indicador del volumen de trabajadores adheridos en las huelgas: durante 1932, primer año de mandato de Arturo Alessandri, 600 trabajadores participaron en huelgas, mientras que en los años sucesivos, el número creció a 4.000 para 1933, 5.000 el año siguiente y 6.000 durante el cuarto año del mandato (Faúndez, 1992). La creciente conflictividad social y la escalada de violencia oficial llevó a que el sindicalismo chileno, cuya estructura era para Alan Angell *dispersa* y relativamente *pequeña* con ausencia de federaciones a nivel regional o nacional, iniciara un proceso de incipiente unificación con la fundación, en 1936, de la Confederación de Trabajadores de Chile (CTCH). De este modo, se fusionaron la Federación Obrera de Chile (FOCH), de orientación comunista, la “Confederación Nacional Sindical, dominada por los socialistas, y la pequeña Confederación General de Trabajadores (CGT), que agrupa a sindicatos anarcosindicalistas” (Arrate y Rojas, 2003:187). En consecuencia, el incremento en las afiliaciones no tardó en manifestarse; si, para 1932, el total de obreros sindicalizados llegaba a 54.800, ese número, en 1964 alcanzó los 270.600, mientras que cinco años más tarde llegaría a 533.800²³.

²³ De todos modos, es necesario mencionar que las cifras indican el número de trabajadores afiliados formalmente a sindicatos, lo que no es equivalente al número de trabajadores pasibles de movilización por motivos sindicales o políticos. Además, en este período en el que mostramos el crecimiento de la sindicalización es importante destacar la creación, en 1953, de la Central Única de Trabajadores de Chile (CUT). Véase Alan Angell (1974): **Partidos políticos y movimiento obrero en Chile** (Ediciones Era, México).

En medio de este panorama de intento de disciplinamiento por parte del gobierno de Alessandri²⁴ y aumento de sindicalización de los trabajadores y formalización de los actores políticos, es decir partidos políticos de izquierda que participan ya de manera estable y reconocida en el sistema político partidario, se va conformando progresivamente “el conflicto político estructurado en dos campos contrapuesto –izquierda y derecha- bien definidos” (Correa Sutil, *et al*, 2001: 117) que resultará particularmente característico y notorio en el sistema partidario chileno. Hacia fines del período alessandrista, gracias al fracaso del disciplinamiento del sector de los trabajadores, se produjo un desplazamiento en la correlación de fuerzas políticas y, pese a un sistema electoral que “incentivaba la fragmentación partidaria al tiempo que limitaba las posibilidades de los partidos insurgentes (especialmente los de izquierda) (Collier y Sater, 1998:211), dio lugar a la formación de una coalición de centro izquierda, el Frente Popular, que, con matices y contradicciones, completó un período de catorce años de gobierno (1938-1952).

Para el surgimiento del Frente Popular, en 1936, resultó fundamental el cambio de posición del Partido Comunista chileno; respondiendo a la autorización del Comintern -que autorizaba llevar adelante alianzas con los partidos socialistas e incluso con partidos burgueses para la formación de un bloque antifascista ante el crecimiento del nazismo en Europa-, el comunismo chileno comenzó a desplegar estrategias de acercamiento hacia partidos que hasta entonces había combatido por el control y liderazgo de las luchas obreras: el Partido Socialista y el Partido Radical. De este modo se fue forjando un espectro más amplio de partidos de centro e izquierda, aunque con corrientes internas muy diversas, que se convirtió simultáneamente en posibilidad de victorias electorales y en germen de disputas feroces. En la Convención de abril de 1938 se pudo apreciar una búsqueda de consenso centrada en evitar, por un lado, un enfrentamiento directo entre el comunismo y el socialismo por la candidatura presidencial y, por otro lado, en aprovechar el mayor caudal de votos que históricamente tenía el Partido Radical. En

²⁴ Dos acontecimientos resultaron significativos en este proceso: el primero, una huelga de los trabajadores de los ferrocarriles en la zona central en la que Alessandri respondió poniendo al Ejército a cargo del servicio, sindicando al Partido Comunista como responsable de “actos subversivos” y deteniendo a los dirigentes huelguistas; el segundo hecho consistió en el cese del período de Sesiones Extraordinarias del Parlamento a causa de la negación de otorgarle al Ejecutivo facultades extraordinarias, la declaración de estado de sitio por tres meses y la clausura de los periódicos opositores *La Hora* y *La Opinión*.

consecuencia, se designó por 400 votos de los delegados a Pedro Aguirre Cerda (radical inicialmente opositor a una coalición con los comunistas) como candidato presidencial, seguido por el Partido Socialista con 300 votos²⁵.

Finalmente, en las elecciones celebradas en octubre de 1938, Aguirre Cerda derrotó ajustadamente, con un 50.26%, al candidato de la coalición de liberales y conservadores, Gustavo Ross (49.33%), y al candidato de la Alianza Popular Libertadora, Carlos Ibáñez²⁶.

La presidencia del radical Aguirre Cerda estuvo signada por una mayor intervención estatal en la política económica, en la búsqueda de un mejoramiento en el sistema productivo, la profundización del proceso de industrialización y orientada hacia una mayor distribución del ingreso. La iniciativa estatal de planificación en la producción se materializó con la creación de la Cooperación de Fomento de la Producción (CORFO) en 1939. Nacido como respuesta inmediata al devastador terremoto de Chillán, ni siquiera un Congreso dominado por conservadores pudo oponerse a darle forma a este organismo destinado, en el plazo inmediato, a supervisar la reconstrucción de la zona afectada y, a un mayor plazo, incentivar la industrialización y generar fuentes de energía nacionales. Una segunda característica de este período fue que tempranamente comenzaron a develarse los problemas internos de una alianza que incluía un amplio espectro ideológico. La muerte de Aguirre Cerda, el 25 de noviembre de 1941, implicó no sólo un llamado a elecciones, sino que también el resultado de éstas marcó una nueva orientación en la correlación de fuerzas. Si bien los partidos socialistas y comunistas continuaron formando parte del Frente Popular en cargos ministeriales, pese a las diferencias

²⁵ Esta Convención contó con varias curiosidades, entre ellas, que el Partido Comunista debió utilizar el seudónimo de Partido Nacional Democrático para eludir la Ley de Seguridad del gobierno alessandrista; además, se consagró a Aguirre Cerda como candidato tras catorce votaciones, una vez que el representante del socialismo, Marmaduke Grove, retirara su postulación y fuese nombrado presidente del Frente Popular (Jensen, 1999).

²⁶ La polarización en el sistema de partidos políticos en Chile ya era, a esta altura, notable: si a la candidatura de Ross la sostenían los representantes de sectores fuerte de la economía (entre ellos la Sociedad Nacional de Agricultura, la Cámara de Comercio de Chile, la Sociedad Nacional de Minería o la Confederación de Producción y Comercio), y a la de Ibáñez los nacionalistas y antiimperialistas que se autodefinían de izquierda, la opción por Aguirre Cerda fue alentada desde el movimiento sindical.

mutuas que afloraban a partir de la Segunda Guerra Mundial²⁷, el ingreso de algunos miembros provenientes del Partido Liberal fue progresivamente *derechizando* al partido gobernante.

Con este panorama, el Partido Socialista, por diferencias profundas con el Partido Comunista, y los sindicatos de la CTCH anunciaron su retiro del Frente Popular a tan solo cinco años de su nacimiento. Si bien las presidencias de Juan Antonio Ríos (1942-1946)²⁸ y Gabriel González Videla (1946-1952), ambos radicales, mantuvieron la autodenominación de *frentepopulistas* y sostuvieron una continuidad en la política económica orientada a un *desarrollo hacia adentro* a través de la industrialización, lo cierto es que no lograron una coherencia política. Tal vez uno de los hechos más significativos fue la proscripción del Partido Comunista que, luego de formar parte del gobierno, pasó a la clandestinidad a partir de la Ley de Defensa Permanente de la Democracia promulgada en 1948. Ese mismo año, se oficializó el quiebre entre comunistas y radicales cuando el presidente “rompió relaciones diplomáticas con la Unión Soviética y los países de Europa del Este y retiró a los ministros comunistas del gabinete” (Correa Sutil, *et al*, 2001: 182); comenzó así, una proscripción del comunismo chileno que se extendió hasta las elecciones de 1958.

Con un Congreso dominado por la oposición, decidida a enfrentar al partido gobernante desde ese lugar sin facilitarle ningún apoyo a los proyectos oficiales, el Frente Popular recurrió a la movilización de masas como mecanismo de presión a los legisladores. En consecuencia, un número inédito de ciudadanos cobraron visibilidad a partir de su adhesión a la línea de centroizquierda. Pero, en rigor, ambos movimientos surtieron efecto; por un lado, el grado de movilización política aumentó de manera considerable como se puede advertir en el incremento de sindicalización y afiliación a partidos políticos, particularmente los de orientación marxista; pero al mismo tiempo, por otro lado, la derecha chilena optó por ejercer su poder en el parlamento para modificar los iniciales objetivos frentepopulistas, por lo que corresponde más bien denominarlo un *decenio radical*. El estancamiento

²⁷ Específicamente, los socialistas reclamaban a los comunistas una posición menos subordinada a Moscú a partir del pacto Hitler – Stalin.

²⁸ Al igual que su predecesor, Juan Antonio Ríos (perteneciente al ala derechista del Partido Radical) falleció en pleno mandato y debió llamarse a nuevas elecciones.

parlamentario a las propuestas oficiales fue minando el apoyo popular al partido gobernante; mientras tanto, el Partido Liberal y el Conservador tuvieron la paciencia necesaria para provocar las fricciones de una alianza lo suficientemente amplia como para que las diferencias no tardaran en surgir.

En medio de estas disputas internas de un Frente Popular dominado por el Partido Radical, el período 1942-1952 se inició con la expectativa de concretar al menos dos grandes propuestas electorales frentepopulistas que, finalmente, derivaron en grandes decepciones: la primera consistió en la sindicalización del sector agrario, permitida desde la promulgación del Código de Trabajo de 1931 pero suspendida por disposición de Arturo Alessandri, que resultó frustrada por presión del Partido Liberal. La derecha evitó con esto que los partidos de izquierda alcanzaran la dirección de los futuros sindicatos y, al mismo tiempo, preservó sus intereses “del orden señorial en el mundo rural” (Correa Sutil, *et al*, 2001: 130). La demora en la promulgación de esta ley, que recién verá luz con los demócratas cristianos, estipulaba la regulación de los derechos gremiales de los campesinos, pero significó en la práctica la paralización del desarrollo sindical que venía promoviéndose. La explicación oficial sobre el freno al impulso sindical estuvo ligada al interés por el desarrollo de la industrialización con una intrincada argumentación: si lo que se deseaba era la industrialización debía evitarse un aumento en los precios de los alimentos que, a su vez, generaría demandas salariales. Por lo tanto, si se evadía la organización de los trabajadores rurales en sindicatos, con la posibilidad latente de huelgas a partir de la organización campesina, existían menos probabilidades de modificaciones en la producción agrícola, lo cual generaría un panorama adecuado para el desarrollo de la pretendida industrialización.

La segunda expectativa, devenida en frustración, estuvo ligada a los resultados de la mencionada industrialización. Si bien gracias a la dirección de la CORFO se generó un importante proceso de sustitución de importaciones, por medio del apoyo a las industrias química, textil y metalmeccánica en la etapa 1939-1943 y un segundo período orientado a la producción de energía hidroeléctrica, cemento, azúcar y combustible, no es menos cierto que se generó una cada vez mayor dependencia del financiamiento externo ya que “el porcentaje de su

presupuesto financiado mediante préstamos estadounidenses aumentó de 18 a 30 por ciento” (Faúndez, 1992:56) en la década del cuarenta. Pero la expectativa mayor en torno de la industrialización estaba situada en la posibilidad de posicionarse con un menor grado de dependencia a las fluctuaciones de la economía internacional y de que se convirtiera en un agente central en la redistribución de la riqueza. Finalizada la década radical, nada de esto se había materializado: la concentración de la riqueza había crecido gracias a la diversificación de actividades de los mismos capitales, la dependencia hacia el sistema financiero internacional se había profundizado, y las plataformas electorales del frentepopulismo parecían mucho más lejanas que los quince años desde que cobraron luz.

Hacia fines de la década del cuarenta, el Partido Radical había dilapidado las alianzas construidas: proscrito el comunismo, la política anti-laboral terminó por alejar también a un sector del socialismo; al mismo tiempo, los partidos Liberal y Conservador advirtieron que en tanto los radicales fuesen incapaces de manejar los sindicatos, no había motivos para sostener un acuerdo entre ellos. En consecuencia, el sistema partidario chileno comenzó una fragmentación (dieciocho partidos políticos se presentaron en las elecciones parlamentarias de 1949) que mostraba el desprestigio conseguido a causa del mecanismo de alianzas y negociaciones. Si a esto le sumamos el proceso inflacionario incontrolable, las acusaciones sobre González Videla por mala administración y acciones fraudulentas y las promesas incumplidas en nombre del frentepopulismo, es posible comprender la búsqueda de soluciones del electorado chileno por fuera de la política partidaria tradicional: ese fue el momento para el regreso del General Carlos Ibáñez del Campo (1952-1958).

Anteriormente mencionamos que Chile resulta, en materia política, un caso atípico en comparación con el resto de América Latina ya que, por ejemplo, careció de regímenes nacional-populares. Mientras Perón en Argentina (1946-1955) y Getulio Vargas en Brasil (1950-1955) desplegaban el siempre difícil de definir populismo²⁹, en Chile lo más cercano a esta corriente estuvo encarnado en el *General de la Esperanza*, particularmente en el comienzo de su mandato (1952-

²⁹ Pese a lo problemático que resulta alcanzar una conceptualización del término *populismo*, aquí lo utilizamos en el sentido de fenómeno de movilización de masas, más bien movimientista que partidario, ecléctico, con un componente nacionalista y policlasista, organizado en torno de la figura de un líder carismático que da respuestas no mediadas a las necesidades del *pueblo*.

1955). Sostenido por un discurso más bien moralizante, sin demasiadas precisiones y plagado de vagas generalizaciones, Ibáñez alcanzó un aplastante triunfo en las urnas, cerca del 47%, y con esto rompió el sistema partidista. Dispuesto a sanear la corrupción, alterar la fuerte intervención del Estado en materia económica y controlar la escalada inflacionaria (con la asesoría financiera de la firma norteamericana Klein & Sacks), Ibáñez se propuso como un *nuevo comienzo* alejado de la vieja viciada política.

Pero el ibañismo no supo afrontar ninguna de estas situaciones; si una crítica central durante la campaña de 1952 fue el ascenso de la tasa de inflación al 12%, durante su mandato el proceso inflacionario se disparó descontroladamente hasta alcanzar un 84% en 1955. Y las consecuencias comenzaron a minar rápidamente el apoyo popular obtenido en las urnas: al escaso impacto de las políticas anti-inflacionarias (un aumento de salarios que permanecía por debajo de la tasa de crecimiento de la inflación), el sector obrero respondió con una serie de huelgas, promovidas por la recientemente creada Central Única de Trabajadores de Chile (CUT), que, a su vez, dieron lugar a una salida ya aplicada por Ibáñez durante su primera presidencia. La violenta respuesta oficial desplegada principalmente entre 1955 y 1956 (persecución, encarcelamiento, prohibición de reuniones e intervención en los sindicatos, entre otras) no sirvieron para alcanzar un estado de paz social. Esta escalada de conflictividad, lejos de amenguar, encontró nuevos motivos en Santiago durante 1957 con una protesta de la Federación de Estudiantes Chilenos (FECH), a la que se sumaron otros sectores, y que finalizó con la declaración del estado de sitio por parte del Ejecutivo.

Ni siquiera una reducción del proceso inflacionario (cayó al 17%, pero aún continuaba por encima de los índices establecidos al comienzo de su mandato) pudo sostener a Ibáñez con fuerza en la presidencia. El Congreso, opositor al General, impidió que el proyecto estabilizador, elaborado por la firma Klein & Sacks, se completase ya que otorgó un reajuste salarial superior al pretendido por el Ejecutivo.

Tal vez el único ítem en el que Ibáñez pudo obtener logros relativamente considerables fue en su promesa de derrotar el fraude con la modificación de la Ley Electoral, si bien el motivo inicial de esta reforma estuvo dado por su enfrentamiento con la derecha en 1957. Desde aquel alejamiento con la derecha,

debido a la desconfianza de ésta por sus similitudes y acercamientos con Perón, el General inició una aproximación a la izquierda cuyo movimiento inicial fue la derogación de la llamada *Ley maldita*, que proscribía al Partido Comunista. Es decir, el juego electoral se abrió una vez que se eliminó la prohibición al comunismo a participar en los comicios, pero asimismo se alcanzó una apertura mayor con la modificación de la estructura y distribución del electorado chileno. La incorporación de la cédula única garantizó el voto secreto y esto redundó inmediatamente en el crecimiento de la tasa de participación como nunca antes se había logrado: el porcentaje de población votante alcanzó el 21%, en tanto el porcentaje de abstención se redujo al 17% (frente al 32% de 1952)³⁰.

Con estas modificaciones, el sistema partidista recobró la fuerza perdida durante el período ibañista y nuevamente el electorado se concentró en los grandes partidos políticos. A los tradicionales partidos Radical, Liberal y Conservador, se sumaron el Frente Revolucionario de Acción Popular (FRAP, surgido en 1956 con la confluencia de sectores socialistas y comunistas) y el Partido Demócrata Cristiano (nacido en 1957 con antiguos componentes del ibañismo, de los conservadores socialcristianos y de la Falange Nacional). La izquierda chilena creció de manera constante en sucesivas elecciones, hasta el punto que Salvador Allende (candidato del FRAP) obtuvo el 28.9% de los votos, frente al 31.6% del vencedor Jorge Alessandri (de la coalición de los partidos Conservador y Liberal, entre otros, aunque estratégicamente se presentó como *independiente*) en las elecciones presidenciales de 1958. Es decir, la izquierda chilena estuvo a poco más de 33.500 votos de alcanzar por primera vez un gobierno por vía electoral, hecho sin duda preocupante para Estados Unidos de que sucediera dentro de su zona de influencia, como lo era América Latina, en la división bipolar del mundo.

El mandato de Alessandri, si bien se diferenciaba del anterior por haber fortalecido una vez más el sistema de partidos políticos, tuvo el denominador común

³⁰ Es posible advertir un crecimiento constante del electorado en Chile desde 1952 hasta 1964. Si en las elecciones presidenciales de 1952 los inscriptos habilitados para votar correspondía el 18%, esa cifra se incrementó hasta el 23% en 1961 y alcanzó el 35% en las presidenciales de 1964. Por su parte, la participación efectiva en los comicios también aumentó de manera sostenida entre el 70% que participó en las elecciones de 1957 y el 80% que lo hizo en las de 1963. El cambio radical en la composición del electorado chileno estuvo dado por la incorporación del voto femenino en 1949 (que recién participa en una elección presidencial en 1952) y de los trabajadores rurales (Faúndez, 1992).

con Ibáñez de apostar por una transformación de la economía del país en favor de otorgar “más autonomía a la empresa privada y a restringir la intervención estatal” (Correa Sutil, *et al*, 2001:208). El *hijo del León*, tal como se lo conocía, representó en el imaginario el modelo de éxito administrativo capacitado para manejar los destinos de un país a semejanza de una de sus empresas, apoyado en las virtudes de una *tecnocracia* aséptica de ideologías políticas. Por lo tanto, en su campaña presidencial, apostó por mostrar soluciones exclusivamente *técnicas*, aunque mucho menos específicas que sus contendientes, entre las que incluía un menor “control gubernamental sobre la economía, incluyendo la supresión de los controles sobre los precios, créditos y cambio extranjeros y una política de estabilización de precios” (Collier, *et al*, 2009:185), al tiempo que realizaba una apertura para la llegada de inversiones extranjeras.

El período inicial de su mandato mostró logros alentadores para los principales problemas económicos: la inflación descendió de un 33% al momento de asumir la presidencia a un 7,7% en 1961, el desempleo cayó a un 5,5% en 1963 (cuando en 1959 rozaba el 10%) y la producción industrial creció constante en este período. Pero este éxito inicial del programa estabilizador estuvo basado en la liberalización de la circulación de capitales y sostenido por créditos financieros externos a corto plazo que, consecuentemente, comenzaron a revelar las debilidades de la economía chilena. De este modo, la balanza de pagos rápidamente se vio afectada y pasó del superávit, a comienzos de la década del cincuenta, a un déficit del 5% del Producto Bruto Interno en 1961 hasta trepar al 20% del PBI (alrededor de 589 millones de dólares de deuda pública) al año siguiente. En el desequilibrio de la balanza de pagos también colaboró la creciente apertura para la importación y el aumento muy por debajo de lo esperado del volumen de exportaciones; el resultado ante tal panorama fue la devaluación del peso en cerca del 33% en 1962. A partir de este año, el programa estabilizador de Alessandri se dio por terminado y con él, casi toda pretensión de intervención política. De allí en más, el Ejecutivo se convirtió “en buena medida en un régimen de administración” (Faúndez, 1992:120), donde el acento en las acciones económicas fueron dejando paso a las políticas, a partir de la incorporación de los radicales en el gobierno, para contener el creciente proceso de movilización de los trabajadores derivado de las condiciones económicas, y que a la

vez, significó el reagrupamiento de los sindicatos luego de la etapa represiva de la presidencia de Ibáñez.

Este escenario de desprestigio de los partidos Liberal y Conservador, de fracaso de la ilusión tecnocrática por medio de las políticas anti-inflacionarias y de desarrollo industrial, basados en una menor participación estatal en economía, y de reorganización del sector sindical, determinó que a las elecciones presidenciales de 1964 la derecha llegara sin posibilidades. El futuro presidente se dirimió entre el Partido Demócrata Cristiano, que logró suplantar al Partido Radical en las preferencias de los sectores medios, en tanto logró captar al nuevo electorado que se sumó con las reformas electorales, y la coalición del FRAP.

El demócrata cristiano Eduardo Frei Montalva denominó su propuesta *Revolución en libertad*, en la cual, sin discutir el esquema capitalista de desarrollo, apuntaba a una serie de reformas sociales inéditas hasta ese momento en Chile, materializadas en cuatro propuestas tan centrales como urgentes. La primera estaba ligada a una mayor democratización real y la incorporación de los sectores marginados a la vida política a partir de una red de organizaciones vecinales que canalizarían las demandas y propuestas populares. La segunda propuesta consistía en evitar el escaso peso en las decisiones de política económica del Ejecutivo ante un Congreso predominantemente opositor, característico de casi todos los gobiernos anteriores, que se alteraría con una reforma constitucional. El crecimiento vertiginoso de la Democracia Cristiana se reafirmó en las parlamentarias de 1965, donde sumó 45 nuevas bancadas y alcanzó la mayoría en la Cámara de Diputados, aunque no dispuso de la misma en la Cámara de Senadores. La tercera idea fuerza de Frei Montalva combinaba la reforma agraria con la sindicalización del sector campesino, antigua bandera frentepopulista, que a su vez alcanzaba a los sindicatos urbanos para democratizarlos y evitar así el control marxista de este sector. Por último, quizá la apuesta más fuerte del Ejecutivo estaba dirigida a la *chilenización* del cobre, “un proyecto de asociación entre el Estado y las compañías norteamericanas” (Angell, 2009:191), con la cual se podría equilibrar la deteriorada balanza de pagos, punto de partida de este proyecto de desarrollo económico y redistribución del ingreso.

Esta contienda electoral se polarizó con la candidatura presidencial del FRAP, por tercera ocasión, de Salvador Allende Gossens que si bien se distancia de Frei, también se encarga de aclarar que es “socialista, pero mi gobierno no será ni siquiera socialista. Será una transición entre el régimen capitalista y el socialista” (Arrate y Rojas, 2003:370). Consecuentemente, tanto al interior de Chile como en Estados Unidos, esta polarización lleva a calificar a uno como un *comunista peligroso*, mientras el otro es catalogado como un *imperialista aliado a la derecha*.

Finalmente, el 4 de septiembre de 1964, Eduardo Frei Montalva obtuvo el 55,88% de los votos (1.409.012 de sufragios), seguido por Salvador Allende con el 38,64% (977.902 votos), ambos muy distantes de la coalición de los partidos Liberal y Conservador junto a sectores del radicalismo, que postularon como candidato a Julio Durán, quien alcanzó menos del 5% (125.233 votos).

Es posible advertir, entonces, un proceso creciente de radicalización ideológica en Chile con el gobierno de la Democracia Cristiana de Frei Montalva (1964-1970) en comparación con los anteriores gobiernos, proceso que luego culminará en el proyecto socialista de Salvador Allende (1970-1973). Los demócratas cristianos en la presidencia vienen a mostrar un auge de masas que ya se había insinuado entre 1939 y 1945 con los gobiernos de centro izquierda, aunque la experiencia del Frente Popular durara estrictamente hasta 1941, pero que alcanzaría su punto cúlmine, luego de Frei Montalva, con el ascenso de la Unidad Popular y Salvador Allende. Esta última etapa, orientada a “alterar el patrón de *desarrollo capitalista dependiente* para sostener y profundizar el proceso de democratización” propio de un movimiento popular en ascenso (Garretón, 1988: 9), chocará contra la incapacidad de los actores sociopolíticos de generar consenso y contra la búsqueda de una *revolución capitalista*. En términos de Tomás Moulian, ésta constituyó una *contrarrevolución* realizada con la mediación del sector militar (sin un proyecto propio, pero con ansias de poder), con el apoyo de una derecha política que no se cuestionaba asuntos de soberanía nacional, con empresarios en busca de un disciplinamiento social y “economistas monetaristas con un programa de desarrollo alternativo al clásico intervencionismo estatal” (Moulian, 2002:32). De este modo, una vez instalado Augusto Pinochet en el poder, se modificó el papel redistributivo del Estado y comenzó el disciplinamiento que quedó parcialmente reflejado en el

*Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación*³¹, conocido como *Informe Retting*, el cual dio cuenta de algunos de sus resultados: crímenes, torturas, detenciones, exilios, detenidos-desaparecidos.

Pues bien, en este primer capítulo repasamos el proceso de consolidación de las Ciencias Sociales en América Latina que comenzó a mediados de siglo XX, con la particular presencia del apoyo financiero externo ya sea proveniente de organismos internacionales o entidades públicas y privadas de determinadas naciones centrales. Asimismo, nos detuvimos específicamente en el desarrollo de estas disciplinas en Chile que si bien se ajusta al esquema de desarrollo de las Ciencias Sociales latinoamericanas -esto es, un proceso de institucionalización que desata el conflicto entre los *sociólogos de cátedra* y los innovadores que incorporan la *sociología científica*- tuvo la particularidad de convertirse en el *centro regional académico* más importante del Cono Sur. Numerosos elementos coexistieron para transformar a Santiago en el eje central de la producción y circulación de conocimientos sociales, entre ellos la instalación de las sedes regionales de numerosos organismos internacionales -que al mismo tiempo abonó el incipiente proceso de internacionalización-, la expansión de las universidades chilenas en cuanto a la oferta de grado y posgrado y al incremento en la matriculación en Ciencias Sociales, las redes de investigación socio-religiosas -puntualmente la labor desarrollada por los jesuitas- y, fundamentalmente, el rol desempeñado por el Estado chileno con sus políticas de educación superior.

Por lo tanto, resultó necesario a continuación, establecer las condiciones del campo político chileno que, creemos, resultaron coadyuvantes de aquella conformación de Chile como lugar privilegiado de las Ciencias Sociales. Con un desarrollo diferenciado del resto de los países latinoamericanos, se trató de una democracia relativamente más estable, pero al mismo tiempo con prácticas fuertemente antidemocráticas que nos impiden idealizar el régimen político chileno (baste recordar únicamente la proscripción del Partido Comunista con la denominada *Ley Maldita*). A partir de la segunda posguerra se caracterizó por ser un

³¹ El Informe, realizado por Comisión Especial encabezada por el jurista Raúl Retting, fue entregado el 9 de febrero de 1991 al entonces presidente Patricio Alwyn, quien en una emisión televisiva presentó un resumen del texto y pidió disculpas en nombre del Estado chileno por los atropellos cometidos entre 1973 y 1990.

período de creciente movilización de masas, conformado en un sistema partidista fuerte que incluyó a los partidos de orientación socialista y marxista -al punto de que éstos participaron en la formación de gabinetes ministeriales dando su apoyo a diferentes alianzas o se acercaron a un triunfo por la vía electoral-, siempre con el marco de la polarización ideológica de la Guerra Fría. Si en este capítulo nos dedicamos a la política interna de Chile, en el siguiente nos detendremos en las relaciones internacionales chilenas con las potencias de los bloques hegemónicos y particularmente en el vínculo establecido en Estados Unidos entre la lucha por la hegemonía y el desarrollo científico, que sirvió de sostén para el nacimiento de un proyecto de investigación social como el Camelot.

Capítulo II

2. Los vientos de la Guerra Fría. Las relaciones exteriores de Chile y EEUU.

Las políticas estatales suelen construirse y articularse bajo una lógica o con cierta coherencia; por lo tanto, la separación entre política interna y política externa de un país en realidad corresponde más bien a las dos caras de una misma moneda. Acordamos con Jean Baptiste Duroselle (1998) quien sostiene que todo acto de política externa contiene un aspecto de política interna, ya sea porque funcione como un acto propagandístico, ya sea porque implique consecuencias económicas, políticas y simbólicas que operen al interior de ese país. En el mismo sentido, Joaquín Fernandois utiliza para sus estudios de relaciones interamericanas la perspectiva del *sistema político* -acuñada por Jorge Domínguez-; esto es, con el énfasis colocado en la relación *entre* política externa y política interna. El punto de partida, entonces, resulta “el sistema político chileno y su vinculación con el ‘mundo’, en la medida en que se vincula” (Fernandois, 1985:254). Es por esto que el presente capítulo, en complemento con el Capítulo inicial, está dedicado a recorrer las relaciones de política exterior de Chile en el marco de la Guerra Fría, con el acento situado en los vínculos con el Segundo Mundo -la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas- y el resto del mundo socialista, y en los vínculos con los Estados Unidos.

En primer lugar, es necesario mencionar que Chile se encontraba en una posición de relativa importancia para las potencias hegemónicas, principalmente para Estados Unidos. Esta consideración no provenía ni de una excesiva centralidad del comercio del cobre, ni de la ubicación geopolítica, ni de su significancia militar, sino más bien de “la imagen política del país (que) sí tenía una gran irradiación en el continente” (Fernandois, 1998:153). Hacia comienzos de la década del sesenta, Chile alcanzó el punto cúlmine de influencia regional, algo que mantuvo a lo largo de toda la década. Esta imagen política se sostenía en aquellos elementos que

mencionamos en el desarrollo del campo político chileno: estabilidad institucional, presidencialismo, proceso democrático diferencial del resto de América Latina. El trabajo de Colacrai y Lorenzini añade otras *fuerzas profundas* –entendidas como “condiciones económicas, demográficas, psicológicas que contribuyen a perfilar las mentalidades colectivas, las cuales Renouvin sugería incorporar al estudio de las relaciones internacionales” (Colacrai y Lorenzini, 2005:46)- que construyen una imagen (una autoimagen y a la vez una imagen exportable) de la identidad política chilena. Dentro de estas fuerzas profundas, nos interesa destacar los aspectos ligados a las relaciones exteriores, esto es, la tradición legalista y el respeto de los tratados propios del estilo *civil pragmático* de la diplomacia.

Pues bien, este estilo diplomático, que se sostuvo desde los años cincuenta hasta el golpe militar de 1973, se caracterizó por el “énfasis en el derecho internacional, el reconocimiento práctico de las realidades del poder mundial y la preponderancia de los diplomáticos de carrera en el manejo de la política exterior” (Muñoz, 1984:362). El primero de estos elementos alude a la tradición legalista chilena que lo llevó incluso a tomar posiciones distantes de Estados Unidos, como veremos más adelante, aún cuando Chile había tenido un alineamiento ininterrumpido con el país del norte. De este modo, Chile sostenía una autoimagen de país maduro políticamente, respetuoso de la legalidad y con tradición institucional y democrática que lo asemejaba a convertirse en una *Suiza latinoamericana*.

El segundo aspecto, coexistente con el legalismo, refiere al pragmatismo de la diplomacia chilena, consciente de las realidades del poder mundial y de la posición chilena, que posibilitó las relaciones bilaterales con gobiernos de perfiles ideológicos diferentes e incluso antagónicos. Es decir, la diplomacia chilena desde la segunda posguerra hasta el ascenso de la Unidad Popular, se corresponde con lo que Mandred Wilhelmy denomina subcultura política dominante moderada, cuyos ejes centrales son un “diagnóstico positivo del estatus y rol internacional de Chile, la valoración de la democracia, actitud internacionalista, orientación occidentalista y apoyo al status quo internacional cuyo corolario es la actitud legalista en lo relativo a la estructura del sistema internacional” (Colacrai y Lorenzini, 2005:57). Ahora bien, a pesar de sostener este estado de las cosas, a comienzos de la década del

sesenta el gobierno chileno se esforzó por “perfiar a la política exterior chilena con un cierto toque de tercermundismo (Fermendois, 1991:434).

Es este marco el que posibilita una posición diferente de Chile frente al hecho de mayor impacto en América Latina: la Revolución Cubana. Hacia la primera mitad de la década del sesenta, pese a su condena explícita al castrismo y a su posterior acercamiento a la URSS, Chile se negó a plegarse a la política de EEUU de conformar un cerco diplomático para aislar a Cuba del resto del continente. Arturo Alessandri, presidente en aquel momento, tenía dos motivos principales. El primero, la necesidad de evitar una confrontación directa con la izquierda chilena; el segundo, el ya mencionado respeto a la tradición diplomática de no injerencia y de preservar los tratados preexistentes.

Este alejamiento respecto de las posiciones de EEUU tuvo su mayor manifestación cuando durante la Conferencia de Punta del Este, enero de 1962, el canciller chileno Carlos Martínez cuestionó “en nombre de un país como Chile, (...) que tiene la más perfecta separación de poderes, en que todas las tendencias políticas, sin excepción alguna, se encuentran representadas en el Congreso (...), es en nombre de ese país que me atrevo a preguntar aquí si efectivamente la Democracia Representativa existe en todo el continente” (Fermendois, 1985:162). Este señalamiento sólo era posible gracias al consenso general -autoimagen e imagen exportada hacia el resto del continente- de la democracia chilena como experiencia única en el continente. Sin embargo, esta posición de neutralidad frente a la Revolución Cubana sólo fue sostenible hasta el mandato de la OEA que derivó en la ruptura de relaciones diplomáticas con Cuba, el 11 de agosto de 1964, también en nombre del respeto a los tratados.

Las relaciones diplomáticas chilenas con los países socialistas tuvieron una característica distintiva. Por un lado, las tímidas relaciones con la URSS luego de la Segunda Guerra Mundial (1945-1947) -fruto de la pertenencia soviética al bando de los aliados- rápidamente se detuvieron ante el escenario de la Guerra Fría. Lo mismo sucedió con la ruptura de los vínculos con Polonia y Checoslovaquia bajo la presidencia de Gabriel González Videla. Por otro lado, se entablaron relaciones normales con Yugoslavia, que incluyó la visita oficial de Joseph Tito a Santiago en 1963, y con China Nacionalista. Es decir, aunque resulte paradójico, el gobierno del

conservador Jorge Alessandri mantuvo relaciones con Cuba y el bloque socialista extracontinental (a excepción de Alemania Oriental) basado en la tradición diplomática. Ahora bien, las relaciones formales con la potencia hegemónica de este bloque -URSS-, luego de romperse en 1947, fueron reanudadas en diciembre de 1964 bajo el recién inaugurado período presidencial de Eduardo Frei. Para los soviéticos, el carácter *tercermundista* y la proyección latinoamericana hacia el mundo de la política exterior chilena podría significar un potencial debilitamiento de la presencia de Washington en la región. Las particularidades de la Democracia Cristiana resultaban, en tal caso, un mal menor que podía ser aceptado.

En términos generales, Chile no escapaba a la baja prioridad otorgada por la URSS a la región, con el caso excepcional de Cuba. El castrismo había generado innumerables tensiones entre Moscú y La Habana a partir de las estrategias diferentes para un objetivo común. Mientras en América Latina la lucha armada parecía la opción más pertinente, la estrategia global soviética consistía en apoyar a los Partidos Comunistas locales y promover la “penetración política por medio de vínculos diplomáticos oficiales en lo externo, y aconsejaba una política gradualista, *constitucionalista* si se quiere, para los partidos comunistas en la política interna” (Fernandois, 1985:354).

Pues bien, aquí es necesario resaltar la propia dualidad de la política exterior soviética que, por un lado, refiere a un Estado territorial que debe establecer relaciones formales con demás Estados territoriales -la mayoría de ellos de diferente perfil ideológico-, en una estrategia que denominó de *co-existencia pacífica* y que se fue fortaleciendo con el transcurrir del siglo XX. Al mismo tiempo, por otro lado, se trataba del primer Estado socialista con el peso ideológico de exportar y expandir la revolución, para lo cual creó en 1919 la Internacional Comunista (Comintern) destinada a “crear, *educar* y apoyar a los partidos comunistas de todo el mundo en pro de la *revolución mundial*” (Uliánova y Fedakova, 1998:118). De este modo, la URSS combinó ambos aspectos -pragmático e ideológico- en el diseño de la asistencia técnica y financiera, aunque las contradicciones no demoraron en manifestarse.

Particularmente, en el marco de la ayuda soviética al Tercer Mundo, el peso de América Latina se encontraba muy por debajo del resto del financiamiento, hecho

atribuible al *extrañamiento* que la región causaba en los análisis soviéticos y a su pertenencia dentro de la zona de influencia de EEUU. En términos generales, la ayuda soviética al Tercer Mundo entre 1954 y 1975 -en millones de dólares- alcanzaba a 8.732 para Asia, 1.435 para África, y apenas 602 para América Latina, dirigida en gran medida hacia La Habana (Fermandois, 1985).

Ahora bien, esta línea de ayuda desarrollada por el Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS), alejada de las relaciones interestatales, se mantuvo incluso a pesar de la disolución de la Comintern en 1943. El apoyo a los *partidos hermanos* en ocasiones es de difícil cuantificación, especialmente cuando se trataba de soportes no monetarios -política buscada por el PCUS debido al constante déficit de circulante-. A partir de esto, los soviéticos intentaban desplegar políticas de cooperación bajo modalidades que “excluyeran gastos en divisa, procurando que se tradujeran, en lo posible, en suministros de bienes de fabricación soviética o en servicios (médicos, educacionales, editoriales e incluso turísticos) prestados en el territorio de la URSS” (Uliánova y Fedakova, 1998:141). De este modo, proliferaron los viajes a la URSS -de diez anuales a fines de los cincuenta a unas decenas una década más tarde, según estimaciones de Uliánova y Fedakova-, las becas para educación superior y para la realización de cursos de especialización sobre marxismo en la interpretación soviética y los cursos para la formación de cuadros dirigenciales -en la Escuela Internacional *Lenin*, en la Escuela del Komsomol y la Escuela Sindical-. Otro canal fundamental de colaboración no monetaria consistía en la distribución de las publicaciones relacionadas con los textos teóricos y la literatura del *realismo socialista*, exenciones en la exportación de libros y revistas partidarias y la instalación en América Latina de oficinas regionales de la agencia de prensa soviética Novosti (APN), entre otras.

Por su parte, el aporte monetario tuvo su momento inicial hacia fines de la década del '20 a través del Comintern destinado “a financiar la reorganización del PC y de la FOCh, edición de documentos, mantención de imprentas y de funcionarios del partido” (Uliánova y Fedakova, 1998:120). Este período estuvo marcado por la escasa consideración que la Internacional Socialista tenía del PC chileno, en comparación con el resto los partidos comunistas latinoamericanos. Una vez disuelto el Comintern, este tipo de ayuda -que comenzaba a declinar en

detrimiento de las relaciones interestatales- se institucionalizó con la creación del denominado Fondo Internacional Sindical para la Ayuda a las Organizaciones Obreras de Izquierda (Fondo Internacional), que reunía fondos del campo socialista, aunque, en rigor, los mayores aportes los realizaban el PCUS y el Partido Comunista Chino, para ser distribuido para el desarrollo de los partidos comunistas menores. Hacia 1962, a catorce años de la creación del Fondo Internacional, el volumen de dinero para la asistencia directa superaba los 11 millones de dólares, en tanto para el año siguiente se estimaba alcanzar los 14 millones de dólares, aunque las tensiones entre Pekín y Moscú afectaron los aportes que debía realizar el PC Chino.

El PC chileno se encargó aclarar su posicionamiento en este altercado cuando “expresó la fidelidad del comunismo chileno con las políticas soviéticas, señalando que la disputa en cuestión no era entre el Partido Comunista chino y soviético, sino que las discrepancias eran entre ‘el PC Chino, apoyado por los albaneses, y el conjunto del movimiento comunista internacional’, comprendido el PC de la URSS” (Varas, 1988:384), tal como afirmó el secretario General del PC chileno, Luis Corvalán.

El Fondo Internacional que canalizaba los recursos de manera directa a los respectivos partidos comunistas, fue modificando lentamente la escasa importancia que se le otorgaba al PC chileno. Si bien eran los partidos de Francia e Italia quienes recibían el mayor volumen de divisas -cerca del 40% del total del presupuesto de 1962-, seguidos por Austria y Estados Unidos, Chile fue solicitando aumentos en los aportes por recibir que se le concedieron. En las vísperas de la campaña electoral de 1964, se envía desde Santiago al Comité Central del PCUS la solicitud de aumento de los aportes a medio millón de dólares -frente a los 150.000 recibidos en el período anterior- lo cual marca las expectativas que los partidos comunistas albergaban sobre el poderío económico de la URSS. Finalmente, ese pedido dio lugar a un incremento hasta alcanzar los 200.000 dólares para el PC chileno que, si bien era muy inferior a los más de cinco millones recibidos por el PC italiano, resultaba una suma importante de acuerdo a la capacidad operativa del partido sudamericano.

En la Introducción mencionamos las nuevas posibilidades de investigación que se abrieron con la finalización de la Guerra Fría y la apertura de diversos

archivos. Para este punto -los aportes recibidos por el PC chileno por parte del Comité Central del PCUS a través del Fondo Internacional durante la Guerra Fría- resultó central la investigación desarrollada por las historiadoras chilenas Olga Uliánova y Eugenia Fedakova. A través de su trabajo en Moscú con los documentos del Centro de Conservación de la Documentación Contemporánea (TsJSD por sus siglas rusas), que contiene los documentos del ex archivo del Comité Central del PCUS, lograron cuantificar esta ayuda financiera y material. A continuación presentamos el esquema elaborado por las autoras sobre el financiamiento soviético a Chile entre 1955 y 1973:

**AYUDA ENTREGADA POR EL PARTIDO COMUNISTA DE LA URSS AL
PARTIDO COMUNISTA DE CHILE (en dólares)**

Año	Monto asignado al PC de Chile	Equivalencia del monto en dólares de 1997**	Nº que ocupa Chile en la lista del Fondo
1955 ¹	5.000	30.585	-
1956 ²	-	-	-
1957 ³	20.000	114.351	-
1958	20.000	111.820	-
1959	-	-	-
1960	50.000	271.017	-
1961	100.000	536.185	-
1962	150.000	795.691	14
1963	200.000	1.046.031	17
1964 ⁴	(?)	(?)	(?)
1965	275.000	1.399.022	10
1966	300.000	1.480.721	9
1967 ⁵	(300.000)	(1.445.882)	(?)
1968 ⁵	(300.000)	(1.386.090)	(?)
1969 ⁵	(300.000)	(1.312.100)	(?)
1970	400.000	1.655.219	4/6
1971 ⁴	(?)	(?)	(?)
1972 ⁴	(?)	(?)	(?)
1973	645.000	2.102.666	5

*Se trata de la ayuda en divisa convertible entregada al Partido Comunista de Chile por el Fondo Internacional Sindical para la Ayuda a las Organizaciones Obreras de Izquierda. Este Fondo fue creado en 1948 y gran parte de su presupuesto anual provenía del Partido Comunista de la Unión Soviética. No se incluyen aquí ayudas entregadas por otras vías distintas al Fondo. (Véase "Chile en los archivos de la URSS". A. *supra*.)

** Actualizado por IPC norteamericano.

¹ Primera mención de un país de América Latina en la lista.

² Chile no figura en la lista como destinatario.

³ Primera mención de Chile como destinatario "planificado".

⁴ No se pudo acceder a los documentos para ese año.

⁵ Cifra estimada. Para este año no se pudo acceder a los documentos relativos a los destinatarios del Fondo, pero sí a los documentos sobre constitución del Fondo. Debido al carácter rutinario que adquirió el Fondo en esa época, y puesto que los montos totales del Fondo se mantuvieron, cabe suponer que las cuotas a los destinatarios también se mantuvieron, a lo menos, en rangos similares a los del año 1966.

⁶ El número 4 corresponde al lugar de Chile en la lista de beneficiarios: el número 6, al valor relativo al monto recibido. (Véase "Chile en los archivos de la URSS". A. N° A-3 *supra*.)

CUADRO N°5. Fuente: Uliánova y Fedakova, *Estudios Públicos*, N°72, primavera de 1998, Santiago de Chile, pág. 127.

Pues bien, en los momentos previos a las elecciones presidenciales de 1964, la ayuda económica de Moscú a Chile se intensificó, al tiempo que las relaciones diplomáticas y comerciales con el bloque soviético se sostuvieron. Esto, junto a la negativa de Santiago a formar parte del bloqueo a Cuba -que escapaba a la decisión de la mayoría de los países del Sistema Interamericano- comenzó a despertar la preocupación en ciertos sectores. En consecuencia, a comienzos de la década del sesenta, Chile “había llegado a ser centro de una creciente atención continental debido a su pugna ideológica interna y Estados Unidos había comenzado a apoyar intensamente a los sectores que en la política interna veían como alternativa al camino marxista” (Fernandois, 1991:434).

Estas relaciones chileno-norteamericanas, y de manera más general las relaciones entre EEUU y América Latina, contaban ya con una extensa trayectoria. Estos vínculos eran generalmente percibidos de dos maneras; desde la óptica estadounidense, según Federico Gil, su política había perseguido los objetivos de “evitar la influencia de potencias extracontinentales en el hemisferio occidental y hacer de América Latina una esfera especial de influencia de Estados Unidos, esto último mediante muy diversos medios, entre ellos el comercio y la inversión, la diplomacia y las actividades militares” (Gil en Fernandois, 1985:251). En tanto desde la óptica latinoamericana, las metas en cuanto a su política con respecto al país del norte consistían en “asegurarse la ayuda de Estados Unidos con objeto de evitar toda injerencia por parte de potencias extracontinentales, y al mismo tiempo encontrar la manera de restringir la predominante influencia estadounidense” (Gil en Fernandois, 1985:251).

A partir de la Doctrina Monroe, propia del siglo XIX, y su reformulación bajo la administración de Theodore Roosevelt (1901-1909), la presencia norteamericana se materializó inicialmente en el plano comercial -gracias a la denominada *diplomacia del dólar*-, para luego dar paso a una intervención militar directa, particularmente en el Caribe. Tanto a nivel discursivo como en la práctica, Estados Unidos activó un rol de *protectorado* en la región, que a su vez fue interpretado como “un peligro igual o peor que el perpetrado por los Estados europeos” (Romano, 2010:228). Por lo tanto, existió por parte de Estados Unidos un particular modo de asumir el *aislacionismo* -que suele mencionarse como

característica fundamental de su política exterior hasta la primera mitad del siglo XX- ya que se limitó a una actitud frente a las potencias europeas, mientras que en América Latina desplegó un rol activo y de injerencia.

A partir del comienzo de la Guerra Fría, las relaciones internacionales se estructuraron en la rigidez de la bipolaridad, y América Latina quedó directamente subordinada bajo la órbita estadounidense. El mecanismo utilizado fue el desarrollo de “las instituciones interamericanas, combinadas con acuerdos bilaterales en el ámbito militar” (Muñoz, 1987:45), que fueron complementadas con la cooperación económica como contrapartida para los países latinoamericanos. Si, para Estados Unidos, el foco estaba puesto en la asistencia militar -más aun a partir del temor por la expansión de la Revolución Cubana por el continente-, América Latina por su parte cargó de expectativas a los programas de asistencia económica para el desarrollo, principalmente en la Alianza para el Progreso.

En el caso de los vínculos chileno-estadounidense en el plano económico, el rasgo principal estuvo marcado por la inversión de capitales privados norteamericanos en la minería del cobre. Sin embargo, el proceso de nacionalización del cobre -*chilenización* del cobre que luego de dos intentos se alcanzó en 1970- no encontró mayor oposición por parte de Estados Unidos. Como contrapartida, la presión estadounidense se consolidó en el plano militar. La incorporación como firmante del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR), en 1947, colocó a Chile en el juego de intercambio entre asistencia económica y lineamientos sobre seguridad nacional, tal como marcamos en la Introducción. La sistematización de créditos de agencias como la Agency for International Development (AID) incluía el cumplimiento de normas de seguridad que se instrumentaron con los Pactos de Ayuda Militar (PAM), destinados a establecer la seguridad interna como principal aporte de las Fuerzas Armadas nacionales al equilibrio en el hemisferio y el normal funcionamiento del comercio.

Pues bien, éste era -en líneas generales- el marco de las políticas exteriores de Chile en los momentos previos al estallido del Proyecto Camelot: miembro de pleno del Sistema Interamericano, con las consecuentes relaciones de transferencia de recursos a cambio de la entendida *seguridad interna* en el hemisferio occidental, aunque con ciertas disidencias con Estados Unidos en nombre de la tradición

legalista de la diplomacia chilena y, además, con el objetivo de mantener el delicado equilibrio de la política interna en la que los partidos de izquierda tenía gran representatividad, aunque por un decenio el Partido Comunista estuvo proscrito.

Para completar este capítulo dedicado a las relaciones exteriores de los países involucrados en el Camelot, a continuación repasamos las estrategias de Estados Unidos, pero con la particularidad de centrarnos en los vínculos entre política exterior, consolidación de la hegemonía en territorio americano y desarrollo de las Ciencias Sociales.

2..1. Estados Unidos y la Guerra Fría: entre la política exterior y el desarrollo académico ~ científico.

Si en la Introducción marcamos la posición de Estados Unidos en el escenario de la Segunda Posguerra, resulta necesario ahora poner en perspectiva la articulación entre desarrollo científico, particularmente de las Ciencias Sociales, intereses militares y decisiones de política exterior para trazar un panorama completo de la posición de los estudios sociales en aquel país, teniendo en cuenta que la Guerra Fría no solo se advirtió en el espacio de la diplomacia y las relaciones internacionales, sino que modificó asimismo el pulso de la vida cotidiana y, por supuesto, permeó en la ciencia y la producción de conocimiento.

En 1979, los directores de la sección *Grandes Ideas de la Actualidad* de la *Encyclopedia Britannica* encomendaron a Daniel Bell un balance sobre los logros y alcances más destacables producidos por las Ciencias Sociales hasta ese momento. El resultado -luego editado también por Transaction Books- fue *Las Ciencias Sociales desde la Segunda Guerra Mundial*, en el cual el autor retoma, por un lado, el listado construido por Karl Deutsch -de la Universidad de Harvard- con los 62 mayores avances en el período 1900-1965; por otro lado, Bell comparte las conclusiones de Deutsch, entre las que destaca que existen “realizaciones en las ciencias sociales e invenciones sociales, casi tan claramente definidas y tan eficientes como las realizaciones y las invenciones tecnológicas” (Bell, 1984:25).

Es decir, las Ciencias Sociales, luego de haber cumplido un papel periférico durante la Primera Guerra Mundial –la guerra principalmente de la química y de la física-, adquirieron un mayor estatus y legitimación como ciencia gracias a su utilización durante el desarrollo de la Segunda Guerra Mundial. La planificación de la producción y asignación de materiales, la selección psicológica y guerra psicológica, y los medios para elevar el entusiasmo y la moral, tanto de combatientes como de civiles, a través de la propaganda, son algunos de los ejemplos del aporte de estas ciencias durante el conflicto. Fue la institución militar, agrega Raymond Bowers, quien en este período se benefició particularmente de la sociología por su participación en la resolución de los problemas de selección y dirección de la mano de obra militar, problemas de eficacia en las organizaciones, “motivación y moral, liderazgo, relaciones entre los mandos y el personal de estado mayor, comunicación, cambio en las organizaciones y criterios de eficacia de las unidades” (Lazarsfeld, Sewell y Wilensky, 1972:76). Una vez finalizada la Segunda Guerra Mundial, la carrera por la hegemonía mundial tuvo su impacto en el ámbito científico, ya que “la Guerra Fría reformó las estructuras de la academia y el contenido de las disciplinas académicas, tal como penetró en la vida política e intelectual” (Chomsky, *et al*, 1997:XXI).

El mayor prestigio de las Ciencias Sociales estadounidenses tuvo como uno de sus factores fundamentales a las transformaciones ocurridas al interior del ámbito académico. Entre estos cambios, las universidades de EEUU experimentaron un doble movimiento que, al comienzo de la posguerra, les imprimió características inéditas hasta ese momento: por un lado, mostraron una curva ascendente en la cantidad de matriculados, relacionada directamente con los beneficios de la *Ley del Soldado*³² -más conocida como *GI Bill*- que posibilitó la incorporación de veteranos de la Segunda Guerra Mundial al circuito de la educación en universidades o colleges y en programas de capacitación. El segundo movimiento estuvo ligado al

³² Formalmente, la denominación de la ley es *The Servicemen's Readjustment Act of 1944*. En el acto de firma de la Ley, el 22 de Junio de 1944, el Presidente Franklin Delano Roosevelt declaró: “Esto da a militares y mujeres la oportunidad de reanudar su educación o el entrenamiento técnico después de la baja, o de tomar un curso de perfeccionamiento o un reentrenamiento, no sólo sin el costo de matrícula de hasta 500 dólares por año escolar, sino también con el derecho de recibir una asignación mensual mientras continúan con sus estudios”. Al término del inicial *GI Bill*, en 1956, 7.8 millones de veteranos habían ingresado a la educación universitaria o en programas de capacitación (US Department of Veterans Affaire).

vínculo que comienza a generarse entre Gobierno Federal y universidades, en las que éstas últimas hicieron su aporte al macartismo y a la producción de conocimiento orientada hacia fines políticos. De hecho, no se trató de una intromisión o una irrupción *en* las universidades, sino que el gobierno “no fue un invitado poco grato; fue un invitado a los campus universitarios (...), hay valiosas pruebas de que las universidades no objetaron, o siquiera pensaron mucho, en el precio que estaban exigiendo para las ventajas que ellos buscaron” (Diamond, 1992:275).

En cuanto a la cruzada anticomunista que libró el senador Joseph McCarthy, las universidades se plegaron, en marzo de 1953, por medio de la *Declaración de Derechos y Responsabilidades de las Universidades y sus Facultades*. Elaborada por la Asociación de Universidades Americanas, esta declaración establecía la condena “al comunismo ruso tanto como condenamos cualquier forma de totalitarismo. Compartimos la profunda preocupación del pueblo norteamericano sobre la existencia de una conspiración internacional cuyo objetivo es la destrucción de nuestras preciadas instituciones”³³ (Association of American Universities, 1953:6). Al mismo tiempo, la declaración sostenía que quien adhería a los postulados del Partido Comunista –que según la Asociación consistían en fomentar la revolución como mecanismo de toma del poder, utilizar el engaño y la mentira como forma de persuasión y plantear limitaciones al libre pensamiento-, de manera automática “clausura el derecho a una posición universitaria” (Association of American Universities, 1953:6).

Pero ya anteriormente las universidades habían demostrado el sesgo macartista al respetar las disposiciones oficiales de restringir las contrataciones a docentes sospechados de pertenecer al Partido Comunista. La *caza de brujas* también fue parte de la academia: el propio presidente de Yale, Charles Seymour (1937-1951), se encargó de tranquilizar al Gobierno Federal asegurando que “no habrá caza de brujas en Yale, porque no habrá brujas” (Chomsky, *et at*, 1997: XX). Las agencias de seguridad -CIA, FBI, Departamento de Estado e incluso el Comité de Actividades Antinorteamericanas- comenzaron a tener mayor presencia en los campus universitarios no sólo dedicándose a la búsqueda de docentes sospechosos,

³³ Declaración disponible en www.aau.edu/reports/RRofU.html

sino que también estuvieron orientados a tener mayor injerencia en las políticas de investigación. De este modo, el FBI apostó por “una asociación más cooperativa y de mayor entendimiento con Harvard” (Diamond, 1992:49) -que derivó en la creación, junto a la Carnegie Foundation, del Russian Research Center, entre otros-, tanto así como en Yale, Columbia y el Massachusetts Institute of Technology (MIT) (Diamond, 1992). Esta intervención de agencias de seguridad modificó el campo académico y marcó el pulso de su desarrollo, particularmente en la primera etapa de la Guerra Fría, con el soporte brindado a instituciones, textos, metodologías, programas y ramas disciplinarias -entre ellas los Estudios del Desarrollo, los Estudios de Área, las investigaciones en Comunicación y los *Operation Research*- (Simpson, 1998).

El financiamiento gubernamental al desarrollo científico ya había comenzado a transitar una nueva etapa en Estados Unidos, cuando el Presidente Roosevelt advirtió la necesidad de una nueva política de investigación con el cercano escenario de posguerra. En una carta fechada en noviembre de 1944, Roosevelt le solicitó recomendaciones al titular del Office of Scientific Research and Development, Dr. Vannebar Bush, para la utilización en tiempos de paz de los avances científicos producidos durante la guerra. Dos de las preocupaciones nos interesan de manera particular: la primera de ellas es el punto tercero de la consulta, que hace referencia a “qué puede hacer el Gobierno ahora y en el futuro para ayudar a las actividades de investigación en organizaciones públicas y privadas” ya que los “roles adecuados de la investigación pública y privada, y su interrelación, deberían ser cuidadosamente considerados” (Carta de Roosevelt a Bush, 17 de noviembre de 1944)³⁴. La segunda preocupación de Roosevelt fue acerca de la renovación de los científicos que cobraron visibilidad durante la guerra, y la necesidad de generar mecanismos para que los jóvenes científicos revitalizaran el campo académico.

La respuesta de Vannebar Bush de Julio de 1945, el reporte más conocido como *Science the Endless Frontier*, sostenía que si bien el interés oficial por la ciencia podía remontarse hasta mediados del siglo XIX, al momento de escribir el texto “no existe ningún cuerpo encargado dentro del Gobierno de formular o ejecutar una política nacional de ciencia” y que a partir de las recomendaciones y los

³⁴ Disponible en <http://www.nsf.gov/od/lpa/nsf50/vbush1945.htm>

argumentos presentados en el reporte comienza “un período en que la ciencia necesita y merece incrementar del financiamiento de los fondos públicos” (Science the Endless Frontier, Apartado *Government Relations to Science - Past and Future*, 1945). De manera casi inmediata, las recomendaciones de Bush se transformaron en el germen de una política científica. La posterior llegada de los fondos públicos al sistema científico si bien no alcanzó a constituirse en un paradigma, funcionó para legitimar ciertos investigadores, temas e institutos; con este panorama, Simpson no dudó en plantear una pérdida de autonomía del campo académico norteamericano.

Este es el escenario, en consecuencia, del proceso de aumento de respetabilidad de las Ciencias Sociales en Estados Unidos, sostenido también por la construcción del denominado *complejo militar – industrial - académico* o de la anexión de las Ciencias Sociales a la Guerra Fría bajo el patrocinio militar – gubernamental, proceso en el cual “el valor y la existencia de un límite claro entre política, de un lado, y la investigación científica por el otro” (Solovey, 2001:165) no existía, sino que en realidad era a menudo absolutamente difuso e irreconocible.

2.1. Los orígenes del Camelot en el campo académico ~ científico norteamericano.

El Proyecto Camelot tuvo sus orígenes en un complejo proceso histórico que atravesaron en Estados Unidos las Ciencias Sociales para obtener la legitimación que alcanzaron y, al mismo tiempo, la jerarquía en los espacios académicos que lograron conquistar durante la década de 1960. Trayectoria académica en la que es necesario otorgarle una destacada cuota de importancia a las vinculaciones entre estas disciplinas y determinados organismos gubernamentales.

El modelo científico de las Ciencias Sociales que predominaba en los Estados Unidos, posterior a la segunda posguerra, se sostenía en valores tales como la *neutralidad*, la *objetividad* y el carácter estrictamente *científico* de la ciencia. Peter Novick utilizó la categoría histórica de *revolución epistemológica* para referirse a este modelo, el cual estaba ligado al paradigma de las ciencias naturales (Novick, 1988). De manera paradójica, el Camelot tiene sus antecedentes epistemológicos en este paradigma científico pero, a partir de su explosión y del

posterior debate internacional que generó, el Proyecto mostró una estrecha conexión entre los objetivos del sector militar y los de un sector del campo científico, que en gran parte desmantelaron el abanico de principios y valores científicos -pero a la vez, políticos e ideológicos- que perseguía. Tal como lo estableció Daniel Bell para el recorrido de las Ciencias Sociales a lo largo del siglo XX, que en “la teoría, se hicieron ahistóricas; en el detalle, se hicieron empíricas, y en el método, se hicieron en gran medida cuantitativas” (Bell, 1984: 14), el Camelot fue un típico resultado de los estudios de aquel momento: ahistórico, empírico, cuantitativo.

Pero lejos estuvo de tratarse del primer intento de la utilización de las Ciencias Sociales con fines militares en el marco de la Guerra Fría. La historia de los vínculos entre los estudios sociales y el sector militar deben rastrearse en la década de 1940. En los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, en Estados Unidos existía un extenso escepticismo por parte de los gobernantes sobre la significancia de las Ciencias Sociales en la resolución de los asuntos políticos. Los experimentos nucleares colocaron en una alta jerarquía dentro del campo a las Ciencias Físicas y Naturales, y las Ciencias Sociales habían sido relegadas por el campo político. Los primeros años de la Guerra Fría no contribuyeron a mejorar su imagen. Desde el sector político conservador, estas ciencias no eran bien vistas por estar asociadas a valores liberales y a las teorías marxistas.

Los incipientes vínculos con el sector militar contribuyeron a modificar las representaciones negativas que se tenían sobre estas disciplinas, en especial por los grupos conservadores. Sin embargo, lo que las Ciencias Sociales ganaron en respetabilidad, lo perdieron en autonomía científica. A partir de estas vinculaciones, comenzaron lentamente a multiplicarse las posiciones institucionales de las Ciencias Sociales en el campo del poder. No cambió, sin embargo, tan rápido su posición subordinada respecto de las Ciencias Naturales. En 1950, fue creada la National Science Foundation (NSF) y recién en 1960 las Ciencias Sociales adquirieron el rango de área independiente dentro de la institución, al crearse el Office of Social Science. Lo que indica que si bien aumentaron sus posiciones gracias a los vínculos con el sector militar, todavía se cuestionaba su importancia en la resolución de conflictos políticos.

En este marco de la Guerra Fría, el sector militar no fue el único interesado en financiar proyectos de Ciencias Sociales. Desde el Departamento de Estado se

iniciaron proyectos de investigación que tenían como objetivos el estudio de casos para la resolución de los problemas sociales. También instituciones como The RAND Corporation, un importante Think Tank norteamericano que perseguía inculcables objetivos militares, y fundaciones privadas con objetivos principalmente civiles (Ford, Rockefeller, Carnegie, etc.) invirtieron fondos en estas ciencias.

La articulación de proyectos entre las Ciencias Sociales y el campo político tuvo su debut con el Proyecto Troya de 1950-1951. Theodore Vallance, cuando al referirse al Camelot lo definió como el proyecto social de mayor alcance que había surgido de las vinculaciones entre el sector político y el campo académico, lo que estaba haciendo era ubicarlo entre una tradición de emprendimientos científicos similares (Vallance, 1974:203). A diferencia del Camelot, el Proyecto Troya surgió como iniciativa del Departamento de Estado, con los auspicios del MIT, y tenía como objetivos el estudio psicológico de personas y grupos bajo conflictos bélicos (Bilgin y Morton, 2002: 60). Con la intención de proveer los medios técnicos y el marco teórico para la lucha no militar contra la Unión Soviética, los autores del Proyecto Troya confiaban en el uso de las ciencias sociales para tomar la *ofensiva propagandística*, en apoyo a la insuficiente red de radiodifusión *Voice of America*, con los valores estadounidenses -democracia liberal, *american way of life*, capitalismo- por detrás de la Cortina de Hierro. Si bien se convirtió en el proyecto más conocido, fue sólo “uno de los tres estructurados en los consejos de *brainstorming* en MIT durante 1950-51, enfocados en estrategia, tácticas y el soporte militar para la Guerra Fría” (Needell, 1999:3)

Por último, las Ciencias Sociales también se vieron respaldadas por el redescubrimiento de los problemas sociales, que las posicionó como la consulta obligada y la voz autorizada para la resolución de conflictos, ocupando así un espacio que anteriormente no habían conseguido. A comienzos de la década de 1960, con la llegada a la presidencia de los Estados Unidos de John Kennedy, y luego de su breve administración (1960-1963) también durante la administración de su sucesor Lyndon B. Johnson (1963-1969), las Ciencias Sociales tuvieron una alta consideración por parte del campo político. En esta coyuntura política, científicos de diversas disciplinas –psicología, sociología, política, antropología, etc.- participaron de forma directa en la conformación de programas de política interna y externa que

las administraciones ejecutaron. Muchos de los intelectuales y científicos que ocuparon cargos en las administraciones Kennedy-Johnson eran reclutados en el campo filantrópico: George McBundy, quien fuera Presidente de Fundación Ford, ocupó la Secretaría de Seguridad Nacional; David Bell, ex director de la Oficina de Presupuesto de Fundación Ford, ocupó un importante cargo en la AID.

En la historia de los vínculos entre el sector militar y las Ciencias Sociales, el Proyecto Camelot significó una ruptura, ya que su explosión tornó inestables los espacios de consenso que habían conquistado de manera conjunta tanto los militares como los científicos sociales. En los Estados Unidos no sólo generó un fuerte debate epistemológico dentro del campo científico, sino que también despertó una disputa de intereses políticos en el seno del Estado norteamericano, entre el Departamento de Defensa y el Departamento de Estado.

A partir de estos los vínculos entre las Ciencias Sociales y el sector militar, el Pentágono pretendía contribuir en el diseño de un programa de relaciones exteriores norteamericanas. Durante la administración Kennedy, el Asesor de Seguridad Nacional y ex-Director de Fundación Ford, George McBundy, y su equipo del Consejo de Seguridad Nacional fueron en gran medida los responsables de la política exterior norteamericana. Y Camelot fue solamente un ejemplo de la importancia que se le asignaba desde las instituciones de seguridad a las Ciencias Sociales y sus resultados. En presupuesto para estas disciplinas, el Departamento de Defensa disponía de 20 millones de dólares aproximadamente.

Por su parte, el Departamento de Estado, órgano de quien dependían las embajadas en el extranjero, había perdido no sólo significativos espacios de poder en las políticas externas norteamericanas, sino también volumen presupuestario para investigación social ya que contaba con aproximadamente 125.000 dólares anuales, cifra muy inferior en comparación al Departamento de Defensa. La celeridad con la que el Embajador norteamericano en Chile, Ralph Dungan, consiguió desactivar el Proyecto Camelot y que el Gobierno de los Estados Unidos cancelase el 7 de julio, muestra el interés que tenía el Secretario de Estado, Dean Rusk, en acrecentar espacios de poder para su Secretaría y en tomar las riendas políticas de las Relaciones Exteriores.

La explosión del Camelot afectó de forma considerable las acciones de apoyo financiero que estaba realizando el Embajador Ralph Dungan con fondos de

la Alianza para el Progreso, en especial con los provenientes de la AID, acciones que no se limitaban temporalmente a la Administración Johnson, sino que Dungan arrastraba de la Administración Kennedy, y que durante su estancia en Chile (1964-1967) pudo consolidar. Una mirada atenta a la trayectoria política de este funcionario norteamericano nos permite dilucidar algunas de las implicancias políticas que tuvo el Proyecto que, de forma compleja y de manera involuntaria, perjudicaron las labores de cooperación internacional que la embajada venía realizando en Chile desde la administración demócrata anterior. En realidad, puede decirse que la publicidad negativa que logró el Proyecto y las representaciones sociales que generó, afectó en menor o mayor medida a todas las formas de cooperación externa que existían en Chile en ese momento, aunque esto no implicase una disminución efectiva de dicha cooperación.

Durante la administración Kennedy, Ralph Dungan ocupó el cargo de Special Assistant y tenía asignada la oficina más poderosa del Gobierno norteamericano, la llamada *Corner Office*. Pertenecía al grupo más influyente de asesores del presidente, conocido como la *mafia irlandesa*, que se caracterizaban por haber sido educados en la religión católica. Las estrechas vinculaciones entre la administración Kennedy con Chile y con la Democracia Cristiana se iniciaron cuando Dungan coordinó un encuentro secreto entre el presidente norteamericano y Eduardo Frei Montalva, candidato a presidente chileno para las elecciones de 1964 por el Partido Demócrata Cristiano. Por este acuerdo, Frei recibió fondos de la AID y la Central Intelligence Agency (CIA) para financiar su candidatura presidencial; esta ayuda no se limitó a los fondos de la Alianza para el Progreso, sino que también coordinó líneas de financiamiento para el gobierno de Frei, provenientes de la Iglesia Católica, de la Fundación Konrad Adenauer y de otras agencias de cooperación (Fermendois y Fontaine Talavera, 1998:76-77). Luego del asesinato Kennedy, Dungan se desempeñó como Embajador en Chile, durante la administración de Johnson. Siendo uno de los embajadores más influyentes en el gobierno norteamericano, continuó con la coordinación financiera y suministrando fondos especialmente en áreas en las que el gobierno de Eduardo Frei se benefició directa o indirectamente.

Según Dungan, la Embajada norteamericana en Chile no tenía conocimiento de la aplicación del Proyecto o, como argumentó, “no había sido informada”,

agravado por el hecho de haber surgido en el Departamento de Defensa, circunstancia que desencadenó la rápida reacción de Dungan de intentar lograr su desactivación. De esta forma se comprende por qué el escándalo del Proyecto Camelot amenazaba con destruir las estrategias de inversión y cooperación que la embajada venía realizando desde comienzos de 1960.

La conquista de espacios y lugares políticos emprendida por el Departamento de Estado a mediados de la década, y que la explosión del Camelot contribuyó a acelerar, incluyó a las Ciencias Sociales. Si estas disciplinas lograron cumplir importantes funciones para el sector militar, de la misma forma podían realizarlas en la órbita del sector político. En agosto de 1965 se creó el Council on Foreign Affairs Research (CFAR) en el Departamento de Estado; esta nueva oficina tenía como función supervisar todos los proyectos de investigación financiados por el Estado norteamericano y las agencias públicas de asuntos externos. Presidido por Thomas Hughes, director del Bureau of Intelligence and Research, e integrado por representantes del Policy Planning Council (Walt Rostow) y del Office of Political-Military Affairs (Jeffrey Kitchen), el CFAR debía evaluar y supervisar proyectos de investigación relacionados con lo que consideraban como “actividades sensibles”. En una segunda instancia, el Secretario de Estado facilitaría al “Research Review Division, dentro del Office of External Research, personal de apoyo para el nuevo Consejo” (Departamento de Estado, Comunicado de Prensa N° 2079, 3 de Septiembre de 1965). La creación del CFAR significó una mayor institucionalización del interés gubernamental por las Ciencias Sociales, pero al mismo tiempo implicó un relativo triunfo político para el Departamento de Estado, principalmente en asuntos de ciencias e investigación. De esta forma, obtuvo una medida de control importante sobre la política exterior norteamericana en detrimento del Pentágono.

Por su parte, la autonomía y libertad de investigación que logró el Special Operations Research Office (SORO) en sus vínculos con el sector militar durante el primer lustro de la década de 1960, se fue gradualmente perdiendo con la explosión del Camelot y, los *Sorons*, tal como se los conocía a sus miembros, sufrieron cada vez más restricciones e intervenciones desde los sectores militar y político, en especial desde el Departamento de Estado. En 1966, SORO pasó a llamarse Centre for Research in Social Systems (CRESS) (Bigan y Morton, 2002). También en este

segundo lustro, los científicos sufrieron paulatinamente las presiones ejercidas por el Pentágono, hasta llegar incluso a clausurar determinados proyectos de investigación.

Pero previamente a esta conquista lograda por el Departamento de Estado en cuanto al manejo de la política exterior y de los proyectos de investigación científica a realizarse fuera de los Estados Unidos, había sido el Departamento de Defensa, y los diversos organismos de investigaciones de las Fuerzas Armadas, quienes hicieron uso y obtuvieron mayores beneficios de las Ciencias Sociales. De manera específica se acudió a las disciplinas sociales para desarrollar la rama de los estudios del comportamiento (*behaviorial sciences*) en la búsqueda de su regulación y del control social. Si desde los inicios de la década del '40 el centro de atención era el tópico de la *guerra*, en los comienzos de la Guerra Fría resultó la tríada de *revolución – contrarrevolución – contrainsurgencia* el tema que atrajo la mirada de los científicos. Y si bien la *revolución* no había sido soslayada, como fenómeno central del marxismo, a partir de los años '50 ganó mayor interés y preocupación, e incluso fue abordado con mayor rigor científico (Bottomore, 1983).

En directa conexión con las denominadas Doctrinas de Seguridad Nacional, que en la versión estadounidense se denominó Estrategias de Seguridad Nacional, las Ciencias Sociales adquirieron la misión de colaborar en el desarrollo de “una guerra no convencional antissubversiva que combinaba estrategias represivas y psicopolíticas” (Vergara Estévez, 2005:205). Desde el sector militar, la mirada existente sobre América Latina quedó explícita en la declaración del Secretario de Defensa, Robert McNamara (1961-1968), quien aseguró que “nuestro objetivo primordial en Latinoamérica es ayudar al continuo desarrollo de las fuerzas militares y paramilitares, capaces de proporcionar la necesaria seguridad interna” (Vergara Estévez, 2005:205). En esta dirección se orientaron los proyectos de investigación de las Ciencias Sociales en estrecho vínculo con las políticas de seguridad nacional del Estado norteamericano.

La búsqueda por determinar las causas de la insurgencia, encontrar el modo de anticiparse al desarrollo de una revolución y establecer los mecanismos adecuados de contrainsurgencia se transformó en tópico central del vínculo político – militar – académico. La preocupación por la *amenaza comunista*, ya sea por el impacto de la Revolución Cubana, ya sea por la elección presidencial de 1958 en Chile, donde Salvador Allende estuvo cerca de obtener un triunfo por vía electoral,

apareció con fuerza en un sector particular del Tercer Mundo, América Latina. Hasta entonces, la sociología estadounidense había construido a América Latina como un objeto distante y fragmentario. La tesis doctoral de Dimitri Della Faille -que trabajó en base a dos corpus, las instituciones y los discursos sociológicos que circularon entre revistas académicas y tesis doctorales y de maestrías-, establece que los estudios sobre América Latina, una “región poco estudiada”, “ocupaban un lugar de menor importancia” (Della Faille, 2009b:4), aunque desmiente la afirmación sostiene que toda investigación científica tuvo como punto de partida los intereses estratégicos. A partir de 1957, Della Faille establece un quiebre en la construcción de América Latina por parte de la sociología norteamericana a partir de los procesos simultáneos de *desfolclorización* y *endotismo*³⁵, en el cual se da un desplazamiento léxico en los asuntos abordados.

Este fue el marco, en consecuencia, en el que comenzó a gestarse el Proyecto Camelot. En julio de 1964, el Jefe de Investigación y Desarrollo del Department of the Army solicitó al SORO, perteneciente a la American University, la creación de un proyecto de investigación, de acuerdo al contrato ARO-7, capaz de medir el potencial conflicto interno, estimar los efectos y establecer los mecanismos adecuados de control y restablecimiento de la *situación normal*. Se le atribuye al Ejército la capacidad para “planificar y conducir operaciones que implican un amplio espectro de los problemas sociopolíticos que son la parte integrante de las operaciones de contrainsurgencia. El Ejército, por lo tanto, debe desarrollar doctrinas basadas en el correcto conocimiento del áreas” (Project Camelot Working Papers, December 5, 1964).

La insurgencia, hasta entonces, no se había constituido como objeto de investigación científica, sino que era considerada de manera exclusiva como asunto de seguridad interna inherente al país en el cual sucedía y que sólo podía ser controlada por acción militar o policial. Los documentos del Ejército estadounidense, haciendo referencia a los procesos de modernización de las sociedades de mediados de la década del sesenta, intentan establecer como prioritarios, por un lado, la lucha contra la insurgencia a partir de programas de desarrollo político, económico, social y psicológico. Por otro lado, esta batalla

³⁵ El *endotismo*, en contraposición con el *exotismo*, hace referencia a un mayor tratamiento de esta región desde una perspectiva de comprensión de los fenómenos internos (Della Faille, 2009a).

contra el *desequilibrio del sistema* que supone un levantamiento, debe librarse desde el germen mismo, es decir, es necesario desarrollar la capacidad de anticipación para desplegar un arsenal de recurso que eviten el desenvolvimiento de una insurgencia. En este sentido, si bien la conducción de la contrainsurgencia es responsabilidad de los gobiernos locales, la “cuidadosa aplicación de la asistencia y las advertencias realizadas por parte de agencias gubernamentales estadounidenses, sin embargo, puede materialmente influir en el resultado” (Project Camelot Working Papers, December 5, 1964).

Capítulo III

3. El Proyecto Camelot

3.1. Una descripción del proyecto científico

Para algunos intelectuales norteamericanos el Proyecto Camelot representó un intento racional de aportar soluciones no violentas a problemas sociales, un esfuerzo de las Ciencias Sociales sólo comparable –por magnitud y pretensión- al Proyecto Manhattan para las Ciencias Físicas (Della Faille, 2009). Theodore Vallance, Director de SORO, argumentó que el Camelot fue un proyecto científico *incomprendido* que pretendía “el desarrollo de una sociedad estable, con tranquilidad interna, paz y justicia para todos” (Rohde, 2007:7). Por lo tanto, la primera dificultad que tiene la descripción y el análisis del Proyecto Camelot reside en su clasificación, en sí mismo, como proyecto de investigación científica, cuando sus finalidades permiten inscribirlo más bien en un proyecto de intervención política-social.

Una acabada descripción del Proyecto Camelot se encuentra, además, con un obstáculo documental fuerte. Nos referimos al hecho de que en Chile circularon diferentes versiones preliminares del proyecto cuando éste fue presentado en pequeñas reuniones con científicos sociales de aquel país. Algunas copias eran resúmenes de un memorando y otras eran “un grueso volumen” con partes restringidas a la lectura a través de burdas tachaduras (Urzúa, E2006). Por otra parte, ante la negativa de los académicos a participar en el proyecto, el antropólogo chileno Hugo Nutini –que hacía el contacto entre ambas partes- retiró deliberadamente el memo para evitar dejar evidencia del proyecto de investigación que había sido cuestionado (Vekemans, E2006). Sin embargo, la Comisión Especial Investigadora de la Cámara Nacional de Diputados trabajó sobre un documento completo del Proyecto, que permite reconstruir el esquema general de investigación.

Al comienzo, el texto del Proyecto Camelot presenta su estructura organizativa, conformada de la siguiente manera:

Director del Proyecto: Rex Hopper

Estudios de los Sistemas Sociales: Dr. Jiri Nehnevajsa

Técnica de Simulación: Dr. James Samuel Coleman

Estudios del caso analítico: Ralph Swischer

Investigación de Operaciones: Dr. Robert Boguslaw

El director del proyecto, Rex Hopper, presidía el Brooklin College cuando fue contratado por el SORO; contaba ya con un reconocimiento y un prestigio destacables: ex misionero, dedicado al estudio de las revoluciones y el cambio social latinoamericanos, con libros y artículos editados (*El estatus de la sociología en Latinoamérica -1945-*, *El mito social en la dinámica de la revolución -1946-*, *Cuando los hombres alcanzan el poder -1955-*, *Aspectos ideológicos y de Jefatura en la Revolución Mexicana -1956-*, *Un siglo de revolución -1959-*, entre otros), docente en la Universidad de Texas, donde obtuvo su PhD en Sociología, e invitado en las universidades de Argentina, México y Paraguay. Además de un interés académico por participar en un proyecto de investigación social de una envergadura inédita, Hopper estuvo entusiasmado por motivaciones políticas que deslizó en *Cybernation, Marginality and Revolution*³⁶, donde argüía que la mayor democracia, léase Estados Unidos, corría peligro de sufrir una revolución social (Rhode, 2007).

Por su parte, Jiri Nehnevajsa era docente y presidente del Departamento de Sociología (1962-1966) de la Universidad de Pittsburgh, luego de un paso por la Universidad de Columbia (1956-1961) en el que trabajó junto a Paul Lazarsfeld. Checoslovaco de origen y emigrado de la ocupación nazi, Nehnevajsa completó sus estudios de sociología en Lausana y Zurich, donde finalmente se doctoró. A comienzos de 1951 arribó a Estados Unidos donde, además de obtener la ciudadanía cinco años más tarde, desarrolló una ferviente posición anticomunista a partir de la

³⁶ Rex D. Hopper, *Cybernation, Marginality and Revolution* en I. L. Horowitz, ed., *The New Sociology: Essays in Social Science and Social Theory, in Honor of C. Wright Mills* (New York: Oxford University Press, 1964).

ocupación soviética de su país natal. Especializado en el trabajo empírico, sus publicaciones giraban en torno al estudio de sistemas sociales³⁷ y en la construcción de base de datos sobre emergencias, desastres e investigación social.

El resto de los miembros de la estructura organizativa del Camelot, tal vez no compartía ni con Hopper el temor de un inminente cambio social radical al interior de Estados Unidos, ni con Nehnevajsa un abierto y declarado anticomunismo, pero sí acompañaban la noción de que un proyecto de estas características constituía una oportunidad para modificar la política exterior norteamericana y para reorientarla en la búsqueda de “soluciones no militares y no violentas”, en términos de Boguslaw (Horowitz, 1967: 120), o de alcanzar los “objetivos buscados por la violencia por medios no violentos”, según declaraba Bernard³⁸. Asimismo, el *autorretrato colectivo* que construye Horowitz a partir de sus entrevistas con los miembros del Camelot, sostiene que diversas fueron las motivaciones para participar en el proyecto. Una de ellas, consistía en la posibilidad de dar un salto de calidad en relación a cualquier proyecto de investigación en ciencias sociales que haya existido hasta ese momento, con la consecuente consagración académica. Otro elemento favorable, consistía en el mayor grado de libertad percibida por los científicos, pese a los condicionamientos de un espacio no académico y especialmente siendo un emprendimiento militar, en comparación con los niveles de libertad intelectual propio de las universidades o de los colleges. Pero, fundamentalmente, la mayoría de los integrantes del staff compartía el *síndrome del Iluminismo*, en términos de Horowitz; esto es, la “convicción profunda de la perfectibilidad de la humanidad, particularmente en la posibilidad de que el *establishment* militar realice un papel preponderante en este proceso general de crecimiento”, y en donde los científicos sociales, en esta metáfora, se correspondían con los *filósofos* dieciochescos (Horowitz, 1974:7).

³⁷ Colaboró con los capítulos *Sociometría y Análisis de Encuestas Panel en Tendencias en la teoría General de los Sistemas*, compilación de George Klir (Alianza, Madrid, 1978).

³⁸ Carta de Jessie Bernard al Editor de *American Sociologist* (Noviembre de 1965), citado en Rhode, Joy (2007). Sobre la actuación de Bernard en el Camelot, sostenida por el valor que le otorgaba a la objetividad científica, véase Robert C. Bannister, *Jessie Bernard: The Making of a Feminist* (New Brunswick: Rutgers University Press, 1991).

Tal vez el más prestigioso de los nombres involucrados en el Camelot sea el de James Coleman. Pero cabe aclarar que si bien se utiliza un trabajo de su autoría, que compone el Apéndice dedicado a *Técnicas de Simulación*, estrictamente Coleman no tuvo participación en el Proyecto Camelot. Su nombre fue utilizado para transferir parte del prestigio de Coleman al proyecto, ya que estaba consagrado como uno de los más influyentes sociólogos norteamericanos, exponente del individualismo metodológico y de la matematización de la sociología.

Pues bien, con este staff en la dirección, el Proyecto Camelot se proponía un trabajo sostenido de tres años y medio, con la contratación de 140 profesionales-año, para llevar adelante tres objetivos principales: a) Identificar, medir indicadores y estimar las causas de un conflicto potencial interno; b) Estimar el efecto de diversas acciones gubernamentales que influyan sobre ese potencial y c) Obtener, conservar y recoger la información requerida para el sistema anteriormente mencionado (Informe de la Comisión Especial Investigadora, Actas del Congreso, Sesión 33, 16/10/1965:3291).

El Proyecto Camelot se describe a sí mismo en el marco del desarrollo de las investigaciones sociales desde la Segunda Guerra Mundial, con el interés puesto en revertir la condición “imperfecta, no sistemática, dispersa no acumulativa” de la comprensión científica de la guerra interna, aunque reconoce que retoma estudios anteriores. En este sentido, el texto subraya la importancia de la literatura existente sobre revoluciones, particularmente las realizadas por Charles Tilly y Gilbert Shapiro sobre la Revolución Francesa (Informe de la Comisión Especial Investigadora, Actas del Congreso, 1965:3295).

Las etapas de la ejecución del proyecto se organizaron en dos estudios diferentes: el primero, directamente relacionado con la guerra interna, intentaría analizar comparativamente veintiún estudios de casos, de los cuales se preseleccionaron cinco (Guatemala, Bolivia, México, Canadá y Cuba); de este grupo de cinco países, en el cual no figuraba Chile hasta esta instancia, se escogieron los casos de Canadá y Cuba para ser analizados en primer lugar. En los trabajos previos (*working papers*) a la elaboración final del Camelot, se establecen los criterios y recomendaciones para la elección de los países a estudiar. Dentro de los primeros, era sustancial tener en cuenta la información disponible y el conocimiento

acumulado sobre el país en cuestión al momento de comenzar el estudio, los costos, las capacidades de los investigadores y, fundamentalmente, la “relevancia de los países seleccionados para los intereses de la política exterior de Estados Unidos” (*Document Number 3*, 5 de diciembre de 1964, en Horowitz, 1974:57). En cuanto a las recomendaciones, este emprendimiento a nivel global –pretendía ser desarrollado en América Latina, Medio Oriente (Egipto, Irán y Turquía), Lejano Este (Corea, Indonesia, Malasia y Tailandia) y en algunos países europeos y africanos (Francia, Grecia y Nigeria)- diferenciaba aquellos países para desarrollar un estudio histórico comparativo, uno de los criterios, de aquellos propicios para llevar adelante las investigaciones con encuestas y otros estudios de campo, que correspondían al segundo criterio. En todo caso, el documento preliminar del Camelot en ningún momento menciona a Chile bajo cualquiera de ambos criterios, por lo que la intención de implementar esta investigación en Santiago pudo obedecer, en palabras de Nisbet, más a una movilidad particular de un agente, en este caso de Hugo Nutini, quien “estaba camino a Chile por asuntos personales durante el verano, y ofreció – por unos honorarios, por supuesto- tantear a científicos sociales chilenos sobre su posible entusiasmo por un proyecto en el cual el Ejército de los Estados Unidos, trabajando por medio de behavioral scientists, llevaría adelante” (Nisbet, 1966:48).

El segundo tipo de estudio apuntaba a un nivel mayor de abstracción y estaba centrado en el análisis de los sistemas sociales, que cuenten o no con posibilidades de una inminente guerra interna. En ambos casos, la intención, además de “ser tan científico y cuantitativo como sea posible”, sería generar categorías que posibiliten el estudio comparativo de los casos y los sistemas sociales (Informe de la Comisión Especial Investigadora, Actas del Congreso, 1965:3294).

Asimismo, estaba planeada una permanente revisión teórica del proyecto para alcanzar mayor refinamiento a través de, por ejemplo, una serie de conferencias sobre *Conflicto Social, Control y Cambios Sociales y Modelación de un Sistema Social* (que debía realizarse en junio de 1965), o por medio de la reunión (programada para agosto de 1965 en la sede del SORO) del personal del Camelot junto a colaboradores externos que habían confirmado su participación en la revisión del esquema de investigación. La nómina de científicos que formarían parte de este

último grupo, según el informe inicial del proyecto, incluye a los Dres. George Blanksten, Harry Eckstein, Frederick Frey, William Kernhauser, Charles Tilly y Gino Germani.

El texto del Proyecto Camelot pone especial énfasis en dos factores a atender que son los problemas reales en la recolección de datos y el esquema específico del análisis de esos datos. De este modo, presenta “los tres primeros apéndices técnicos (que) detallan, respectivamente, el esquema de investigación de los estudios sobre sistemas sociales, los estudios del caso analítico y la investigación manual y mecanizada” (Informe de la Comisión Especial Investigadora, Actas del Congreso, 1965:3201), mientras el cuarto apéndice corresponde a un modelo particular de guerra interna.

En el Apéndice A, realizado por Jiri Nehnevajsa y dedicado al esquema de investigación de los estudios sobre sistemas sociales, plantea los tres objetivos principales del Camelot desde otra perspectiva: a) Observar y analizar los tipos de tensión que operan dentro y sobre cada sistema sometido a análisis; b) Observar y analizar las fuentes de tensiones en relación a cada tipo de tensión; c) Observar y analizar la distribución de las circunstancias sometidas a tensión a través de los sistemas (Informe de la Comisión Especial Investigadora, Actas del Congreso, 1965:3202).

Ahora bien, según el texto, el estudio de los sistemas sociales supone dar cuenta, en primer lugar, del *deber ser* de las instituciones sociales (entre las que se encuentran, al menos, las instituciones familiares, religiosas, económicas, judiciales, militares, políticas, diplomáticas, educacionales, científicas, comunicacionales, de salud y de caridad), para poder compararla con la *real* actividad de dichas instituciones en su función específica, esto es, la producción de “símbolos, personas, bienes o combinación de ellos” (Informe de la Comisión Especial Investigadora, Actas del Congreso, 1965:3205). En segundo lugar, el Proyecto Camelot analizaría el proceso de formación real de estos productos (valores, sujetos o prácticas) a partir de la descripción de lo que *realmente* sucede, para determinar cuán alejado o no se encuentra de esa normatividad del *deber ser*, e identificar las discrepancias, y los motivos, entre las normas y las actividades. Esquemáticamente, y con el objetivo de

establecer las causas de los conflictos internos, el primer paso sería el estudio del sistema social en su conjunto por medio de los siguientes ejes:

Niveles	Focos	Épocas
Instituciones	Normativos	Pasado
Organizaciones	Procesuales	Presente
Individuos	Perceptuales	Futuro

CUADRO N° 7. Fuente: Informe de la Comisión Especial Investigadora, Actas del Congreso, 1965:3205.

Basado fundamentalmente en un enfoque empírico, el Camelot se proponía una descripción del sistema (con un inventario de organizaciones intervinientes como partidos políticos, organizaciones laborales, religiosas, juveniles, campesinas, etc.) para luego realizar un diseño normativo del sistema. A través de las encuestas, intentaría construir modelos de actividad de la población, medir las percepciones y expectativas sobre la autoridad, tanto legítima como ilegítima, ya que una hipótesis central del proyecto es que existe una “relación directa entre el nivel y el alcance de las expectativas no realizadas y la probabilidad de conflicto interno” (Informe de la Comisión Especial Investigadora, Actas del Congreso, 1965:3225).

El Apéndice B, preparado bajo la dirección de Ralph Swisher y dedicado al diseño de la investigación de los estudios de caso, se encuentra enmarcado en el estudio del sistema social. El punto de partida del análisis es el supuesto de que “la insurgencia es el resultado de un estado o proceso de desintegración en algún aspecto del sistema social” (Informe de la Comisión Especial Investigadora, Actas del Congreso, 1965:3224); en consecuencia, el Proyecto Camelot focalizaría la recolección de datos en siete aspectos: a) Desarrollo político del caso; b) Análisis de los disturbios políticos (incidentes de la violencia), c) Análisis del Gobierno, d) Análisis de las organizaciones insurgentes, e) Modelos institucionales, f) Grupos ocupacionales, y g) Datos de antecedentes sociales (Informe de la Comisión Especial Investigadora, Actas del Congreso, 1965:3225).

El análisis de los casos estaba centrado en dos componentes: por un lado, las expectativas frustradas de la población que posibilitan la aparición de organizaciones

insurgentes y, por otro lado, las características y organización del gobierno, con sus posibilidades de acción a través de reformas capaces de contrarrestar los movimientos sociales en su contra, y el control que ejerce sobre instituciones sociales tales como la familia, las comunicaciones, la salud, economía, religión, educación, administración pública y las fuerzas de seguridad.

El Apéndice C, elaborado por James Samuel Coleman y denominado *Técnica de Simulación*, intentaría establecer patrones de conflicto interno, basados en modelos matemáticos y en la teoría del juego, que “reflejarán las características principales de la revuelta en una sociedad en desarrollo” (Informe de la Comisión Especial Investigadora, Actas del Congreso, 1965:3269). Desde esta perspectiva se construyeron dos modelos posibles: el llamado *Modelo de conflicto interno asimétrico* y el *Modelo de sistema social como base para la teoría del conflicto interno*; en ambos casos estaba planeada la reelaboración de los modelos a partir de los datos empíricos de los estudios de caso.

En suma, en todas las etapas del Proyecto Camelot y en los distintos dossier preparados por los especialistas subyace la lógica de la descripción, para generar una normativa, un *deber ser*; posteriormente establecer y medir las percepciones de la población sobre lo existente y medir el grado de satisfacción/insatisfacción sobre las acciones gubernamentales, junto a los posibles mecanismos que éste puede emplear para contrarrestar el conflicto interno.

3.2. Cronología de la llegada del Proyecto Camelot a Chile

La primera noticia de la existencia del Camelot en Chile la tuvo el entonces Director de la Escuela de Sociología de la Universidad Católica, Raúl Urzúa, cuando Hugo Nutini le escribió desde los Estados Unidos. En la carta le informaba sobre un proyecto de investigación que estaba programando la National Science Foundation (NSF) sobre un país sudamericano, para el que se destinaría una suma de aproximadamente seis millones de dólares. Hugo Nutini viajó a Chile y llegó el 22 de diciembre de 1964; pocos días después se entrevistó con Raúl Urzúa, en dos oportunidades, en las que le habló del Proyecto en términos generales y que iba a ser financiado por diversas fundaciones científicas. El 7 de enero de 1965, Nutini

regresó a los Estados Unidos (Declaración de Raúl Urzúa en el Informe de la Comisión Especial Investigadora, Actas del Congreso, 1965:3200).

El 22 de marzo de 1965, Nutini escribió nuevamente a Urzúa y expuso mayores detalles sobre el Proyecto; allí también le solicitó una lista de los principales investigadores sociales chilenos que podrían participar. El Director de la Escuela de Sociología respondió que no podía acceder a apoyarlo en esta empresa debido a que no se especificaban todos los detalles del proyecto; Urzúa no entendía por qué Nutini le demandaba una lista de personas y no de instituciones, y por último, temía que el financiamiento ofrecido podría distorsionar laboralmente el campo científico - académico chileno (Urzúa, E2006). Ocho días después, 30 de marzo, Nutini escribió a Álvaro Bunster, Secretario General de la Universidad de Chile, informándole que estaba gestionando un proyecto de investigación multidisciplinario en Ciencias Sociales y que muy pronto lo vería en Chile para presentárselo personalmente. Entre la vaga descripción del proyecto, Nutini mencionó en la carta que se trataba de una “investigación piloto en la cual participarían (...) especialistas de las ciencias sociales patrocinados por varias organizaciones científicas y gubernamentales de Estados Unidos; los investigadores son todos miembros de las más prestigiadas universidades de este país como Harvard, Pennsylvania, Yale, California, Columbia, Chicago, etc”. Posteriormente, Bunster reprodujo la carta de Nutini en el descargo publicado en *El Mercurio* ante las acusaciones del diario *Clarín* al secretario de la Universidad de Chile (*Con referencia al Plan Camelot*, 02/07/65).

El 9 de abril de ese mismo año, arribó a Chile Rex Hopper, Director del Proyecto Camelot, quien permaneció solamente tres días en Santiago. Durante su corta estadía, se entrevistó con Eduardo Hamuy, director del CESO de la Universidad de Chile, y le expuso en líneas generales un “proyecto de sociología política”. A los pocos días, el viernes 15 de abril, regresó a Chile Hugo Nutini y, ese mismo día, se entrevistó con Álvaro Bunster. En esta reunión Nutini le informó en términos generales del proyecto, las temáticas a tratar y los campos en los que se aplicaría -Nigeria, India y Chile-, al tiempo que se comprometió también a enviarle más material sobre el Proyecto.

El 19 de abril, Nutini regresó a la Universidad de Chile y, debido a que Álvaro Bunster no había asistido a su lugar de trabajo por estar enfermo, le dejó con su secretaria un documento de 18 páginas titulado *Plan Camelot*. El mismo día, Nutini visitó a Urzúa y le prometió documentación sobre el Proyecto para el día siguiente, hecho que cumplió efectivamente, y ambos concertaron una reunión para el 28 de abril. El 21 de abril Nutini visitó a Eduardo Hamuy acompañado por la antropóloga chilena Ximena Bunster, hermana de Álvaro Bunster y quien conocía a Nutini ya que habían compartido estudios en la Universidad de Pittsburg en los Estados Unidos. En esta ocasión, Nutini se refirió de forma general sobre el Proyecto: que sería financiado por varias fundaciones, que se invertiría una importante cantidad de dinero, y que se necesitaban aproximadamente 20 o 25 investigadores. También invitó a Hamuy a participar en el Proyecto, pero nunca hizo referencia al financiamiento del Departamento de Defensa de los Estados Unidos.

Mientras Rex Hopper pasaba fugazmente por Santiago y Nutini hacía sus contactos en las universidades chilenas, el sociólogo noruego Johan Galtung –que recién llegaba a Chile como profesor invitado en la FLACSO- hacía circular una copia del memorando pues también había sido invitado a participar del Proyecto Camelot. El 10 de abril le mostró el memo a Aldo Solari, profesor uruguayo que trabajaba en FLACSO. El 14 de abril durante un almuerzo en el restaurant *Mervilles* que se hacía todos los miércoles, Galtung lo discutió con Edmundo Fuenzalida (FLACSO), Andrés Bianchi (CIENES), Ricardo Lagos (Universidad de Chile) y Juan Planas (FLACSO). El 21 de abril, en el mismo restaurant, Galtung entregó la copia del memorándum a Ricardo Lagos y al día siguiente escribió a Hopper rechazando la invitación para participar en el Proyecto.

Para comprender el papel que jugará Galtung en todo el proceso es necesario detenerse por un momento en su itinerario desde la Universidad de Oslo hasta la FLACSO. Antes de su viaje a Chile, Galtung permaneció un tiempo en New Jersey en la Universidad de Princeton para brindar una conferencia, donde tomó por primera vez conocimiento del proyecto, el 26 de marzo de 1965.

Viajes, reuniones y contactos de Hugo Nutini en Chile

Fines de 1964	Hugo Nutini se contactó por carta desde los Estados Unidos con Raúl Urzúa, Director de la Escuela de Sociología de la Universidad Católica
22 de Diciembre, 1964	Nutini arribó a Santiago de Chile. Mantuvo dos reuniones con Raúl Urzúa.
7 de Enero, 1965	Nutini regresó a Estados Unidos.
22 de Marzo, 1965	Nuevo contacto de Nutini, por carta desde Estados Unidos, con Raúl Urzúa. Allí, brindó mayores detalles sobre el Proyecto y le solicitó una lista de los principales investigadores sociales chilenos que podrían participar.
30 de Marzo, 1965	Nutini escribió a Alvaro Bunster, Secretario General de la Universidad de Chile, informándole sobre un proyecto de investigación multidisciplinario en ciencias sociales.
14 de Abril, 1965	Nutini regresó a Chile y ese mismo día se entrevistó con Álvaro Bunster. En esta reunión Nutini le informó en términos generales y se comprometió a enviarle más material sobre el Proyecto.
19 de Abril, 1965	Nutini le dejó a la secretaria de Bunster un documento de 18 páginas titulado <i>Plan Camelot</i> . El mismo día Nutini visitó a Urzúa y le prometió documentación sobre el Proyecto para el día siguiente.
20 de Abril, 1965	Nutini entregó a Urzúa documentación sobre el Proyecto Camelot.
21 de Abril, 1965	Nutini, junto a Ximena Bunster, visitó a Eduardo Hamuy. En esta ocasión, Nutini se refirió de forma general sobre el Proyecto: que sería financiado por varias fundaciones, que se invertiría una importante cantidad de dinero, y que se necesitaban aproximadamente 20 o 25 investigadores. También invitó a Hamuy a participar en el Proyecto, pero nunca hizo referencia al financiamiento por parte del Departamento de Defensa de los Estados Unidos.
23 de Abril, 1965	Se realizó en la Universidad de Chile una reunión a la que asistieron Álvaro Bunster, Edmundo Fuenzalida, Andrés Bianchi, Hugo Nutini, Ricardo Lagos y Ximena Bunster. Allí, se le mostró a Nutini la carta enviada por Hopper a Galtung. Nutini se mostró desconcertado y aseguró desconocer el origen del financiamiento. Finalmente sostuvo que había sido engañado y que se desvincularía completamente del Proyecto. En la reunión se acordó también que ningún investigador debía participar en la empresa.
24 de Abril, 1965	Nutini visitó a Johan Galtung, en la sede de FLACSO, para hablar sobre el Proyecto
29 de Abril, 1965	Nutini visitó nuevamente a Raúl Urzúa y pospusieron el tratamiento del Proyecto para una nueva reunión, a realizarse el 3 de mayo. Es decir, que cinco días después de haber sido informado por Galtung del origen y financiamiento del Proyecto, y habiéndose visto <i>sorprendido</i> por sus características, intentó seguir reuniendo voluntades para su realización.
20 de Abril, 1965	Nutini concurrió a la oficina de Urzúa. En la fecha pactada, éste le informó que estaba al tanto del origen del Proyecto y que no participaría ningún científico de la Universidad Católica.
21 de Marzo, 1965	Nutini dejó definitivamente Chile.

Según declaró el sociólogo noruego, fue Harry Ekstein, un reconocido científico social de origen alemán, quien le informó acerca de un proyecto de

investigación a realizar en Chile - que “a primera impresión era no solamente inocente, sino también interesante” (Galtung, E2009)- pero sin declarar sobre el financiamiento y su vinculación con el sector militar norteamericano, desconocido por ambos. Fue el propio Ekstein quien recomendó a las autoridades del Camelot el nombre de Galtung ya que resultaba un perfil adecuado: sociólogo, dedicado especialmente al tema de *conflictos*, Director del Peace Research Institute de Oslo, editor del *Journal of Peace Research*, especialista en Latinoamérica, profesor en FLACSO-Chile y con excelente manejo del castellano. Allí en Princeton, los responsables del Proyecto Camelot se acercaron a Galtung para ofrecerle participar en la investigación, en un encuentro que lo reconstruye del siguiente modo: “durante un receso apareció Él. Dijo: *Usted es un experto en América Latina, un investigador del conflicto que habla español*, me aduló mientras bebíamos unos tragos. *Nosotros tenemos un proyecto para la cual usted es la persona adecuada: la relación entre conflicto y desarrollo en los países en vías de desarrollo. ¿Podrá darnos una mano en América Latina?*” (Franco, 2007:79).

Pero un hecho fortuito advirtió a Galtung sobre los verdaderos propósitos del Camelot. Una vez en Chile, recibió la invitación a una reunión que se realizaría “en un conocido centro de convenciones ubicado en las afueras de Washington para discutir el proyecto” (Franco, 2007:79). Junto a esta invitación se encontraba un mensaje que explicitaba que la finalidad del proyecto era “explorar la manera en que el ejército de los Estados Unidos podría ayudar a las fuerzas armadas de los países amigos a poner fin a las insurrecciones” (Franco, 2007:79). Sin duda las autoridades del Camelot cometieron un error al difundir ese mensaje, “que alguna secretaria había puesto en el sobre” involuntariamente (Galtung, E2009), ya que esa información estaba sólo destinada a miembros ya comprometidos con su participación en la investigación.

Asimismo, mientras permanecía en Santiago, Galtung recibió una carta de Rex Hopper, el 8 de abril de 1965, en la que lo invitaba a participar en el Proyecto en un alto nivel de jerarquía, ocasión en la que adjuntó algunos documentos y un memorándum detallando las características del Proyecto. En los días posteriores, Galtung consultó con ciertos científicos chilenos sobre esta iniciativa, en especial con Edmundo Fuenzalida y Juan Planas, ayudante del Secretario General de FLACSO,

quienes reaccionaron contrariamente a la aplicación del Camelot. De inmediato, Galtung contestó a la carta de Rex Hopper no sólo rechazando la oferta sino también postulándose como un activo militante en contra de la iniciación del proyecto. Las objeciones que el sociólogo realizaba al Camelot radicaban en los usos de los informes que se elaborarían, la ausencia de soluciones no militares para estos conflictos y el carácter utilitario en el que aparecían las Ciencias Sociales. Tanto es así con respecto a este último aspecto, que Galtung reformuló los planteos y objetivos del Camelot en términos de “cómo puede el Ejército emplear los conocimientos de la Ciencia Social para reprimir guerras más allá de lo que ha ocurrido en Cuba o está ocurriendo en el Vietnam” (Carta de Galtung a Hopper citada en el Informe de la Comisión Investigadora, 1965:3272). En el mismo tono, Galtung cerraba la enérgica misiva con un “ni siquiera me atrevo a desearle suerte”, que negaba de manera contundente toda posibilidad de formar parte del emprendimiento “como uno de los idiotas útiles”. Desde ese momento, la decisión “fue que iba a luchar contra esto después de una noche de dudas” aunque resultó claro que “este era un proyecto que había que matar (...) no fue solamente por una lucha contra el imperialismo yanqui sino también una lucha para las ciencias sociales” (Galtung, E2009). Este intento de salvaguardar a las Ciencias Sociales latinoamericanas de una condena de la opinión pública quedó plasmado en el informe que elaboró, previo a su regreso a Oslo, y que sirvió como testimonio clave frente a la Comisión Investigadora de la Cámara de Diputados.

Consecuentemente, estas declaraciones de Galtung sirvieron para alimentar las discusiones que en torno al Camelot se dieron en el campo académico chileno y alentaron a que los agentes tomaran posiciones intransigentes frente a la aplicación del proyecto. El 23 de abril se realizó en la Universidad de Chile una reunión de carácter formal a la que asistieron Álvaro Bunster, Edmundo Fuenzalida, Andrés Bianchi, Hugo Nutini, Ricardo Lagos y Ximena Bunster. En esta reunión, Nutini habló sobre las características generales del proyecto, pero en un momento la discusión se tornó más violenta, al hacer referencia a los propósitos no declarados del Proyecto y al origen del financiamiento. En esta ocasión también se le mostró a Nutini la carta enviada por Hopper a Galtung. Allí, Nutini se mostró desconcertado sobre las características del Proyecto: parecía desconocer el verdadero origen del

financiamiento por lo que aseguró que había sido engañado y que se desvincularía completamente del Proyecto. En la reunión también se acordó que ningún investigador debía participar en la empresa. Sin embargo, al día siguiente, Nutini visitó a Galtung en la sede de FLACSO, y el 29 de abril concertó nuevamente una entrevista con Raúl Urzúa, ocasión en la que pospusieron el tratamiento del Proyecto para una nueva reunión el 3 de mayo. Es decir, seis días después de haber sido informado del origen y financiamiento del Proyecto, y a pesar de haberse mostrado tan sorprendido por sus características, Nutini intentó seguir reuniendo voluntades para su realización. Ese mismo día, por la noche, Galtung se encontró en el Restaurant *Las Brasas* con Raúl Urzúa, Eduardo Hamuy y otros. En esta oportunidad Galtung discutió con ellos las características del Camelot y le entregó una copia del memorándum a Hamuy. Durante esa semana, Galtung también se había comunicado telefónicamente con dos representantes de instituciones muy importantes del campo académico chileno –que no habían participado en las conversaciones previas entre profesores de FLACSO y la Universidad de Chile- Roger Vekemans (DESAL) y Fernando Henrique Cardoso (ILPES-CEPAL) (Urzúa, E2005).

El lunes siguiente, 3 de mayo, Nutini concurrió a la oficina de Urzúa, quien le informó que estaba al tanto del origen del Proyecto y que no participaría ningún cientista de la Universidad Católica (Urzúa, E2006). Posteriormente, Nutini viajó a Temuco pero en esa visita, según la documentación recopilada en las actas de la Comisión Investigadora, no hizo ninguna referencia al Proyecto; luego de este viaje, Hugo Nutini dejó definitivamente Chile el 21 de mayo de 1965.

Mientras tanto, Galtung continuó con su campaña contra el Proyecto en una reunión en la que se encontraban Eduardo Hamuy y Sergio Molina, Ministro de Hacienda. El 31 de mayo, Galtung le acercó a Sergio Molina el memorándum al Ministerio de Hacienda y escribió un testimonio, fechado el 15 julio, antes de partir de regreso hacia Oslo.

El itinerario de Johan Galtung

26 de Marzo, 1965	Johan Galtung había sido contratado para dictar clases en FLACSO. Era profesor de la Universidad de Oslo (Noruega). En su viaje a Chile, hizo escala por unos días en New Jersey y tomó por primera vez conocimiento del Proyecto Camelot, por medio de Harry Ekstein, quien le informó acerca de un proyecto de investigación a realizarse en Chile, sin mencionar sobre su financiamiento y su vinculación con el sector militar norteamericano.
4 de Abril, 1965	Johan Galtung arribó a Chile.
8 de Abril, 1965	Galtung recibió una carta de Rex Hopper, en la que lo invitó a participar en el. Le adjuntó algunos documentos y un memorando detallando las características del Proyecto. En los días posteriores, Galtung consultó con ciertos científicos chilenos sobre el proyecto, en especial con Edmundo Fuenzalida y Juan Planas, ayudante del Secretario General de FLACSO, quienes reaccionaron contrariamente a la aplicación del Proyecto.
10 de Abril, 1965	Galtung, mostró el documento del Camelot a Aldo Solari, profesor uruguayo
14 de Abril, 1965	Durante un almuerzo en el restaurant <i>Mervilles</i> , Galtung mostró el memorando del Proyecto a Edmundo Fuenzalida (FLACSO), a Andrés Bianchi (CIENES), Ricardo Lagos (Universidad de Chile) y Juan Planas (FLACSO).
22 de Abril, 1965	Galtung escribió a Hopper rechazando la invitación para participar en el Proyecto.
24 de Abril, 1965	Nutini visitó a Galtung, en la sede de FLACSO, para hablar sobre el Proyecto.
29 de Abril, 1965	Por la noche, Galtung, se encontró en el Restaurant <i>Las Brasas</i> con Raúl Urzúa, Eduardo Hamuy y otros. En esta ocasión Galtung les comunicó las características del Camelot y le entregó una copia del memorando a Hamuy.
Entre el 24 y 30 de Abril, 1965	Galtung dialogó telefónicamente con Roger Veckemans, Raúl Urzúa y Fernando Henríque Cardoso sobre las características del Proyecto. Alertaba así, al director de DESAL, al referente del ILPES y al director de la Escuela de Sociología de la Universidad Católica.

Ahora bien, si repasamos los hechos descriptos, veremos que por lo menos desde el 22 de abril, un nutrido y prestigioso grupo de sociólogos e investigadores sociales estaban en conocimiento del Plan. Sin embargo, ni realizaron la denuncia correspondiente, ni dieron a conocer públicamente el documento. Resulta importante analizar esta actitud, sin perder de vista las circunstancias en las que se encontraba inmerso el campo de las Ciencias Sociales en general. Según los testimonios que hemos recabado, una denuncia pública, o la publicidad de este documento de investigación, podía significar algunas de las siguientes posibilidades:

1. que de forma directa o indirecta se desprestigie ante la opinión pública a las ciencias sociales, lo que acarrearía consecuencias nefastas en un campo que estaba en pleno proceso de consagración.

2. que la denuncia genere la intervención del campo político, y que como resultado se pierda relativamente la autonomía que estaba logrando.

3. que de forma indirecta afecte al financiamiento externo de las ciencias sociales, provocando un retraimiento de éste, en un momento en el que las agencias externas estaban especialmente interesadas en el campo científico chileno (Vekemans, E2006; Urzúa, E2006).

Es decir, si bien no existió una denuncia generalizada que diera a conocer a la opinión pública las características del Proyecto Camelot, también es preciso decir que para algunos actores clave de este proceso les resultaba más viable una denuncia por otros caminos. Por ejemplo, para Galtung “como funcionario de UNESCO, en un cierto sentido fue más fácil para mí hacer que lleguen los documentos a la mesa del presidente que salir públicamente” (Galtung, E2009), mientras que para Urzúa “fue mucho más fácil encontrar un camino” ya que compartía “la misma orientación política” y un vínculo anterior con Eduardo Frei Montalva (Galtung, E2009).

Pero esta especie de ocultamiento del Proyecto Camelot se rompió con la conferencia que Eduardo Hamuy brindó, el 27 de mayo de 1965 en la Facultad de Economía, y que significó la primera aparición pública. El 9 de junio, Hamuy ofreció una segunda conferencia, en esta oportunidad en el CESO, y entregó a los participantes copias del memorandum enviado por Rex Hopper a Galtung. Si bien a estas conferencias asistieron “cerca de 140 estudiantes universitarios” (*Última Hora*, 18/06/65) el Proyecto Camelot tuvo mayor difusión pública de la mano del diario comunista *El Siglo*, cuando su director Jorge Inzunza Becker accedió al manuscrito completo del Proyecto de manos de Urzúa y convocó “a los tres fotógrafos del diario y en tres horas se fotografió todo el documento” (Inzunza Becker, E2008). La mañana siguiente, 12 de junio de 1965, la portada de *El Siglo* tituló *Yanquis estudian invasión a Chile*. El impacto resultó tan estremecedor que el resto de la prensa de izquierda se abocó casi con exclusividad al Camelot.

3.3. El detonante mediático: el Camelot en la prensa chilena.

Debido a la estructura del mercado comunicacional chileno existente a mediados de la década del sesenta, resultaba difícil que las acusaciones publicadas en un periódico ligado al Partido Comunista encontraran eco en el resto de la prensa. Sin embargo, pese a los tres grandes grupos empresarios que dominaban el mercado periodístico, los pequeños diarios de la izquierda chilena *El Siglo*, *Última Hora* y *Clarín* (si bien éste último con algunas vinculaciones con la Democracia Cristiana) lograron instalar al Camelot como tópico importante en la opinión pública y sostenerlo desde junio hasta diciembre de 1965, fecha en que la Comisión Investigadora de la Cámara de Diputados difundió su Informe Final.

Los grandes grupos comunicacionales resultaban, para Armand Mattelart, una continuidad de otras estructuras concentradas ya que, exceptuando los canales de televisión pertenecientes a las universidades, la “red monopolística de los medios informativos se calca sobre la red monopolística de la banca, del comercio, de la agricultura, de la industria y de la minería” (Mattelart, 1970:40). En el año de explosión del Camelot, las actividades económicas estaban concentradas en diez grupos financieros –sólo uno de ellos no estaba articulado directamente con la banca que controlaban el 34.3% del total de las sociedades anónimas en Chile y cerca del 80% del capital social de estas sociedades anónimas (Mattelart, 1970). Esta concentración oligopólica no sólo se trasladaba al mercado comunicacional, sino que otorgaba cohesión a las estructuras hegemónicas.

Si bien los inventarios de grupos comunicacionales realizados por Mattelart (1970) y Carlos Altamirano (1966) muestran algunas diferencias³⁹, lo cierto es que coinciden en advertir la concentración de los medios.

³⁹ Mientras Carlos Altamirano en *Proceso a la prensa* (Revista Arauco, N°83 – Año VII – Diciembre de 1966) focaliza en los tres grandes grupos –Edwards, SOPESUR y COPESA- Armand Mattelart en *Los medios de comunicación de masas. La ideología de la prensa liberal en Chile* (Cuadernos de la Realidad Nacional, N°3, Marzo de 1970. CEREN, Universidad Católica de Chile) advierte la existencia de diez grupos empresarios, aunque con grandes diferencias entre ellos.

Estos grandes grupos eran, hacia mediados de la década del sesenta, en primer lugar el perteneciente a Agustín Edwards, con el diario de mayor circulación - *El Mercurio* con 100.000 ejemplares diarios- más otros siete diarios provinciales que sumaban un total de 237.000 ejemplares; en segundo término el Grupo SOPESUR con una tirada de 40.000 periódicos y, en tercer lugar, el Consorcio Periodístico de Chile (Grupo COPESA) propietario del diario capitalino *La Tercera* con un volumen de 75.000 diarios. Es decir, la totalidad de diarios ligados a la derecha chilena o a la socialdemocracia gobernante alcanzaba, según el informe de Altamirano elaborado para el Partido Socialista de Chile, a los 531.300 ejemplares, frente a los 55.000 pertenecientes a la izquierda (30.000 ejemplares correspondientes a *Ultima Hora* y 25.000 a *El Siglo*).

En el caso particular del Camelot, los diarios de empresa le dieron un tratamiento mucho más discreto al asunto, sin hacer referencias ni al *imperialismo norteamericano* ni al *espionaje internacional*. El más importante de ellos, *El Mercurio*, sólo trató el tema en cinco oportunidades en el lapso de dos meses; en la primera de ellas se limitó a informar la preocupación del Gobierno “de un supuesto plan de origen extranjero, del cual han informado algunos órganos de prensa”, reproduciendo el comunicado del Ministro del Interior, Bernardo Leighton, con el inicio de una investigación oficial (19/06/65, pág.25). Posteriormente, Álvaro Bunster eligió *El Mercurio* para publicar su carta de descargo en la que acusaba “un ataque pertinaz e inmisericorde” por parte de *Clarín*, el que aparecía “en contubernio con un agente norteamericano de espionaje” (*Con referencia al Plan Camelot, El Mercurio*, 02/07/65). En la misma publicación, Bunster reprodujo la carta enviada por Nutini en marzo anterior y el memorando del Proyecto Camelot, al tiempo que reconstruyó la reunión en la Universidad de Chile en la que los científicos sociales chilenos acordaron no participar del emprendimiento. Por último, el principal diario chileno dio cuenta de la creación de la Comisión Especial Investigadora de la Cámara de Diputados y, de manera escueta, el desarrollo de la investigación en la *Sección Parlamento* (mínimas referencias en las ediciones de correspondientes al 4, 9 y 11 de julio de 1965).

El espacio donde el Camelot se convirtió en un tópico importante fue en su lugar de explosión, esto es, la prensa de ideas, ya que la denuncia pública del proyecto se convirtió en noticia principal durante el período junio-agosto y diciembre. La construcción de esta noticia respondió a una lógica de intereses propia del campo periodístico, basada en el impacto informativo y la denuncia política, e incluso se arrogó un papel protagónico, tal como tituló el diario *Ultima Hora: Victoria de la prensa popular en cancelación del Plan Camelot* (*Ultima Hora*, 10/07/65). A partir de la primera aparición mediática, el proyecto pronto adquirió forma de *espionaje* norteamericano y las explicaciones conspirativas se acrecentaron con el reemplazo de la palabra *Proyecto* por la palabra *Plan Camelot*. Así, se sucedieron las denuncias: *Chile incluido en siniestro proyecto yanqui de invasión* (*El Siglo*, 12/06/65), *Atropello yanqui a la Soberanía Nacional* (*Ultima Hora*, 24/06/65), o *Yanquis espían en nuestro Ejército para intentar ponerlo a su favor* (*El Siglo*, 16/06/65).

El tratamiento del Proyecto Camelot tanto en *El Siglo* como en *Ultima Hora*, giró en torno a algunos ejes identificables: uno de ellos consistía en la idea de *espionaje* que rodeaba al asunto. *Comprobado espionaje yanqui en Chile*, portada del 14 de junio en *Ultima Hora*, *Toda una red de espionaje mantienen yanquis en Chile* (*El Siglo* 14/06/65) o *La investigación confirmó clara acción de espionaje* (*Ultima Hora*, 17/12/65) respondían a esta línea. Un segundo eje daba cuenta de la intromisión extranjera a la soberanía nacional que se daba con este Plan: *En defensa de sus intereses, USA atropella autodeterminación* (*Última Hora*, 17/12/65), *Servicios de Seguridad de las FFAA alertos ante el Camelot* (*Última Hora*, 28/06/65) o *Plan Camelot demostró intervención de USA en intimidades chilenas* (*Última Hora*, 17/12/65).

Un tercer eje se estableció para vincular este acontecimiento en el marco de una larga lista de hechos similares, derivados del carácter imperial de Estados Unidos; entre ellos se mencionó que *El Ejército de USA toma el papel de súper-policía* (*Ultima Hora*, 04/07/65), y *EEUU extiende su red de seguridad a América Latina y Sensacional documento secreto de la Cancillería brasileña. Conspiración yanqui – brasileña para imponer fuerza Interamericana* (*El Siglo*).

Las noticias de esta primera etapa develaban progresivamente los intentos de Nutini en las diferentes reuniones que mantuvo con los científicos sociales chilenos e incluían especulaciones sobre las proyecciones del Proyecto, los actores participantes y las vinculaciones con investigaciones similares.

La segunda etapa del tratamiento de la noticia, diciembre de 1965, se concentró en el análisis del Informe Final de la Comisión Investigadora, en la que se concluyó que “el Plan Camelot es real intento de espionaje yanqui en Chile. Las conclusiones de la Comisión Especial de la Cámara condenan abiertamente la intervención norteamericana a través de encuestas pseudocientíficas” (*El Siglo*, 09/12/65).

Por su parte, el diario *Clarín* centró su discurso en atacar de modo particular a uno de los actores involucrados, el Secretario de la Universidad de Chile, Álvaro Bunster. En la primera referencia al tema tituló *Bunster corrió con colores propios para ayudar a Nutini, el malulo del Proyecto Camelot* (*Clarín*, 25/06/65), para luego sostener el enfrentamiento con *Bunster, el Secretario de la “U”, presentó a un espía y Bunster, Secretario de la Universidad, dio la entrada a Nutini, el espía del Plan Camelot* (*Clarín*, 28/06/65). Más tarde, *Clarín* incluyó en su denuncia al Secretario General de la OEA -el uruguayo José Mora (1959-1968)- quien, según el periódico, ofició de contacto entre las partes durante la asunción a la presidencia de Eduardo Frei Montalva en setiembre de 1964. Bajo el título *¡El Secretario de la OEA presentó en Chile al espía yanqui Nutini! ¿Qué hace todavía su “protector” en la Universidad de Chile?*, mencionaba que el funcionario internacional, “profundamente ligado a los intereses de USA, fue portador clandestino de una importante documentación orientada a ambientar las actuaciones que el espía Nutini desarrollaría en nuestro país en los meses venideros” (*Clarín*, 05/07/65). Pero el blanco de las acusaciones de *Clarín* estaba centrado en Bunster y, por extensión, a su hermana Ximena, quien fue denunciada por el diario por presentar “a Nutini a una reunión de profesores en la escuela de Psicología” (...) para que el espía yanqui fuera incorporado como socio correspondiente de la Sociedad Chilena de Antropología de donde es directora”; una vez aceptado como miembro, Nutini “concurrió a esta institución y, según se expresa en el Boletín N°2 que editó en abril de 1965, asistió a

la formación del *Comité de la cultura araucana*. Está claro que lo anterior constituía una pantalla que cubriría los repudiables propósitos de realizar un examen de la realidad social chilena destinada a los organismos de penetración imperialista” (*Clarín*, 28/06/65). Si bien *Clarín* participó del conjunto de publicaciones que atendieron de manera sostenida el desarrollo del escándalo del Camelot, lo hizo desde una perspectiva particular centrada en una agresión directa al Secretario de la Universidad de Chile (*Todo por culpa de hermanos Bunster*, 29/06/65) en la que no tuvo reparos en publicar aspectos de la vida privada de los involucrados.

Frente a este escándalo mediático, el campo político debió involucrarse y en consecuencia reaccionó desde varios frentes: por un lado, dio lugar al pedido de la Comisión de Relaciones Exteriores de la Cámara de Diputados para la conformación de una Comisión Especial Investigadora para “estudiar las proyecciones en Chile del denominado Plan Camelot, así como también cualquier otra actividad de organismos foráneos” (Actas de la Cámara de Diputados. Sesión 17ª, 07/07/65:1916)⁴⁰.

Por otro lado, las miradas se dirigieron hacia Washington y su representante en Chile, el embajador norteamericano Ralph Dungan, quien rápidamente declaró a la prensa chilena desconocer por completo el asunto. El 14 de junio de 1965, en el telegrama dirigido desde la embajada norteamericana en Chile al Departamento de Estado⁴¹, Dungan expresó su desconcierto y advirtió que “sería seriamente perjudicial a los intereses estadounidenses en Chile” y solicitó “una explicación completa de las acciones del *Army Department* en este asunto”⁴². El propio Departamento de Estado envió una carta dirigida al Secretario de la Armada en la que mostraba su preocupación por la falta de recaudos tomados en un emprendimiento como éste y, además, mencionaba informes previos sobre “la

⁴⁰ Finalmente la Comisión quedó conformada por los diputados Andrés Alwyn (Presidente), Osvaldo Basso, Sergio Fernández, Osvaldo Giannini, Patricio Hurtado, Alberto Jerez, Mará Maluenda Campos, Juan Martínez, Jorge Montes, Eduardo Osorio, Julio Silva, Vicente Sota y Hugo Zepeda Coll (Actas de la Cámara de Diputados. Sesión 33ª, 16/12/65:3129).

⁴¹ Documento 279 National Archives and Records Administration, RG 59, Central Files 1964-1966, DEF 11, US. Confidential, disponible en <http://history.state.gov/historicaldocuments>

⁴² Documento 280. National Archives and Records Administration, RG 59, Central Files 1964-1966, DEF 11, US. Confidential, disponible en <http://history.state.gov/historicaldocuments>

impresión desfavorable que el Camelot pudiera tener en académicos latinoamericanos, hecho de considerable importancia política"⁴³. Estas disputas entre los departamentos de Defensa y de Estado, finalmente llegaron al despacho del presidente Johnson. En una comunicación telefónica, el Presidente Lyndon Johnson le solicitó a Thomas Mann –titular del *Under Secretary of State for Economic, Business and Agricultural Affairs*, pero que recientemente había ocupado el cargo de *Assistant Secretary of State for Inter-American Affairs*, ambos dentro del Departamento de Estado- un memorandum ante la proximidad de una investigación por parte del *Senate Foreign Relations Committee*. En la mencionada comunicación telefónica, Johnson expresó: “Quiero un informe completo de Usted con su mejor juicio, en algún momento antes de que termine el día, sobre este Proyecto Camelot y Ralph Dungan y lo que él hizo al respecto y quién sacó este asunto ...el Ejército y el Departamento de Estado están peleando sobre esto (...) No sé por qué la aparición de Dungan en el periódico y por qué se está publicando, y cuál es la historia, y me entrega un memo así puedo entenderlo”⁴⁴. Luego de solicitarle un informe al secretario Dean Rusk en el que dio cuenta del fallido proyecto, instruyó para que "estableciera los procedimientos eficaces que le permitirán asegurar la propiedad de las investigaciones en ciencias sociales en el área de política exterior patrocinada por el gobierno”⁴⁵. Finalmente, al Departamento de Estado llegó una queja formal del Embajador chileno en Estados Unidos, Radomiro Tomic -luego de permanentes consultas al Ministerio de Relaciones Exteriores⁴⁶- esgrimiendo “las razones

⁴³ Carta de Llewellyn Thompson a Stephen Ailes, el 19 de junio, incorporado al Telegrama 1920 desde Santiago, en Documento 279.

⁴⁴ Johnson Library, Recordings and Transcripts, Grabación de la conversación telefónica entre el Presidente Johnson y Thomas Mann, 30 de Junio de 1965, 12:57 p.m., Tape F65, Side A, PNO 1, disponible en <http://history.state.gov/historicaldocuments>

⁴⁵ Carta del Presidente a Rusk, 2 de agosto; Papeles Públicos de los Presidentes de los Estados Unidos: Lyndon B. Johnson, 1965, Reserva II, p.832.

⁴⁶ En los cables 272 (28/06/65), 276 (29/06/65), 318 (21/07/65) y los oficios 261 y 264 (ambos del 30/06/65), el Embajador Tomic solicita al Canciller chileno Gabriel Valdéz, instrucciones sobre la posición del gobierno chileno ante el Proyecto Camelot, a partir de las consultas de periodistas y políticos norteamericanos (Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile).

aducidas por nuestro gobierno para rechazar enérgica y categóricamente el Proyecto Camelot”⁴⁷.

Por supuesto que la prensa norteamericana también se hizo eco de las repercusiones del Camelot. Para Walter Pincus, redactor político del *Washington Evening Star* –primer medio estadounidense en mencionar el Camelot-, el asunto mostraba claramente el conflicto entre los departamentos de Defensa y de Estado (Nisbet, 1966). Posteriormente, el *Sunday Star* se ocupó en la edición del domingo 27 de junio sobre “la airada protesta de embajador Dungan ante el Gobierno Americano” (sic), según informa Radomiro Tomic en el cable N°272, en un extenso artículo titulado *Conflicto entre el Ejército y el Departamento de Estado puesto en descubierto por el incidente en Chile*. Más tarde, el *Washington Post* y el *Diario Las Américas*, editado en castellano, también comenzaron a tratar el tema.

El Congreso de los Estados Unidos también comenzó a ocuparse del Camelot. A partir de la protesta del embajador Dungan y el pedido de información sobre el asunto del propio Presidente Johnson, el Comité de Relaciones Exteriores del Senado, por medio del Subcomité de Movimientos y Organizaciones Internacionales, inició un proceso de investigación en el que debieron declarar los responsables del SORO, académicos, miembros de los Departamentos de Defensa de Estado y del Ejército⁴⁸. Pero, desde la postura de Robert Nisbet, resultó mucho más valioso el Informe Final de la Cámara de Diputados de la Nación de Chile –ya que daba cuenta de los destalles de la estructura organizativa, fines, objetivos, contactos con los académicos chilenos- que el Reporte del Subcomité que “protegió la identidad de los científicos del Camelot y la naturaleza de todos los detalles del proyecto- de un modo que probablemente no se hubiera permitido si Camelot involucraba figuras de los negocios o del gobierno antes que académicos” (Nisbet, 1966:49).

⁴⁷ Radomiro Tomic, en Oficio Confidencial N°704/35, Embajada de Chile, Washington D-C. 30 de Julio de 1965, en Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile.

⁴⁸ Como resultado de esta discusión, el Congreso de Estados Unidos (Comité de Asuntos Exteriores, Subcomité de de Movimientos y Organizaciones Internacionales) editó un reporte titulado *Behaviorial Scienes and National Security*, como parte del *Report on winning the Cold War: the U.S. ideological offensive*, N° 4, 89th Congress, 1st session. House Report, no. 1224.

Aunque lejos del apasionamiento de los debates en el Congreso chileno, la discusión sobre el Camelot en Estados Unidos tuvo momentos de rispidez e, incluso, de inocultable sinceridad en las respuestas; ante la pregunta del congresista Edward Roybal –primer congresista de origen hispano en la Cámara de Representantes- sobre si el sólo hecho de que el Ejército liderara el proyecto no era causante de problemas en varios países, el General Dick, representante de la Armada ante el Subcomité, declaró que cuando “soldados americanos entran en un área extranjera, es útil para ellos saber de las costumbres y también los posibles conflictos internos de aquella área” (Nisbet, 1966:49). Asimismo, luego de la declaración del Director del SORO, Theodore Vallance, el congresista Fraser advirtió una lógica en la relación que establece Estados Unidos con el resto del mundo que “si yo no fuera americano, lo encontraría quizás sumamente ofensiva, pero se sugiere que de algún modo somos los encargados de averiguar las dinámicas que funcionan en estos países para beneficio de nuestro *Militar Establishment*. Si yo fuera un latinoamericano, yo no encontraría esto un arreglo particularmente feliz” (Nisbet, 1966: 55).

Pero nuestro punto de interés, más allá de lo sucedido en el campo político estadounidense, es el impacto que el Camelot generó en Chile y propició la intervención del sector político. Al igual que en la prensa de izquierda, durante el debate suscitado en la presentación del Informe Final de la Comisión Investigadora, en diciembre de 1965, el Proyecto Camelot fue asociado a numerosos acontecimientos. Es decir, por una parte, fue funcional a una crítica generalizada al imperialismo norteamericano mientras que, por otra parte, fue asociado a diversos proyectos de investigación social que estaban siendo desarrollados al momento del estallido del escándalo y que, inevitablemente, cayeron en sospecha. En cuanto al primer tipo de reacción, el Camelot fue puesto en una línea de continuidad que se trazó desde la invasión de tropas norteamericanas a la República Dominicana, en abril de 1965, y la Doctrina Johnson de intervencionismo militar. Así quedó manifiesto en el Informe Final de la Comisión al establecer que el Proyecto Camelot, “bajo el auspicio y control del Pentágono, con el objeto de determinar el grado de insurgencia existente en Chile, a fin de poder, en forma eventual, intervenir militarmente en nuestro país, cuando, a juicio de esa potencia extranjera, lo haga

necesario ese estado de insurgencia” (Actas de la Cámara de Diputados. Sesión 33ª, 16/12/65:3353), y lo convierte en un acto violatorio del Derecho Interamericano, contemplado en los artículos 5º y 15º de la Carta de la Organización de los Estados Americanos, consagrados a la soberanía e independencia de dichos estados.

Lo propio realizó el Partido Comunista de Chile, que resaltó algunos puntos salientes de su programa partidario (aprobado en el X Congreso de abril de 1956) para establecer su oposición a la “dominación norteamericana total y multifacética” (Riquelme y Daire, 1986:30) de la cual Camelot era un claro ejemplo. Aprovechó al mismo tiempo para reflotar las críticas a la injerencia norteamericana en Chile, desde la presencia en sectores clave como los servicios o la explotación del cobre hasta las presiones para prohibir la actividad política del partido mientras estuvo en vigencia la denominada *Ley Maldita*.

En el mismo sentido, el Partido Socialista en el XXI Congreso General Ordinario de junio de 1965, condenó abiertamente “la nueva política intervencionista de los Estados Unidos en nuestro continente, conocida como la doctrina Johnson”, al tiempo que repudió a la Organización de los Estados Americanos (OEA) por ser “instrumento destinado a servir los intereses imperialistas” (Jobet, 1965:121).

En ambos casos, las declaraciones giraron en torno al imperialismo norteamericano y su costado militar: la lucha contra el castrismo y la invasión en Bahía de Cochinos en Abril de 1961; el creciente intervencionismo con el paradigmático caso de la invasión a Santo Domingo; el apoyo norteamericano al golpe de estado de Abril de 1964 en Brasil, donde se depuso al gobierno democrático de Joao Goulart y dio comienzo a una dictadura militar de 21 años; el aval de Washington para desarrollar una corriente *gorilista* (golpista) en el resto de Sudamérica, especialmente en Argentina con su apoyo al General Onganía; las suscripciones del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR) en 1947 y el Pacto de Ayuda Militar (PAM) en 1952; y la intensificación del “entrenamiento militar contrainsurgente (...) y entrenamiento de carabineros en contrainsurgencia urbana” (Muñoz y Portales, 1987:63) gracias a los fondos de asistencia que alcanzan

su punto cúlmine durante la presidencia Johnson⁴⁹ en el marco del desarrollo de las denominadas Doctrinas de la Seguridad Nacional.

Ligada también a este financiamiento de actividades, el propio Senado norteamericano elaboró un informe sobre las operaciones gubernamentales en el exterior. *Cover Action in Chile 1963-1973*⁵⁰, demostró el apoyo estadounidense al régimen reformista de Eduardo Frei Montalva, frente a la posibilidad de un éxito de la izquierda chilena en las elecciones presidenciales de 1964. De este modo, la ayuda norteamericana tuvo dos vías: una “fue el apoyo financiero directo a la campaña de la Democracia Cristiana. La CIA proporcionó más de la mitad del costo total de la campaña”. Mientras la segunda vía consistió en que “la CIA montó una campaña masiva de propaganda anti comunista” (US Senate, *Cover action in Chile 1963-1973*, 1975:14).

Un segundo tipo de reacción frente al Camelot fue de corte más bien chauvinista. Consistió en poner bajo un manto de sospecha cualquier presencia extranjera ya sea perteneciente a organizaciones religiosas, sociales o con objetivos científicos. De este modo, tanto la Congregación Religiosa Maryknoll como los *Cuerpos de Paz*, ambos integrados fundamentalmente por norteamericanos, alcanzaron a ser mencionados durante el debate parlamentario.

Pero los reparos más fuertes recayeron en las investigaciones sociológicas: en las sesiones de Diputados se condenó la realización de encuestas en la Academia de Guerra de Chile por parte del sociólogo estadounidense Roy Hansen, las encuestas que Dale Johnson -quien rápidamente intentó desligarse del Camelot y se mostró ante la prensa contrario a la política exterior estadounidense- llevó adelante junto a Eduardo Hamuy a través del CESO de la Universidad de Chile y las encuestas

⁴⁹ Al respecto véanse los cuadros estadísticos de los aportes financieros agrupados según las presidencias en Muñoz y Portales, 1987.

⁵⁰ El *Informe Cover Action in Chile 1963-1973* (1975), también conocido como *Informe Church* - comisión presidida por el Senador por Idaho Franck Church-, fue el resultado de una investigación sobre las operaciones encubiertas estadounidenses en Chile en este período. Basado en los archivos de la CIA, de los Departamentos de Estado y Defensa y del Nacional Security Council, así como también en testimonios de oficiales a cargo, este informe pudo demostrar parcialmente las intervenciones norteamericanas en los asuntos políticos internos chilenos, su participación en las campañas presidenciales de 1964 y 1970 y, finalmente, en el golpe de Estado que derrocó a Salvador Allende.

realizadas por Elliot Marcus a estudiantes chilenos sobre la Guerra Fría y las relaciones entre EEUU y Chile.

Las críticas y sospechas hacia la sociología y sus técnicas, particularmente las encuestas, generó preocupación entre los científicos sociales, tal como temía Galtung que resultasen afectadas. Roger Vekemans, que quedó involucrado en el affaire Camelot por sus vinculaciones con las organizaciones religiosas estadounidenses, en su declaración ante la Comisión Investigadora manifestó su preocupación de “que quede una hipoteca sobre las ciencias sociales y, más específicamente, en el caso concreto en que estamos, sobre la investigación social” (Actas de la Cámara de Diputados. Sesión 17ª, 16/12/65:3153). Al mismo tiempo, Clodomiro Almeyda, sociólogo e importante dirigente socialista, intentó resguardar a las técnicas cuando postuló que el rechazo generalizado al Plan Camelot “está ocasionando una víctima inocente: la propia técnica de la investigación social y, particularmente, las encuestas (*Última Hora*, 17/07/65: 2). Es decir, si bien surgió una respuesta desde la academia en defensa de la Sociología, el Camelot no dejó indemne al hacer científico latinoamericano.

3.4. El impacto del mito del “Plan Camelot” el campo académico latinoamericano

Sin dudas, el campo científico latinoamericano sufrió las mayores consecuencias del impacto del Camelot. Principalmente porque se encontraba en un proceso de institucionalización y de consolidación en el que el financiamiento externo cumplía un papel fundamental en este asunto. Sumado a esto, porque el emprendimiento no era el único de estas características sino que existían otros proyectos que se iban a poner en funcionamiento que, bajo particularidades diferentes, tenía en común a las ciencias sociales como productoras de datos y resultados con innegables objetivos políticos. Para la región latinoamericana habían sido ideados varios proyectos, entre ellos el Proyecto Simpático (Colombia), el Colonia (Perú), el Numismático (varios países) y el Reasentamiento (Perú); como así

también se diseñaron para países o regiones consideradas “vulnerables” por los Estados Unidos, como es el caso del Proyecto Revuelta (Canadá), formulado para investigar a los grupos separatistas de Québec (Horowitz, 1974:16). En este escenario, la explosión del Camelot perturbó de manera considerable las condiciones de producción científica de los países latinoamericanos y reformuló las líneas de debates en las que estaban sumidos.

Para comprender los perfiles argumentativos de los debates que se desarrollaban en el campo de la época, tomaremos un conjunto de textos publicados en revistas especializadas en ciencias sociales que nos brindarán un panorama general del modelo. Un texto paradigmático para esta labor, imposible de obviar, es el de Johan Galtung (1965) que, por la participación que tuvo en la desactivación científica del Camelot como también por sus experiencias en el campo científico latinoamericano, viene a bien tomar como muestrario de lo que se debatía en momentos previos al Proyecto. Para este cientista, “la sociología de la sociología” debe aportar elementos para desarrollar esta disciplina “como ciencia”. En líneas generales el artículo nos revela que el financiamiento externo no implicaba un problema considerable para la producción científica, sino que por el contrario era un incentivo que contribuía a su desarrollo. En el apartado donde trata “el intelectual en su contexto social” no menciona condicionamientos financieros de estos, y conduce su mirada a complicaciones internas del campo tales como la permeabilidad de teorías y modelos circulantes, las relaciones entre docentes y estudiantes y las posiciones de los intelectuales en la sociedad. También se debatía sobre teorías científicas, contextos de producción, etc. Los factores financieros si bien eran un tema importante para los sociólogos, y en especial para aquellas instituciones que dependían en gran medida de ellos, tenían más relevancia en la discusión los *factores socioculturales*.

Otro texto, que nos muestra un escenario mucho más vasto y heterogéneo, es el de Jorge Graciarena (1965), del Departamento de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Si bien la temática es *la sociología en América Latina*, todo el análisis versa sobre “la cooperación internacional y el desarrollo” de la sociología. En primer lugar distingue dos formas de cooperación: “(a) lo que tiene que ver con los diversos organismos públicos supranacionales (Naciones Unidas, UNESCO, OEA, etc.)” a la

que denomina “cooperación pública” y, “(b) la que de manera directa se realiza a través de los subsidios de las fundaciones principalmente norteamericanas, sea mediante el apoyo financiero a instituciones públicas o privadas latinoamericanas o bien a través de fondos proporcionados especialmente para investigaciones realizadas en el área”, lo que menciona como “cooperación privada” (Graciarena, 1965:231).

En líneas generales, Graciarena hace referencia a las pautas que debería revestir el financiamiento de las ciencias sociales en América Latina, entre las que menciona la contextualidad de las disciplinas que son asistidas financieramente, las teorías desde las que se intenta encuadrar los estudios, etc. Pero también argumenta de forma crítica sobre algunas modalidades que habían tomado las investigaciones en ciencias sociales que recibían financiamiento privado. Entre estas observaba: 1-El predominio de estudios comparativos; 2-la incongruencia de prioridades y objetivos entre las agencias externas y los campos científicos nacionales; 3-los antagonismos teórico-metodológicos entre los países centrales y los periféricos; 4-los endeble canales de comunicación entre los directores de los proyectos residentes en los centros académicos y los investigadores y recolectores de datos en la periferia científica y, 5-la subordinación laboral de los investigadores nacionales a los de los países centrales. En caso de no lograr la neutralización de estas modalidades científicas, los países que necesitan de la asistencia financiera para desarrollar sus disciplinas científicas perpetuarían en el campo académico la lógica de la división internacional del trabajo que los convertiría en simples “exportadores de datos sociológicos que se industrializan fuera de la región” (Graciarena, 1965:238)

La producción de este texto estaba casi finalizada cuando se produjo la explosión del escándalo Camelot. Esto condujo a Graciarena a agregar una nota al pie de página con las características del Proyecto, pero se entiende que el texto estaba completamente redactado cuando obtuvo estos documentos, por lo que se desprende que la crítica a estas formas de dependencia científica no fueron profundamente tratadas, sino que esbozó una crítica muy sutil del Proyecto. Es necesario destacar que en la misma *Revista Latinoamericana de Sociología*, en el apartado *Informaciones*, se haya publicado una carta su Director, Eliseo Verón, en la que un grupo de intelectuales adoptan una posición de “estupor” frente al Camelot, al

que entienden como una “injerencia en los asuntos internos de las naciones latinoamericanas” firmada por Darío Cantón, Oscar Cornblit, Torcuato Di Tella, Jorge Graciarena, Silvia Sigal y el propio Eliseo Verón, entre otros.

En Argentina, donde la llamada Universidad Reformista, posterior a 1955, había logrado integrar en un mismo proyecto de modernización tanto a las autoridades universitarias como a los estudiantes, la problemática sobre el financiamiento externo generó tensiones y divisiones entre claustros. Si bien el Proyecto Camelot exacerbó “las sospechas acerca de la relación entre esos fondos y los servicios secretos americanos”, los orígenes de estos debates sobre subsidios a las ciencias pueden rastrearse durante la presidencia de Arturo Frondizi, cuando en 1959 firmó en Estados Unidos un acuerdo de asistencia técnica que permitía la creación de la CAFADE (Comisión Nacional de Administración del Fondo de Apoyo al Desarrollo Económico), para organizar la ayuda norteamericana para la ciencia y la educación superior (Sigal, 2002:82). Del mismo modo, fueron fuertemente criticados los subsidios otorgados por la Fundación Ford, en 1960, al Departamento de Sociología de la Universidad de Buenos Aires, por 210.000 dólares y el de la Fundación Rockefeller, por 35.000 dólares, al proyecto del Instituto de Historia Social de José Luis Romero y Gino Germani (Sigal, 2002:83).

Esta discusión respecto al financiamiento externo a las Ciencias Sociales latinoamericanas, ya estaba presente antes de la explosión del Camelot. A partir del escándalo y las sospechas sobre el sostén económico externo a las Ciencias Sociales como de la utilización de éstas como instrumento de espionaje o imperialismo cultural (principalmente por parte de Estados Unidos), se construye un mito de dependencia directa de la investigación científica promovida desde Estados Unidos y acerca de sus “usos” imperialistas. Estas representaciones negativas de ambos aspectos (financiamiento y utilidad de las ciencias) se extendieron a cualquier tipo de apoyo externo en el financiamiento de proyectos científicos.

Finalmente, vale la pena cerrar este trabajo con una reflexión sobre los efectos que el *Plan Camelot* desbordó sobre otras investigaciones. Nos referimos a la suspensión del Proyecto Marginalidad debido al origen de sus fondos. Iniciado en enero de 1967 en Santiago de Chile, el Proyecto Marginalidad debía desarrollarse bajo el auspicio de ILPES y DESAL, pero en junio del mismo año suspendió sus

actividades por el retiro del apoyo de esas instituciones. A un año de su inicio, en enero de 1968, reanudó su trabajo en el Centro de Investigaciones Sociales del Instituto Torcuato Di Tella en Buenos Aires. Los responsables del Proyecto, José Nun, Miguel Murmis y Juan Carlos Marín, entre otros, fueron duramente criticados ya que el origen del financiamiento provenía de un subsidio de la Fundación Ford (Nun, E2007; Marín, E2006; Murmis, E2006; Petra, 2008-2009).

Las interpretaciones que conducen a la relación directa entre el estallido del Camelot y el retraimiento del apoyo financiero externo a las Ciencias Sociales latinoamericanas deben ser tomadas, sin embargo, con cautela, incluso pese a la caída del Proyecto Marginalidad. Si bien este último no se realizó gracias a las representaciones negativas, o al *mito*, del apoyo económico externo, otros factores incidieron, como habíamos mencionado anteriormente: la situación financiera mundial que se modificó a partir de comienzos de los setenta, las condiciones políticas de la región que afectaban de sobremanera a las ciencias sociales, entre otras. Por último, es necesario mencionar que no existe una relación unívoca de autonomía – dependencia intelectual (o académica), sino que se trata de un vínculo activo entre esas dos partes, un vínculo histórico que en determinados momentos presenta mayor o menor independencia o libertad intelectual.

Consideraciones Finales

A lo largo del presente trabajo centramos la mirada en dos espacios geográficos -Chile y Estados Unidos- y un conjunto de relaciones causales –alojadas en los campos académico, político y periodístico- que confluyeron, a partir de 1964, en el proceso de gestación, estallido y discusión del Proyecto Camelot. Inicialmente establecimos el escenario internacional de la Guerra Fría y la lucha estadounidense por la hegemonía en el marco de la bipolaridad, en el cual América Latina estuvo incorporada como zona de influencia del Primer Mundo occidental y capitalista. La preocupación por esta región llevó a los Estados Unidos a desplegar numerosos mecanismos -desde intervenciones militares oficiales o extraoficiales hasta programas de cooperación para el desarrollo- para mantener el equilibrio pretendido por la superpotencia. Al mismo tiempo, al interior de EEUU, una retórica extrema acerca de la peligrosidad expansiva de Moscú -por completo alejada de las condiciones objetivas del tácito pacto de reparto de las respectivas zonas de influencia- posibilitó una movilización de recursos y capital humano que derivó en el despliegue de investigaciones -especialmente de las Ciencias Sociales- orientadas a la lucha contra la insurgencia.

En el Capítulo 1 nos dedicamos a rastrear el desarrollo de las Ciencias Sociales en América Latina, desde comienzos de la década del cincuenta, en la etapa que denominamos de *consolidación e institucionalización*. Este período se caracterizó por la disputa entre dos caminos para llevar adelante el abordaje de lo social -y de modo más evidente en una de sus disciplinas, la sociología-: por un lado, la enseñanza desde las *cátedras* como formación complementaria, ensayística y carente de investigación. Por el otro lado, los *científicos* que planteaban una renovación que acompañó el proceso de modernización de las ciencias e intentaba imponer la profesionalización, los estudios empíricos, la multiplicación de instituciones equipadas de manera adecuada y un nuevo estatus y actitud del científico ligada a la neutralidad valorativa. Este conflicto de intereses se tornó aún más manifiesto cuando las primeras generaciones de académicos con carrera de

posgrado en el exterior regresaron e intentaron ocupar nuevos espacios institucionales.

Ahora bien, este período de consolidación de las Ciencias Sociales latinoamericanas ocurrió paralelamente con su internacionalización; es decir, casi de manera simultánea, mientras nuevos espacios se creaban para albergar y desarrollar estas disciplinas, participaban crecientemente del sistema académico mundial.

Numerosos elementos colaboraron para desenvolver estos procesos: en primer lugar, la recepción de la variante *científica* de las disciplinas –en el caso de la sociología, particularmente la norteamericana- las puso en consonancia con el mundo académico, aunque sin perder el lugar de periferia (de allí uno de los puntos centrales del debate originado por el Camelot en torno a la división internacional del trabajo intelectual).

En segundo lugar, la captación de recursos financieros provenientes del extranjero que fueron destinados a consolidar la modernización científica con el equipamiento de instituciones y, principalmente, de becas de formación de posgrado. Ligado a esto último, la instalación en Santiago de diversas sedes regionales de organismos internacionales (CEPAL, FLACSO, OIT, FAO) que, además de cumplir con las funciones de docencia e investigación relacionadas con la producción de conocimientos sociales, abonaron la circulación de científicos sociales y el proceso de internacionalización.

En tercer lugar, el campo académico chileno experimentó desde mediados de los años cincuenta una expansión inédita. El proceso de masificación en el acceso a la educación superior, posibilitada por el nuevo carácter de las políticas públicas en cuanto a la educación y al financiamiento regular del Estado chileno. Esto redundó en la expansión de la oferta de grado y posgrado, en el incremento en la matriculación y egreso de científicos sociales y en la diversificación de actividades donde la investigación quedó incorporada al quehacer universitario, especialmente las redes socio-religiosas que tomaron como principal labor a la investigación. En consecuencia, estos elementos convirtieron a Santiago en un centro académico regional más importante, sin perder su posición de periferia en escala mundial.

Este carácter nodal y cosmopolita de Santiago para las Ciencias Sociales se debió también a la relativamente consolidada institucionalidad y estabilidad política

de Chile en términos comparativos con el resto de la región. Si bien nos alejamos de una idealización de la democracia chilena como plena -debido al acceso a las elecciones, a la estructura y composición del electorado y, aún más, debido a disposiciones políticas propias de la etapa de la Guerra Fría, tal como lo fue la proscripción del Partido Comunista chileno durante diez años (1948-1958)-, lo cierto es que tuvo una rápida construcción del Estado basado en el presidencialismo y en una constitución fuerte y careció -a excepción del segundo período de Ibáñez- de regímenes populistas. Asimismo -con la excepción, insistimos, de la aplicación de la *Ley Maldita*- todo el arco político tenía representación partidaria. El creciente proceso de sindicalización y el afianzamiento constante de los partidos de izquierda en las sucesivas elecciones -donde en 1958 estuvo a punto de consagrar a un socialista como presidente- despertaron las señales de alerta en Estados Unidos y sus aliados conservadores chilenos. Al mismo tiempo la política exterior de Chile, en ocasiones, añadía motivos de consternación: si bien estaba claramente alineado con el bloque liderado por Estados Unidos, la demora en la declaración de guerra contra la Alemania nazi y, sobre todo, la negativa a conformar un bloqueo que actuara como *cordón sanitario* ante la Revolución Cubana para evitar su propagación, supuso un interrogante. Pero esta actitud se debía a una consolidada tradición diplomática chilena basada en el legalismo y en el respeto a los acuerdos establecidos -y que llevaron a un restablecimiento de las relaciones diplomáticas con Moscú a partir de 1964-. Por lo tanto, no afectó las relaciones chileno estadounidenses, basadas en las inversiones de capital privado en sectores clave de la economía, en la recepción de inversión pública a través de programas de desarrollo y, en contrapartida a todo esto, en la implementación de acuerdos militares bilaterales destinados a sostener el equilibrio interno de la periferia.

Por otra parte, en el Capítulo 2, además de repasar la política exterior chilena, nos detuvimos en los asuntos externos estadounidenses a partir del vínculo que comenzó a generarse entre las Ciencias Sociales -hasta la Segunda Guerra Mundial con un papel absolutamente nimio en relación a las físico naturales- y el Gobierno Federal. La construcción del complejo militar-científico, que supuso una utilización instrumental de estas disciplinas en el escenario de la lucha bipolar por la hegemonía,

elevaron el grado de legitimidad y respetabilidad de las Ciencias Sociales al interior de EEUU y degradaron su autonomía relativa.

Estas disciplinas fueron adquiriendo espacios institucionales preferentemente en organismos públicos -militares o en agencias de seguridad en su mayoría- cuya principal preocupación estaba centrada en los nuevos tópicos de la Guerra Fría: insurgencia y contrainsurgencia. En este sentido, los programas de desarrollo implicaban un camino posible para evitar las revoluciones socialistas, que complementaban la vía de intervención militar directa. Si hasta comienzos de la década del sesenta, sólo se atendía a la manifestación de la insurgencia, el Camelot intentó -por medio de un estudio científico cuantitativo- anticipar su desenvolvimiento para desplegar los mecanismos adecuados para su sofocación.

Como vimos en el Capítulo 3, el Proyecto Camelot fue planificado como una ambiciosa investigación social surgida al interior del Departamento de Defensa, con claros fines político-ideológicos, para ser aplicado en Chile a lo largo de cuatro años. Luego de las consultas realizadas por Hugo Nutini, en nombre de la American University, la totalidad de los científicos sociales del momento negaron su participación debido a las fuertes sospechas que generaba un proyecto cuyos detalles eran desconocidos y cuyo presupuesto podía desequilibrar de manera radical el campo académico chileno.

Luego de los fallidos intentos de Nutini por sumar la participación de científicos sociales, el Camelot pareció condenado a ser una triste anécdota. Pero meses más tarde, el escándalo estalló a partir de la publicación del periódico *El Siglo* que, aún siendo periférico en el mercado periodístico chileno, logró junto a otros diarios de izquierda sostenerlo como tema de agenda -ante un tibio tratamiento del resto de los periódicos comerciales- desde julio hasta diciembre de 1965. El impacto de la noticia afectó múltiples campos. Por un lado, generó a una enérgica protesta formal de la Cancillería chilena a través de la embajada en EEUU, que obligó la rápida cancelación del proyecto por parte del Departamento de Defensa. Asimismo, en el país del norte, quedó de manera manifiesta las disputas entre los departamentos de Defensa y Estado por el manejo de las investigaciones en el extranjero, que finalmente quedó en manos de la parte civil del Gobierno Federal. Por otro lado, en Chile se inició un proceso de investigación del trasfondo del Camelot a cargo de una

Comisión Especial de la Cámara de Diputados de la Nación que, en su Informe Final presentado en diciembre de 1965, propuso a la Honorable Cámara “denunciar el Plan Camelot como instrumento de intervención del Departamento de Defensa de los Estados Unidos de América” (Informe de la Comisión Especial Investigadora, Actas del Congreso, 1965:3155) y elevar una protesta formal ante la OEA, la ONU, el Gobierno y la Cámara de Representantes de Estados Unidos, la American University y el American Council All Education. En el mencionado Informe, se decidió también negarle el ingreso a Chile a Hugo Nutini y generar instancias y mecanismos -tales como la creación de un Colegio o entidad que agrupe a los investigadores sociales y que autorice las investigaciones extranjeras, que se prohíban las encuestas en la Administración Pública, Fuerzas Armadas, Carabineros de Chile y Servicios de Investigaciones- a fin de resguardar los intereses chilenos y evitar nuevos intentos de intervención.

En tercer lugar, el campo de las Ciencias Sociales latinoamericanas inició un intenso debate acerca de la autonomía- dependencia de estas disciplinas en la región. Un debate que incluyó los aspectos financieros, estructurales, de definición de agenda y líneas de investigación y del rol que la academia debía cumplir en medio de un proceso de radicalización política. En esta discusión predominó una retórica antiimperialista -propia de la etapa que va desde fines de los sesenta y durante la década siguiente-, se cuestionó el proyecto modernizador de las ciencias y se identificó la recepción de subsidios extranjeros con la pasividad del colonizado. Del mismo modo, los tópicos de “*penetración imperialista* y la consideración de la sociología como *cuña neocolonial* facilitaron la certeza de que toda investigación realizada bajo los auspicios de un organismo extranjero era una vía de entrega de datos para las operaciones de inteligencia norteamericana” (Petra, 2008-2009:250), al tiempo que las fundaciones privadas norteamericanas no eran más que los extensos brazos del imperialismo o las *fachadas culturales* -en términos de Ángel Rama- de los organismos de seguridad de EEUU. El entramado urdido entre contactos personales, empresas transnacionales, fundaciones filantrópicas, universidades, instituciones científicas y política exterior del Gobierno Federal -muchos de los funcionarios de la Administración Kennedy provenían de las fundaciones privadas, incluido el propio Secretario de Estado Dean Rusk proveniente de la Rockefeller-

orientó al campo “científico y universitario al servicio de los objetivos del Pentágono y el Departamento de Estado” (Selser, 1966:56). Con la conformación de este complejo militar – industrial – académico, toda participación estadounidense en América Latina fue interpretada como intromisión movilizadora por oscuros intereses y como el despliegue de una maquinaria todopoderosa. Comenzó a construirse, así, el *mito Camelot* que identificó todo financiamiento externo con política de intervención imperial indirecta. El relato mítico, que se construyó con una estructura duradera, que contó con su propia lógica y coherencia internas, junto con la presencia de héroes en acciones valerosas, se estableció como un modelo y un ejemplo. Adquirió una significación tan fuerte que sus participantes sintieron las repercusiones, sean estas la pérdida de una cuota de prestigio de aquellas instituciones involucradas (especialmente a partir de 1967-68), o sean el incremento de respetabilidad social de algunos agentes por su actuación en el affaire. En todo caso, el flujo de dinero proveniente del extranjero hacia las Ciencias Sociales latinoamericanas, quedó bajo sospecha.

No es nuestra intención negar las asimetrías existentes en una división internacional del trabajo intelectual -en donde las periferias estarían destinadas a la recolección de los datos y los centros a su interpretación-, sino de complejizar la relación entre estos polos. Un vínculo en el que ambos resultan sujetos activos y partícipes desde posiciones diferentes y en el cual no se da una imposición absoluta de uno sobre otro. Es decir, en el marco de la relativa autonomía de los campos científico-académicos -baste recordar la posición de *dominantes dominados* que Bourdieu le asignaba a los intelectuales- los agentes del campo latinoamericano a quienes fue ofrecido el Camelot, se opusieron enérgicamente a participar. En una mirada simplista sobre el financiamiento externo -en términos de ayuda externa como imposición vertical- a proyectos de investigación social, el Camelot debería haberse desarrollado como parte de una segunda oleada de seducción a sociólogos a cargo de EEUU (Gilman, 2003).

En contraposición, el Camelot no sólo fue rechazado sino que generó un intenso debate en torno al financiamiento externo, que finalmente desembocó en la construcción del mito. Edificado en el tono antiimperialista, de identificación de toda ayuda externa como penetración ideológica y espionaje. No se trata aquí de develar

el valor de verdad sobre las relaciones entre soporte económico a las Ciencias Sociales latinoamericanas y el espionaje estadounidense, sino de establecer que resultó una experiencia vívida de aquel momento y un tópico presente en aquel debate. Una discusión que se reavivó con el Proyecto Marginalidad, la cual –tal como recuerda Alcira Argumedo sobre su tratamiento en Argentina- fue “muy dura, muy fuerte, y creo que para ellos (*Nota: se refiere a los responsables del Proyecto Marginalidad, José Nun, Miguel Murmis y Juan Carlos Marín*) fue incluso muy duro la sospecha de que pretendía colaborar vaya a saber con quién” (Argumedo en González, 2000:484).

Parte del *mito Camelot*, que luego también afectó a otros proyectos, fue exacerbar el temor y la sospecha de que financiamiento era sinónimo de reclutamiento para los intereses de Estados Unidos en la región. El testimonio de Benny Pollack -cientista político, académico, ex embajador y ex funcionario del gobierno de Allende-, ilustra la sensación generalizada y el sentido común de aquel momento, particularmente en Chile, con el caso de Jorge Arrate, académico socialista con funciones en la Universidad de Chile:

“Arrate siempre cuenta, ya que Arrate estudió en Estados Unidos en la misma época, cuenta [que] él estudiaba economía y dice que a él lo trataron de reclutar para la Central de Inteligencia, y yo le creo. Dice que le dijeron ‘mire queremos que usted trabaje para la CIA’, y empezaron a decirle que ellos podían poner dinero para proyectos en Chile, y había dinero para él también, [algo] muy ambiguo, le dio pánico, terrible, y le dijo que no tenía tiempo, y aparecía como una cosa medio confusa pero no necesariamente mala, le ofrecían estudios académicos, y le decían que a nosotros en ciertas oportunidades nos va a interesar que usted nos haga ciertos estudios académicos, no sólo que le interesa a usted sino que nos interesa a nosotros. Y ahí él concluyó, y yo acuerdo con él, que lo trataron de reclutar, y él dijo ‘bueno, que iba a pensarlo’ y nunca más lo contactaron. Y todos decían por qué lo contactaron a él, y porque habrán pensado que él iba a llegar más lejos que nosotros, porque él fue un político importante, fue ministro” (Pollack, E2009).

Al mismo tiempo, en Santiago, las esquirolas del escándalo Camelot modificaron el tratamiento de la asistencia técnica que llegaba a Chile. Por medio de la Circular 36 del 1º de marzo de 1967, el Departamento de Cooperación Internacional de la Dirección de Organismos Internacionales, estableció la intermediación de la Oficina de Planificación Nacional de la Presidencia de la República (ODEPLAN) y del Ministerio de Relaciones Exteriores para concentrar y canalizar ese financiamiento. De este modo, ante las continuas “informaciones en la

prensa en que se ofrecen, ya sea por las Misiones Diplomáticas Residencias como por Institutos de Cooperación Técnica o Cultural, o por Fundaciones u otros organismos, becas y asistencia técnica a particulares o a funcionarios del sector público o privada” (Circular 36, 1967:3), toda asistencia técnica debía necesariamente ser solicitada y presentada en la ODEPLAN. Con esto se intentaba establecer un control en el otorgamiento de becas e “impedir que aquellas que se ofrecen a chilenos, sean otorgadas directamente por los Gobiernos extranjeros con prescindencia del Ministerio de Relaciones Exteriores” (Circular 36, 1967:3). En definitiva, el campo académico y político chilenos reaccionaron -ante la imposibilidad de obtener algún tipo de sanción para los científicos sociales de Estados Unidos (Nisbet, 1966) tal como pretendían los latinoamericanos- fijando nuevas reglas de juego para la recepción de fondos para la asistencia técnica.

Una parte central del relato que se construyó en torno del Camelot establecía que, como consecuencia del estallido y el sucesivo cuestionamiento al arribo de los *dólares norteamericanos*, se había producido una regresión en el flujo del financiamiento externo hacia América Latina. Ahora bien, esto forma parte, también, del mito, pues ese retraimiento tiene, en realidad, varios elementos explicativos ajenos al Camelot. En primer lugar, este retraimiento en el circulante de dinero fue producto de la crisis financiera de comienzos de los años setenta. Una crisis que tuvo su origen en la reacción de la OPEP ante la Guerra de Yom Kippur, que decide elevar el precio de crudo y establecer un embargo a los envíos a Estados Unidos. La falta de petróleo paralizó la economía norteamericana, disolvió la circulación de créditos y proyectó dos fenómenos muy relacionados: la necesidad de una búsqueda de un paradigma productivo alternativo -la Revolución Científico Tecnológica- y el surgimiento de la *Restauración Conservadora norteamericana* -que implementó las políticas económicas neoliberales- para restablecer su posición hegemónica en el escenario mundial (Argumedo, 1993).

En segundo lugar, las condiciones internas de Estados Unidos se modificaron. Por un lado, se produjo una severa contracción del mercado académico estadounidense. Por otro lado, los tópicos centrales del desarrollo de las Ciencias Sociales durante la Guerra Fría y del Proyecto Camelot -*insurgencia* y

contrainsurgencia- debieron ser repensados en el marco del giro de timón que tomaron las condiciones políticas latinoamericanas con el traspaso de expectativas y esperanzas revolucionarias a regímenes cívico – militares o Estados burocráticos represivos.

Fuentes, Entrevistas y Bibliografía

Documentos inéditos

- Informe de la Comisión Especial Investigadora de las proyecciones y difusión en Chile del “Plan Camelot” y de cualquier otra actividad de organismos foráneos que puedan atentar contra nuestra soberanía o interferir en actividades de la vida nacional.
- Project Camelot Working Papers (1964), en Irving Horowitz (1974) *The Rise and the Fall of Project Camelot*.
- Nota 223/65, Rectorado Universidad Católica de Chile al Señor Secretario de la Cámara de Diputados.
- Comunicaciones entre la Cancillería chilena y la Embajada chilena en Washington -cables, oficios confidenciales, oficios ordinarios, oficios secretos y memorándums-. Cables 272 (28/06/65), 276 (29/06/65), 318 (21/07/65); Oficios 261 y 264 (ambos del 30/06/65); Oficio Confidencial N°704/35; Oficios Ordinarios N°892/423, N°745/344, N°788/367.
- Circular 36 *Sobre coordinación de la Asistencia Técnica Internacional* del Departamento de Cooperación Internacional, Dirección de Organismos Internacionales, Ministerio de Relaciones Exteriores, 1° de Marzo de 1967.
- Carta del Presidente Johnson a Dean Rusk, 2 de agosto; Papeles Públicos de los Presidentes de los Estados Unidos: Lyndon B. Johnson, 1965, Reserva II, p.832.
- Documento 279 y Documento 280. National Archives and Records Administration, RG 59, Central Files 1964-1966, DEF 11, US. Confidential.
- Grabación de la conversación telefónica entre el Presidente Johnson y Thomas Mann, 30 de Junio de 1965, 12:57 p.m., Tape F65, Side A, PNO 1. Johnson Library, Recordings and Transcripts.

Documentos

- Declaración de especialistas latinoamericanos sobre la responsabilidad profesional, en *Revista Latinoamericana de Sociología*, Vol. V, marzo de 1969, n°1, Buenos Aires.
- Declaración de la Association of American Universities “AAU Statement on the Rights and Responsibilities of Universities and their Faculties”, 24 de Marzo de 1953.

Archivos consultados

- **Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile.** Carpetas sobre las relaciones diplomáticas entre Chile y Estados Unidos, 1964-1965. Noviembre de 2008.
- **Biblioteca Nacional de Chile.** Rastreo en la Hemeroteca sobre la prensa chilena en el periodo 1964-1965 en torno al Proyecto Camelot. Periódicos y revistas consultados: *El Mercurio*, *El Siglo*, *Noticias de Última Hora*, *Clarín*, Revista *Arauco*. Santiago de Chile, Noviembre de 2008.
- **Biblioteca del Congreso Nacional de Chile.** Rastreo de las leyes y de las Actas de Sesiones de la Cámara de Diputados.
- **Bibliotecas de la Universidad de Chile, Universidad Católica, Universidad ARCIS y Universidad del Humanismo Cristiano.**
- **Biblioteca Nacional de la República Argentina.**

Entrevistas

- Entrevista a Jorge Inzunza Becker, miembro del Partido Comunista de Chile y ex Director del diario *El Siglo* (1965), realizada por Juan José Navarro. Santiago de Chile, Noviembre de 2008.
- Entrevista telefónica a Johan Galtung, académico noruego, realizada por Juan José Navarro. Junio de 2009.

- Entrevista a Luis Maira, realizada por Fernanda Beigel. Buenos Aires, Octubre de 2008
- Entrevistas a Roger Veckemans, realizadas por Fernanda Beigel. Santiago de Chile, Junio de 2006 y Mayo de 2007.
- Entrevistas a Edmundo Fuenzalida, realizadas por Fernanda Beigel. Santiago de Chile, octubre de 2008.
- Entrevistas a Raúl Urzúa, realizadas por Fernanda Beigel. Santiago de Chile, Noviembre de 2005, Junio de 2006 y Octubre de 2008.
- Entrevista a Alcira Argumendo, realizada por Agustina Diez. Buenos Aires, Setiembre de 2005.
- Entrevista telefónica a Claudio Veliz, académico chileno vinculado con estudios sobre América Latina en Chatham House, realizada por Paola Bayle. Noviembre de 2009.
- Entrevista a Benny Pollack, académico y ex funcionario chileno, realizada por Juan José Navarro. Liverpool, Abril de 2009.
- Entrevista a Miguel Murmis realizada por Fernanda Beigel. Buenos Aires, Octubre de 2006.
- Entrevista a José Nun, realizada por Fernanda Beigel. Buenos Aires, Febrero de 2007.
- Entrevista a Juan Carlos Marín, realizada por Fernanda Beigel. Mendoza, Noviembre de 2006.

Bibliografía

- Alatas, Sayed Farid (2003). **Academic Dependency and the Global Division of Labour in the Social Sciences**, in *Current Sociology*, N° 51.
- Altamirano, Carlos (1966). **Proceso a la prensa**, en *Revista Arauco*, N°83 – Año VII, Santiago de Chile.
- Ambrose, Stephen (1992). **Hacia el poder global. La política exterior norteamericana desde 1938 hasta Reagan**. Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires.
- Angell, Alan (2009). **Chile, desde 1958**. en Bethell, Leslie (ed.). *Chile, desde la independencia*. Ediciones Universidad Católica Silva Henríquez, Santiago de Chile.
- Angell, Alan (1974). **Partidos políticos y movimiento obrero en Chile**. Ediciones Era, México.
- Argumendo, Alcira (2004). **Los silencios y las voces en América Latina. Notas sobre el pensamiento nacional y popular**. Ediciones de Pensamiento Nacional, Buenos Aires.
- Arpini, Adriana (2007). **Eugenio María de Hostos y su época. Categorías sociales y fundamentación filosófica**. La Editorial, Universidad de Puerto Rico, Río Piedras, Puerto Rico.
- **Arrate, Jorge y Rojas, Eduardo (2003)**. Memoria de la Izquierda Chilena, Tomo II (1970-2000), Javier Vergara Editor, Santiago de Chile.

- Arriagada, Patricio (1989). **El financiamiento de la educación superior en Chile, 1960-1988**, FLACSO, Santiago de Chile.
- Austin, Robert. **Armed Forces, Market Forces: Intellectuals and Higher Education in Chile, 1973-1993** *American Perspectives* 1997; 24; 26.
- Bayle, Paola (2010). **La diáspora de una población calificada: el exilio académico chileno en el Reino Unido**. Tesis Doctoral, mimeo.
- Beigel, Fernanda (2005). **La conexión Santiago: la creación de un circuito de investigación social en el Cono Sur**, Ponencia presentada en el Seminario de Formaciones Culturales 1900-1980, *Prismas*, Universidad Nacional de Quilmes Buenos Aires.
- Beigel, Fernanda (2006). **Vida, muerte y resurrección de las "teorías de la dependencia. Crítica y teoría en el pensamiento social latinoamericano**. Buenos Aires: CLACSO, p. 287-326.
- Beigel, Fernanda (2008). **Academic autonomy and social sciences: the Chilean circuit (1957-1973)**, Technical Session Papers, Coping with academic dependence: how? February 4-7, SEPHIS-ADRI, Patna.
- Beigel, Fernanda (2009) **La FLACSO chilena y la regionalización de las ciencias sociales en América Latina (1957-1973)**. *Revista Mexicana de*. México:, vol. 71, Año 2. UNAM, Mexico D.F.
- Beigel, Fernanda (2009). **La institucionalización de las ciencias sociales en América Latina: entre la autonomía y la dependencia académica**, en Beigel, Fernanda (Dir.) *Autonomía y Dependencia Académica: universidad e investigación científica. Argentina y Chile 1950-1980*, en prensa.
- Beigel, Fernanda (2009). **La Teoría de la Dependencia en su laboratorio**, en Beigel, Fernanda (Dir.) *Autonomía y Dependencia Académica: universidad e investigación científica. Argentina y Chile 1950-1980*, en prensa.
- Beigel, Fernanda (2010). **Social Sciences in Chile (1957-1973). A laboratory for an autonomous process of academic-building**, in Sayed Farid Alatas and Kathinka Sinha-Kerkoff Eds., *Academic Dependency in the Social Sciences: Structural Reality and Intellectual Challenges*, New Delhi: Manohar.
- Beigel, Fernanda (2010). **Sur les tabous intellectuels: Bourdieu and academic dependence**, in *Sociologica*, Società editrice il Mulino, Bologna.
- Beigel, Fernanda (2010). **Dependency Analysis: The creation of New social Theory in Latin America**, in Sujata Patel Ed. *The ISA Handbook of Diverse Sociological Traditions*, SAGE, London, p.189-200.
- Beigel, Fernanda Coord. **Autonomía y Dependencia Académica: Universidad e investigación científica en Chile y Argentina (1950-1980)**, Biblos, Buenos Aires, en prensa
- Beigel, Fernanda. **La Conexión Santiago: Transferencias académicas en las redes Jesuitas**. LOM, Santiago de Chile, en prensa.
- Bell, Daniel (1984). **Las Ciencias Sociales desde la Segunda Guerra Mundial**. Alianza, Madrid.
- Bilgin, Pinar y Morton, Adam David (2002). **Historicising representations of "failed states": beyond the cold-war annexation of the social sciences?**, in *Third World Quarterly*, vol 23, N° 1.
- Blanco, Alejandro. (2006). **Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología argentina, Siglo XXI Editores, Buenos Aires.**

- Blomstrom, Marcus y Hettne, Bjorn (1990). **La teoría del desarrollo en transición**. Fondo de Cultura Económica, México.
- Bottomore, T. B. (1983). **Sociology. A guide to problems and literature**. Blackie and Son Publishers, Bombay.
- Brunner, José Joaquín (1982). **La organización del trabajo intelectual y los cambios en la cultura**. Documentos FLACSO- N25, Santiago de Chile.
- Brunner, José Joaquín (1986). **Las Ciencias Sociales en Chile: Institución, Política y Mercado en el caso de la Sociología**. Documento de Trabajo de FLACSO, Santiago de Chile.
- Brunner, José Joaquín y Barrios (1987). **Alicia. Inquisición, mercado y filantropía. Ciencias Sociales y autoritarismo en Argentina, Brasil, Chile y Uruguay**. FLACSO, Santiago de Chile.
- Buckrucker, Cristian (1991). **Las derechas en el ascenso y caída de la Segunda Guerra Fría: revisión crítica de un tema contemporáneo**. EDIUNC, Mendoza.
- Bush, Vannebar (1945). **Science the Endless Frontier**. United States Government Printing Office, Washington.
- Camacho, Daniel (1979). **Debates sobre la Teoría de la Dependencia y la Sociología Latinoamericana**. EDUCA, Costa Rica.
- Cardoso, Fernando Henrique (1995). **El pensamiento socioeconómico latinoamericano. Las últimas cuatro décadas**. En *Revista Nueva Sociedad* N° 139, Caracas.
- Casanova, Pascale (2001). **La República Mundial de las Letras**. Anagrama, Barcelona.
- Chomsky, Noam (1994). **Repensando Camelot. John F. Kennedy, la Guerra de Vietnam y la cultura política de EE.UU.** Libertarias/Prodhufo, Madrid.
- Chomsky, Noam *et al* (1997). **Cold War and Universities. Toward an intellectual history in the postwar years**. New Press, New York.
- Coastworth, John (1989). **Internacional Collaboration in the Social Sciences: The ACLS/SSRC Joint Comité on Latin American Studies**, Documento de Trabajo presentado en Reunión Relaciones académicas internacionales y desarrollo internacional de las ciencias sociales en América Latina, Montevideo.
- Colacrai Miryam y Lorenzini, María Elena (2005). **La política exterior de Chile: ¿excepcionalidad o continuidad? Una lectura combinada de “fuerzas profundas” y tendencias**, en *CONFINes de Relaciones Internacionales y Ciencia Política*, Vol 1. N°2.
- Collier, Simon (1989). **Gobierno y Sociedad en Chile durante la “República Conservadora” 1830-1865**. Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. E. Ravignani, Tercera Serie, núm. 1.
- Collier, Simon (2009). **Desde la Independencia hasta la Guerra del Pacífico**, en Bethell, Leslie (ed.). *Chile, desde la independencia*. Ediciones Universidad Católica Silva Henríquez, Santiago de Chile.
- Collier, Simon y Sater, William (1998). **Historia de Chile 1808-1994**. Cambridge University Press, Cambridge.
- Correa Sutil, Sofía; Figueroa, Consuelo; Jocelyn-Holt, Alfredo; Rolle, Claudio y Vicuña, Manuel (2001). **Historia del Siglo XX Chileno**. Editorial Sudamericana, Santiago de Chile.
- Cueva, Agustín (1981). **El pensamiento social latinoamericano. (Notas sobre el desarrollo de nuestras ciencias sociales en el último período)**, en *Revista Latinoamérica*, N° 14, México.
- Delich, Francisco (1977). **Crítica y autocritica de la razón extraviada. 25 años de Sociología**. El Cid, Caracas.
- Della Faille, Dimitri (2010). **Dissection d’un discours à propos des conflics sociauz: les cas du Project Camelot**, en *Revue canadienne d’études du développement* 30, nos 3-4, Québec.
- Della Faille, Dimitri (2009a). **Folclore y exotismo. Análisis de un discurso sociológico acerca de América Latina**, en *Revista Argumentos*, Vol. 22, N° 60, Mayo-agosto, México.

- Della Faille, Dimitri (2009b). **América Latina vista a través de la sociología estadounidense (1945-1970)**, mimeo.
- Devés Valdés, Eduardo (2003). **El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Desde la CEPAL al neoliberalismo (1950-1990)**, Tomo II, Buenos Aires
- Diamond, Sigmund (1992). **Compromised Campus. The collaboration of Universities with the Intelligence Community, 1945-1955**. Oxford University Press, New York.
- Dos Santos, Theotonio (1996). **La crisis de la Teoría del Desarrollo y las relaciones de dependencia en América Latina**. s/d.
- Drake, Paul (1989). **Internacional Collaboration in the Social Sciences: The ACLS/SSRC Joint Comité on Latin American Studies**, Documento de Trabajo presentado en Reunión Relaciones académicas internacionales y desarrollo internacional de las ciencias sociales en América Latina, Montevideo.
- Drake, Paul (2009). **Chile, 1930-1958**. en Bethell, Leslie (ed.). *Chile, desde la independencia*. Ediciones Universidad Católica Silva Henríquez, Santiago de Chile.
- Duroselle, Jean Francois (1998). **Todo imperio perecerá. Teoría de las relaciones internacionales**. Fondo de Cultura Económica, México.
- Edwards, Alberto (1943). **La organización política de Chile**. Del Pacífico, Santiago de Chile.
- Elizalde, Antonio (2005). **Desarrollo**, en *Pensamiento Crítico Latinoamericano*. Volumen I, Universidad Católica Silva Henríquez, Santiago de Chile.
- Esteva, Gustavo (1996). **Diccionario del Desarrollo, una guía del conocimiento como poder**. PRATEC, Lima.
- Faúndez, Julio (1992). **Izquierdas y democracia en Chile, 1932-1973**. Ediciones Bat, Santiago de Chile.
- Fernandois, Joaquín (1985). **Chile y el Mundo 1970-1973. La Política Exterior del Gobierno de la Unidad Popular y el Sistema Internacional**. Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile.
- Fernandois, Joaquín (1991). **De una inserción a otra: política exterior de Chile, 1966-1991**, en *Estudios Internacionales*, N° 96, Santiago de Chile.
- Fernandois, Joaquín (1998). **¿Peón o Actor? Chile en la Guerra Fría 1962-1973**, en *Estudios Públicos*, N° 72 (primavera 1998), Santiago de Chile.
- Fernandois, Joaquín y Fontaine Talavera, Arturo (1998). **Entrevista a Edward M. Korry en el CEP**, realizada los días 16 y 21 de octubre de 1996 en el Centro de Estudios Públicos, en *Estudios Públicos*, N° 72 (primavera 1998), Santiago de Chile.
- Franco, Rolando (1974). **Veinticinco años de Sociología Latinoamericana. Un balance**, en *Revista Paraguaya de Sociología*, Año 11, N° 30.
- Franco, Rolando (2007). **La FLACSO clásica (1957-1973)**, FLACSO Chile, Catalonia, Santiago de Chile.
- Fuenzalida, Edmundo (1983). **The reception of “scientific sociology” in Chile**, en *Latin American Research Review*, Vol. 18, No. 2, Texas.
- **Fundación Ford. 40 años en la Región Andina y Cono Sur** (2003). Fundación Ford, Santiago de Chile.
- Gabay, Eliana (2010). **El fantasma de Raúl Prebisch (1963-1969) y el surgimiento del debate dependientista en el ILPES**, en Pereyra, Diego (Comp.) *Historia de las Ciencias Sociales latinoamericanas*, FLACSO Costa Rica.
- Galtung, Johan (1965). **Los factores socioculturales y el desarrollo de la sociología en América Latina**, en *Revista Latinoamericana de Sociología*, Vol. I, n°1, Buenos Aires.
- Garretón, Manuel (2005). **Social Sciences and society in Chile: institutionalization, breakdown and rebirth**. En *Social Sciences Information*, Vol 44, London.
- Garretón, Manuel Antonio (1983). **El proceso político chileno**. FLACSO, Santiago de Chile.
- Garretón, Manuel Antonio; Murmis, Miguel; De Sierra, Jerónimo y Trindade, Hégio (2005). **Argentina, Brazil, Chile, Mexico and Uruguay. Social Science in Latin America: a comparative perspective (1930-2003)**, en *Social Science Information*, Vol 44, London.

- Germani, Gino (1964). **La Sociología en la América Latina. Problemas y perspectivas.** EUDEBA, Buenos Aires.
- Ghilhot, Nicolás (2004). **Financiers, philanthropes. Vocations éthiques et reproduction du capital á Wall Street depuis 1970.** Raisons d'agir, Paris.
- Gilman, Claudia (2003). **Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina.** Siglo XXI, Buenos Aires.
- Girardet, Raoul (1999). **Mitos y mitologías políticas.** Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires.
- Glazer, Myron y Glazer Penina (1968). **Las investigaciones sociales y el mundo real: los chilenos y los gringos,** en *Revista Latinoamericana de Sociología*, Vol. III, n°2, Buenos Aires.
- Godoy, Hernán (1967). **Orientación y organización de los estudios sociológicos de Chile.** Universidad de Chile, Santiago de Chile.
- Góngora, Mario (2003). **Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX.** Editorial Universitaria, Santiago de Chile.
- González Casanova, Pablo (1985). **Balance y Perspectiva de los Estudios Latinoamericanos.** Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad de México.
- González, Horacio (2000). **Historia crítica de la Sociología Argentina. Los raros, los clásicos, los científicos, los discrepantes.** Ediciones Colihue, Buenos Aires.
- Graciarena, Jorge (1965). **La sociología en América Latina. Algunas consideraciones sobre la cooperación internacional y el desarrollo reciente de la investigación sociológica en América Latina,** en *Revista Latinoamericana de Sociología*, Vol. I, n° 2, Buenos Aires.
- Halperin Donghi, Tulio (1988). **Historia contemporánea de América Latina.** Editorial Alianza, Madrid.
- Hirst, Mónica y Rusell, Roberto (2001). **El Mercosur y los cambios en el sistema político internacional.** Fundación OSDE, Buenos Aires.
- Hobsbawm, Eric (1998). **Historia del Siglo XX.** Crítica, Buenos Aires.
- Horowitz, Louis Irving (1964). **The New Sociology: Essays in Social Science and Social Theory, in Honor of C. Wright Mills.** Oxford University Press, New York.
- Horowitz, Louis Irving (1974). **The Rise and Fall of Project Camelot - Revised Edition: Studies in the Relationship between Social Science and Practical Politics** The Massachusetts Institute of Technology Press, Massachusetts.
- Hounshell, David (2001). **Epilogue: Rethinking the Cold War; Rethinking Science and Technology in the Cold War; Rethinking the Social Study of Science and Technology,** en *Social Studies of Science*, Vol. 31 , No. 2.
- Houtart, Francois (2005). **Primer Mundo – Tercer Mundo,** en *Pensamiento Crítico Latinoamericano.* Volumen III, Universidad Católica Silva Henríquez, Santiago de Chile.
- Huneuus, Carlos (2006). **El lento y tardío desarrollo de la ciencia política en América Latina. 1966-2006,** en *Estudios Internacionales*, N° 155, Santiago de Chile.
- Huneuus, Carlos (2009). **La Guerra Fría chilena. Gabriel González Videla y la ley Maldita.** Debate, Santiago de Chile.
- **Informe Cover Action in Chile 1963-1973. Staff report of the select Committee to study governmental operations with respect to intelligence activities.** United States Senate (1975). U.S. Government Office Printing, Washington DC.
- Jensen, Jaime (1999). **Ciento cincuenta años de gestación de candidaturas presidenciales,** en *Revista Cuadernos de Historia*, N° 19, Santiago de Chile.
- Jobet, Julio César (1965). **El Partido Socialista a través de sus congresos.** Prensa Latinoamericana, Santiago de Chile.
- Katz, Friedrich (2004). **La Guerra Fría en América Latina.** En Spenser, Daniela (comp.) *Espejos de la Guerra Fría.* Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, México.
- Kay, Cristóbal (1991). **Teorías latinoamericanas del desarrollo,** en *Nueva Sociedad*, N°113, Caracas.

- Kelman, Herbert (1968). **The Use of University Resources in Foreign Policy Research**, en *International Studies Quarterly*, Vol. 12, No. 1.
- Kleinman, Daniel and Mark Solovey (1995). **Hot Science/Cold War: The National Science Foundation After WWII**, in *Radical History Review*, v. 63.
- Kohan, Nestor. **La pluma y el dólar La guerra cultural y la fabricación industrial del consenso**, en *Revista Casa de las Américas*, N° 227.
- Korry, Edward (1998). **Los Estados Unidos en Chile y Chile en los Estados Unidos**, en *Estudios Públicos*, N° 72. Conferencia presentada el 16 de octubre de 1996 en el Centro de Estudios Públicos.
- Kuhn, Michael y Weidemann, Doris (Eds). **Internationalization of the Social Sciences. Asia – Latin America – Middle East – Africa – Eurasia**. Transcrip Verlag, Bielefeld, 2010.
- Labarca Goddard, Eduardo (1968). **Chile invadido: reportaje a la intromisión extranjera**. Editora Austral, Santiago de Chile.
- Lazarsfeld, Sewell y Wilensky (1972). **La Sociología en las instituciones**. Editorial Paidós, Buenos Aires.
- Madian, A. L. y Oppenheim A. N. (1969). **Review: Knowledge for What? The Camelot Legacy: The Dangers of Sponsored Research in the Social Sciences**. Reviewed Work(s).
- Maira, Luis (1986). **¿Una nueva era de hegemonía norteamericana?** Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires.
- Manno, Francis J. y Bednarcik, Richard (1968). **El Proyecto Camelot**, en *Foro Internacional* n° IX-2, México.
- Marsal, Juan (1970). **La Sociología en América Latina. Sobre la investigación social institucional en las actuales circunstancias de América Latina** en *Revista Latinoamericana de Sociología*, Vol. VI, N°1, Buenos Aires.
- Martin, Jean (1972). **Quests for Camelot**, in *Journal of Sociology*, 8; 3.
- Mattelart, Armand; Piccini, Mabel; Mattelart, Michèl (1970). **Los medios de comunicación de masas. La ideología de la prensa liberal en Chile**, en Cuadernos de la Realidad Nacional. CEREN, Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile.
- McLaughlin, Neil (1999). **Origin Myths in the Social Sciences: Fromm, the Frankfurt School and the emergence of Critic Theory**, in *Canadian Journal of Sociology/Cahiers Canadiens du Sociologie*, N°24.
- Meller, Patricio (1996). **Un siglo de economía política chilena (1890-1990)**, Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile.
- Molnar, Thomas. **El modelo desfigurado. Los Estados Unidos desde Tocqueville a nuestros días**. México, FCE, 1980.
- Montes, Jorge (1974). **A Communist Commentary on Camelot**. En Horowitz, Irving (Ed.) *The Rise and Fall of Project Camelot. Studies in the relationship between social science and practical politics*. The Massachusetts Institute of Tecnology Press, Massachusetts.
- Moulián, Tomás (2002). **Chile actual. Anatomía de un mito**. LOM Ediciones, Santiago de Chile.
- Muñoz, Heraldo (1984). **Las relaciones exteriores del gobierno militar chileno**, en Puig, J. *América Latina: Política Exteriores Comparadas*, GEL, Buenos Aires.
- Muñoz, Heraldo y Portales, Carlos (1987). **Una amistad esquiva. Las relaciones de Estados Unidos y Chile**. Pehuén Editores, Santiago de Chile.
- Nahón, Cecilia; Rodríguez Enríquez, Corina y Schorr, Martín (2006). **El Pensamiento Latinoamericano en el Campo del Desarrollo del Subdesarrollo: trayectoria, rupturas y continuidades**. CLACSO, Buenos Aires.
- Nash, George (1987). **La rebelión conservadora en Estados Unidos**. Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires.
- Needell, Alan (1999). **Project Troy and the Cold War Annexation of Social Sciences**. En Simpson, Christopher *Universities and Empire. Money and politics in the Social Sciences during the Cold War*. The New Press, New York.

- Neiburg, Federico y Plotkin, Mariano (Comp.)(2004). **Intelectuales y expertos. La constitucion del conocimiento social en la Argentina.** Paidós, Buenos Aires.
- Nisbet Robert (1966). **Project Camelot: an autopsy**, in *The Public Interest*, N°5, New York.
- Novick, Peter (1988). **That Noble Dream: the “Objectivity Question” and the American Historical Profession.** Cambridge University Press, Cambridge.
- **Os 40 Anos do Fundacion Ford no Brasil. Uma Parceria para a mudanca social** (2002). Editora da Universidade da Sao Paulo, Sao Paulo.
- Patel, Sujata (ed). **The ISA Handbook of Diverse Sociological Traditions.** SAGE Publications, 2009.
- Pereyra, Diego (2005). **International networks and the institutionalisation of sociology in Argentina (1940-1963)**, Tesis Doctoral, University of Sussex at Brighton.
- Pereyra, Diego (2006). **American organizations and the development of sociology and social research in Argentina. The case of SSRC and the Rockefeller Foundation (1927-1966)**, mimeo.
- Pereyra, Diego. **Redes internacionales y sociología en Argentina. El accionar de la Fundación Ford y la Fundación Rockefeller en el desarrollo institucional de la sociología en Argentina (1955- 1965).**
- Pérez Brignoli, Héctor (2008). **Los 50 años de la FLACSO y el desarrollo de las Ciencias Sociales en América Latina.** Editorial Juricentro - FLACSO, San José de Costa Rica.
- Petra, Adriana (2008-2009). **El Proyecto Marginalidad y los intelectuales latinoamericanos y el imperialismo cultural**, en *Políticas de la Memoria. Anuario de Investigación del CEDInCI.* CeDInCI, Buenos Aires.
- Piccotti, Dina (2005). **Núcleo Ético-Mítico**, en *Pensamiento Crítico Latinoamericano.* Volumen II, Universidad Católica Silva Henríquez, Santiago de Chile.
- Picó, Josep (2001). **El protagonismo de las fundaciones americanas en la institucionalización de la sociología (1945-1960)**, en *Papers* 63/64.
- Pinto, Aníbal *et al.* (1970). **Chile hoy.** Editorial Universitaria, Santiago de Chile.
- Prebisch, Raúl (1949). **El desarrollo Económico de América Latina. Algunos de sus principales problemas**, en *El Trimestre Económico*, Nro. 63.
- Prebisch, Raúl (1981). **Capitalismo periférico. Crisis y transformación.** Fondo de Cultura Económica, México.
- Riquelme, Alfredo y Daire, Alonso (1986). **Visión y discurso sobre Estados Unidos en el Partido Comunista chileno.** Documento de Trabajo, Programa FLACSO n°311, Santiago de Chile.
- Rist, Gilbert (2002). **El desarrollo: historia de una creencia occidental.** Los libros de la Catarata, Madrid.
- Rohde, Joy (2007). **Counterinsurgency on Contract: Project Camelot, Social Science, and American National Security in the Cold War**, University of Pennsylvania. Excerpt from Chapter Four of *‘The Social Scientists’ War’: Expertise in a Cold War Nation*, Ph.D. Thesis, University of Pennsylvania.
- Rojas, Robinson (1965). **Golpe de Estado en Chile.** Ediciones Punto Final, Santiago de Chile.
- Rojas, Robinson (1971). **¡Estos mataron a Kennedy!** Ediciones Punto Final, Santiago de Chile.
- Romano, Silvina (2010). **Integración, desarrollo y dependencia: la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC) en el contexto de las relaciones con Estados Unidos (1960-1970).** Tesis Doctoral, Universidad Nacional de Córdoba.
- Sahlins, Marshall. **Islas de Historia. La muerte del capitán Cook. Metáfora, antropología e historia.** Gedisa, Barcelona.

- Saull, Richard (2004). **El lugar del sur global en la conceptualización de la Guerra Fría: desarrollo capitalista, revolución social y conflicto geopolítico.** En Spenser, Daniela (comp.) *Espejos de la Guerra Fría.* Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, México.
- Saunders, Frances Stonor(2001). **La CIA y la guerra fría cultural.** Editorial Debate, Madrid.
- Schiefelbein, Ernesto (1968). **Un intento de análisis global de la universidad chilena. Documento de base de discusión,** en *PLANDES. Boletín Informativo 1968*, Sumario N°28-29, Santiago de Chile.
- Schiefelbein, Ernesto y Mc Ginn, Noel (1974). **La universidad contemporánea. Un intento de análisis empírico.** Ediciones de Corporación de Promoción Universitaria, Santiago de Chile.
- Schlesinger, Arthur (1965). **Los mil días de Kennedy.** AYMA SAE, España.
- Selsler, Gregorio (1966). **Espionaje en América Latina. El Pentágono y las técnicas sociológicas.** Ediciones Iguazú, Buenos Aires.
- Sepúlveda, César (1967). **Reflexiones sobre la Alianza para el Progreso,** en *Foro Internacional* n° VIII-1, México.
- Sigal, Silvia (2002). **Intelectuales y poder en Argentina. La década del sesenta.** Siglo XXI, Buenos Aires.
- Silvert, Kalman (1974). **American Academic Ethics and Social Research Abroad: The Lesson of Project Camelot.** En Horowitz, Irving, *The Rise and Fall of Project Camelot. Studies in the relationship between social science and practical politics.* The Massachusetts Institute of Technology Press, Massachusetts.
- Simpson, Christopher (1998). **Universities and Empire: Money and politics in the Social Sciences during the Cold War.** The New Press, New York
- Solovey, Mark (2001). **Project Camelot and the 1960s Epistemological Revolution: Rethinking the Politics-Patronage.** *Social Science Nexus*, en *Social Studies of Science*, v. 31, no. 2.
- Solovey, Mark (2001). **Science and the State during the Cold War: Blurred Boundaries and a Contested Legacy,** in *Social Studies of Science*, v. 31, no. 2.
- Szymanski, Albert (1973). **Las fundaciones internacionales y América Latina,** en *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 35, N°4.
- Uliánova, Olga y Fedakova, Eugenia (1998). **Chile en los archivos de la URSS (1959-1973). Documentos del Comité Central del PCUS y del Ministerio de Relaciones Exteriores de la URSS,** en *Estudios Públicos*, N° 72 (primavera 1998), Santiago de Chile.
- Urzúa, Raúl (1970). **Fundaciones y Universidades: un punto de vista.** Cuadernos de la Realidad Nacional, Universidad de Chile, Santiago de Chile.
- Vallance, Theodore (1974). **Project Camelot: An Interim Postlude.** En Horowitz, Irving, *The Rise and Fall of Project Camelot. Studies in the relationship between social science and practical politics.* The Massachusetts Institute of Technology Press, Massachusetts.
- Varas, Augusto (1988). **El Partido Comunista en Chile: estudio multidisciplinario.** CESOC, Santiago de Chile.
- Vasconi, Tomás Amadeo (1991). **Las Ciencias Sociales en América del Sur y Chile 1960-1990.** Centro de Investigaciones Sociales, Universidad ARCIS, mimeo.
- Vergara Estévez, Jorge (2005). **Doctrinas de Seguridad Nacional,** en *Pensamiento Crítico Latinoamericano.* Volumen I, Universidad Católica Silva Henríquez, Santiago de Chile.